



Universidad Autónoma de Querétaro

Facultad de Psicología  
Maestría en Psicología Clínica

“La psicosis alucinatoria de deseo en su relación con el  
duelo”

## TESIS

Que como parte de los requisitos para obtener el grado de:  
Maestra en Psicología Clínica

Presenta:  
Guillermina Sánchez Rodríguez

Dirigida Por:  
Dr. Andrés Velázquez Ortega

Centro Universitario  
Querétaro, Qro.  
Agosto. 2011  
México



Universidad Autónoma de Querétaro  
Facultad de Psicología  
Maestría en Psicología Clínica

"La psicosis alucinatoria de deseo en su relación con el duelo."

**TESIS**

Que como parte de los requisitos para obtener el grado de

Maestra en Psicología Clínica

**Presenta:**

Guillermina Sánchez Rodríguez

**Dirigido por:**

Dr. Andrés Velázquez Ortega

**SINODALES**

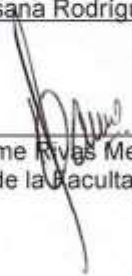
Dr. Andrés Velázquez Ortega  
Presidente

Dra. Ma. Guadalupe Reyes Olvera  
Secretario

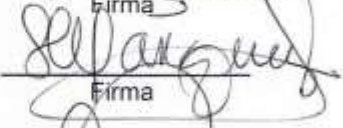
Mtra. Betzaved Palacios Gutiérrez  
Vocal

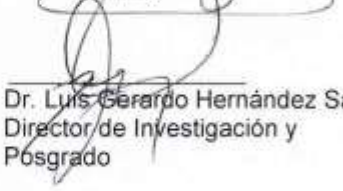
Mtra. Carmen Cuéllar Zavala  
Suplente

Mtra. Susana Rodríguez Márquez  
Suplente

  
MDH Jaime Rivas Medina  
Director de la Facultad de Psicología

  
Firma  
  
Firma  
  
Firma

  
Firma  
  
Firma

  
Dr. Luis Gerardo Hernández Sandov  
Director de Investigación y  
Pósgrado

Centro Universitario  
Querétaro, Qro.  
Agosto, 2011.  
México

## RESUMEN

En el trabajo, La psicosis alucinatoria de deseo en su relación con el duelo, se muestra la conjetura de que la psicosis alucinatoria de deseo se presenta en ausencia del estado de duelo pesaroso y como una objeción al trabajo de duelo. La presente tesis se encuentra basada, tanto en la revisión y análisis bibliográfico como en la observación y revisión de cuatro viñetas clínicas, en ella se trabajan algunos de los efectos que la muerte de un semejante puede llegar a tener en el sujeto, además; que, la condición de posibilidad para la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo es un incremento de intensidad en la renuencia por acatar el mandato proveniente del examen de realidad; a saber, que existe una renuencia intensa por aceptar la muerte de un ser querido, se trata de mostrar que el incremento en la intensidad de la renuencia se encuentra en función de la manera en que el sujeto se enfrenta con la muerte del ser querido, y que la forma en que el sujeto reaccione está en función a dicho encuentro.

Suponiendo que un encuentro abrupto, violento y en solitario impide que emerja de inmediato una comprensible renuencia, así como el estado de duelo pesaroso y sus manifestaciones, en cuya ausencia posteriormente se presenta una renuencia intensa. La retención del objeto amado por vía de una psicosis alucinatoria de deseo se manifiesta mediante el delirio alucinatorio, donde el núcleo de la formación delirante indica que la persona amada continúa con vida. Los lazos y vínculos previos del deudo y su muerto inciden en la manera en que éste es conservado, ya que una fuerte ambivalencia en los lazos libidinales puede producir la retención del objeto amado como un perseguidor.

**(Palabras clave:** psicosis alucinatoria de deseo, duelo, duelo pesaroso, trabajo de duelo, renuencia, retención del objeto amado).

## SUMMARY

In this work, hallucinatory psychosis of desire in its relationship with mourning, the conjecture is shown that a hallucinatory psychosis of desire presents in the absence of a sorrowful mourning state and as an obstacle to the process of mourning. This thesis is based both on review and bibliographic analysis as well as the observation and review of four clinical vignettes. In it, some of the effects the death of a fellow being can have on the subject are dealt with, as well as that the condition of the possibility for the emergence of a hallucinatory psychosis of desire is an increase in the refusal to obey the order coming from an examination of reality. In other words, there is an intense unwillingness to accept the death of a loved one. The work attempts to show that the increase in the intensity of unwillingness is encountered in the way in which the subject confronts the death of the loved one. The way in which the subject reacts is based on this encounter, supposing that an abrupt, violent and lonely encounter prohibits there being an immediate comprehensible unwillingness, as well as a state of sorrowful mourning and its manifestations. The absence of these later emerges as intense unwillingness. Holding on to the beloved object through a hallucinatory psychosis of desire is manifested through hallucinatory delirium, where the nucleus of the formation of the delirium indicates that the person is still alive. The previous ties and bonds of the living person with the dead one determine the way in which the dead person is preserved, since a strong ambivalence in libidinal ties can result in holding on to the beloved object as a pursuer.

**(Key words:** Hallucinatory psychosis of desire, mourning, sorrowful mourning, process of mourning, unwillingness, holding on to the beloved object)

## **DEDICATORIA**

A la memoria de mi padre y a la de mi abuelo.

A Guillermo Mendoza compañero en todo momento.

A mis hijos Daniel, Julio Guillermo, Ma. Guadalupe y Miguel Ángel.

## AGRADECIMIENTOS

Al Dr. Andrés Velázquez Ortega, le expreso mi más sincero reconocimiento y total gratitud por su dedicación y paciencia en la dirección de este trabajo de tesis, el cual fue posible gracias a su bondadosa generosidad, conocimientos y experiencia; también agradezco y aprecio su valiosa compañía y atenta escucha en momentos de incertidumbre y desconcierto.

Gracias a mis maestros de la licenciatura y de la maestría, porque lograron despertar y mantener vivo el interés por el Psicoanálisis y, el aprecio por la profesión de la psicología clínica.

Agradezco a mis sinodales: Dra. Ma. Guadalupe Reyes Olvera, Mtra. Betzaved Palacios Gutiérrez, Mtra. Carmen Cuéllar Závala, Mtra. Susana Rodríguez Márquez por su dedicación, tiempo y conocimientos depositados en la revisión de este trabajo; en especial por sus valiosos comentarios y recomendaciones.

Gracias a María del Carmen Dolores Estrada Hernández, Juana Francisca Hernández Carmona y Ma. Elena Silva Ledesma, colegas y sobre todo amigas con quienes dio inicio el primer acercamiento al tema central de este trabajo.

A Elena Silva Ledesma, agradezco su amistad incondicional y cálida cercanía durante todos estos años.

A mi madre y a mis hermanos, particularmente a mi hermano Omar, le agradezco y aprecio su apoyo siempre oportuno y desinteresado.

# ÍNDICE

<b>RESUMEN</b>	<b>I</b>
<b>SUMMARY</b>	<b>II</b>
<b>DEDICATORIA</b>	<b>III</b>
<b>AGRADECIMIENTOS</b>	<b>IV</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>1</b>
<b>CAPÍTULO I</b>	<b>5</b>
<b>LA PSICOSIS ALUCINATORIA Y EL DESEO FREUDIANO. UN BREVE ENCUENTRO.</b>	<b>5</b>
1.1 La psicosis alucinatoria de deseo en su relación con el duelo.	5
1.2. ¿Es posible considerar la psicosis alucinatoria de deseo como entidad clínica separada?	7
1.3. ¿En qué otros lugares, además del texto <i>Duelo y melancolía</i> ha trabajado Freud la psicosis alucinatoria de deseo?	8
1.4. ¿La psicosis alucinatoria de deseo se presenta únicamente en casos de duelo?	9
<b>CAPÍTULO II</b>	<b>23</b>
<b>¿ES POSIBLE CONSIDERAR LA PSICOSIS ALUCINATORIA DE DESEO COMO RASGO PROPIO DE TODO DUELO?</b>	<b>23</b>
2.1. El duelo	24
2.2. El duelo freudiano	25
2.3. El duelo pesaroso	31
2.4. ¿Y el contexto de nuestro texto?	38
2.5. La realidad, un concepto nuclear en psicoanálisis	40
2.6. Estado de duelo pesaroso - trabajo de duelo	45
2.7. La realidad y su enfrentamiento	48
2.8. ¿Qué dispara la intensidad de la renuencia?	50
2.9. El duelo desde la perspectiva social y cultural de nuestro entorno, considerando algunos mitos y creencias populares respecto al duelo como posibles formas de subjetivación	59
Conclusiones del capítulo	66
<b>CAPÍTULO III</b>	<b>68</b>

<b>VIÑETA CLÍNICA</b>	<b>68</b>
3.1. Un escrito trágico y singular	69
3.2 Una singular lectura	74
3.3 Las huellas de una ausencia.	85
3.4 Un elemento clave	89
3.5 Estrella, un encuentro silencioso	97
3.6 Pasando el límite de lo imposible	103
3.7 Dos ejemplos que vienen al caso	109
3.8 Diferentes formas de enfrentar la muerte de un ser querido	155
Conclusiones del capítulo	159
<b>CAPÍTULO IV</b>	<b>162</b>
<b>RELACIÓN, PSICOSIS ALUCINATORIA DE DESEO Y PARANOIA</b>	<b>162</b>
4.1. Relación duelo, delirio y paranoia	162
4.2. La retención del objeto amado	168
4.3. ¿Cuándo y por qué en la psicosis alucinatoria de deseo, en su relación con el duelo pesaroso, la retención del objeto amado puede llegar a presentarlo en posición de perseguidor?	175
Conclusiones del capítulo	189
<b>CONCLUSIONES</b>	<b>191</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.</b>	<b>194</b>



## INTRODUCCIÓN

La psicosis alucinatoria de deseo es un concepto cuyo origen proviene de la psiquiatría clásica alemana, donde surge como *psicosis alucinatoria*, a su vez es referida como (*la amentia de Meynert*), ya que su conceptualización y descripción son atribuidas al médico vienés Theodor Meynert.

En modo alguno puede considerarse a Sigmund Freud ajeno a la mencionada tradición psiquiátrica alemana; por el contrario, era conocedor y partícipe de ella, pues en los anales de la psiquiatría se le menciona como alumno y colaborador de Meynert.

No obstante, Freud toma cierta distancia de la Psiquiatría para dar vida al cuerpo conceptual y teórico del Psicoanálisis, donde trabaja con el concepto de psicosis alucinatoria. Freud utiliza dicho concepto para discernir algunas de sus formulaciones teóricas, precisamente cuando se refiere a la relación del sujeto con la realidad, a la cual considera como, la relación del sujeto con el mundo exterior o realidad efectiva. Aunque esta categoría proveniente de la psiquiatría, Freud le agrega un tercer elemento: el deseo, al que descubre como una constante permanente, siempre en juego en la vida anímica del sujeto. Es entonces cuando la psicosis alucinatoria toma carta de ciudadanía en el Psicoanálisis, pasando a formar parte de él como psicosis alucinatoria de deseo.

La psicosis alucinatoria de deseo, en su relación con el duelo, representa el principal interés del presente trabajo de tesis. El punto de partida son las concepciones que respecto al duelo postula Freud en 1915, en *Duelo y melancolía*, cabe mencionar que precisamente, es uno de los lugares donde la menciona como tal, psicosis alucinatoria de deseo. Concepciones que hasta cierto punto resultan contradictorias con la idea generalizada de duelo que se maneja en la jerga psicológica contemporánea, donde se considera al duelo como reacción ante cualquier tipo de pérdida.

Según lo formulado por Freud (1915), La psicosis alucinatoria de deseo surge en función de la pérdida real y objetiva: la muerte de una persona amada. De acuerdo con las afirmaciones vertidas por este autor, es posible inferir que la psicosis alucinatoria de deseo

se presenta en ausencia del estado de duelo pesaroso y como una objeción para realizar el trabajo de duelo.

Resulta preciso señalar que la psicosis alucinatoria de deseo entraña conceptos centrales tales como, examen de realidad, renuencia y retención del objeto amado.

Tras este bosquejo de los principales temas a trabajar en esta tesis, resulta preciso delinear su composición, y describir cada uno de los cuatro capítulos que integran el trabajo bajo el título: *La psicosis alucinatoria de deseo en su relación con el duelo*, título que tiene que ver con el encuentro azaroso con la primera de las cuatro viñetas que se incluyen en este trabajo, y que relata los estragos que la muerte de un ser querido provoca en su deudo, solo que dichos estragos o efectos resultaban fuera de lo común, enigmáticos e incomprensibles, aún para quien los estaba experimentando. Particularidades que motivaron la siguiente pregunta: **¿Es que efectivamente, ¡siempre! ante la muerte de un ser querido la reacción natural e incluso espontánea es el duelo?**

Fue precisamente este primer encuentro con el tema lo que generó una gran inquietud e interés personal, que se fueron transformando en preguntas, motivando así la investigación y revisión bibliográfica. Conforme fue avanzando la indagación dejaba a su paso, nuevas interrogantes; pero también permitía la posibilidad de ubicar nuevos hallazgos.

Aunque en el primer acercamiento al tema existían elementos para suponer cierta relación entre la psicosis alucinatoria de deseo y el duelo, todavía se desconocían ciertas precisiones respecto al duelo y el duelo pesaroso.

Estas precisiones se obtuvieron posteriormente gracias a la revisión y análisis bibliográficos, principalmente de textos propios del Psicoanálisis que permitieron realizar dichas acotaciones.

Como ya se ha mencionado esta tesis consta de cuatro capítulos, en el primer capítulo, se aborda el encuentro entre la psicosis alucinatoria y el deseo freudiano, iniciando con la

revisión de algunos de los textos en la obra de Freud donde se menciona dicho concepto y acotando las menciones por una relación cronológica; es decir, aquellos textos que tienen cierta cercanía en el tiempo en que fueron escritos, tomando como punto central de referencia el escrito de 1915, *Duelo y melancolía*. Esto se hizo con la intención de ubicar el estado que guarda la psicosis alucinatoria de deseo en la obra de Freud y conocer cuál es su relación con el duelo, en particular con el duelo pesaroso.

El segundo capítulo se ocupa de la tarea de discernir bajo qué circunstancias se presenta la psicosis alucinatoria de deseo o bien, si es posible considerarla como un rasgo propio de todo duelo.

Abordando el duelo pesaroso desde una perspectiva cultural y social propia de nuestro entorno y contexto, donde el mito y las creencias populares constituyen importantes formas de subjetivación respecto a la muerte de los seres queridos pero, donde también se juega la arraigada idea del retorno al mundo terrenal de los seres queridos que fallecen.

Siguiendo el texto de Freud, *Duelo y melancolía* de 1915, se describe el estado de duelo pesaroso, el cual representa una condición necesaria para realizar el trabajo de duelo. Respecto a este último, se logra tomar cierta postura que permite ubicar la importancia del trabajo de duelo; ya que el ejercicio de la clínica psicoanalítica permite la posibilidad de que algo nuevo e inédito se produzca, y no solo se trate de un interminable e incansable recuento de recuerdos y lamentaciones por parte del deudo.

Otro de los elementos que se trabajan en este segundo capítulo es la renuencia y su intensidad, la cual representa un punto de quiebre entre el surgimiento del estado de duelo pesaroso, realizar el trabajo de duelo, cuyo objetivo consiste en un paulatino desasimiento libidinal, o ignorar el mandato proveniente del examen de realidad, que impone quitar toda libido de sus enlaces con el objeto amado y retenerlo por vía de una psicosis alucinatoria de deseo.

En el tercer capítulo se presentan y se analizan cuatro viñetas; las dos primeras surgidas en el ejercicio de la clínica psicoanalítica y dos más tomadas, una de la espléndida narrativa del escritor japonés Kenzaburo Oé (1995) y otra proveniente de la cinematografía contemporánea, tomada del filme *Las flores del Cerezo*, dirigida por Dörrie en el año 2008. En su conjunto, las viñetas permiten ilustrar, cuestionar y avanzar en el conocimiento e investigación de la psicosis alucinatoria de deseo y su relación con el duelo pesaroso.

En el cuarto y último capítulo se analiza la relación entre duelo pesaroso, el delirio y la paranoia. Se trata de dar respuesta a la siguiente pregunta: ¿cuándo y por qué en la psicosis alucinatoria de deseo en su relación con el duelo pesaroso, la retención del objeto amado puede llegar a presentarlo en posición de perseguidor?

Para la elaboración de este capítulo se toman como guía las formulaciones realizadas por Freud (1910) respecto al delirio, en el texto *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*.

Para el análisis, fue central la premisa de que la forma en que se lleva a cabo la retención del objeto amado es mediante el delirio alucinatorio, supuesto apuntado por Freud en el *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*, de 1915.

Por último es necesario explicar que esta tesis no pretende cuestionar lo irreal de la realidad, ni lo real de la irrealidad, únicamente se concreta a tomar la materialidad del discurso, lo cual implica posicionarse frente al discurso del sujeto de tal forma que lo escandaloso del síntoma no impida realizar el trabajo clínico, sin evitar la seducción y fascinación que personalmente ha generado el escucharlo y que motivó el interés por investigar y tratar de explicar, desde el Psicoanálisis, un fenómeno que en principio se presentaba como enigmático y ominoso.

# CAPÍTULO I

## LA PSICOSIS ALUCINATORIA Y EL DESEO FREUDIANO. UN BREVE ENCUENTRO.

La tarea inicial de este primer capítulo consiste en conocer el estado que guarda la psicosis alucinatoria de deseo al interior de la obra freudiana. Como se señaló antes, el punto de partida fue lo escrito por Freud en 1915, en el texto *Duelo y melancolía*, ya que es ahí, precisamente, donde de manera inicial se toma conocimiento de ella.

También se abordan algunos antecedentes del término psicosis alucinatoria y amentia, ambos provenientes de la psiquiatría clásica.

Se ha considerado pertinente diferenciar cuándo la psicosis alucinatoria de deseo es referida como fenómeno clínico y cuándo como construcción teórica. La expectativa era encontrar elementos que permitieran un acercamiento más estrecho, para entonces, estar en condiciones de conocer la relación que, la psicosis alucinatoria de deseo tiene con otros conceptos trabajados por Freud, principalmente con el duelo pesaroso.

Es necesario aclarar que lo anterior se llevó a cabo considerando algunos textos freudianos contemporáneos a la aparición del término psicosis alucinatoria de deseo.

### 1.1 La psicosis alucinatoria de deseo en su relación con el duelo.

El término duelo es comúnmente relacionado a la idea de pérdida: remite a un afecto penoso y doloroso. El duelo es una reacción ante la pérdida de una persona amada, pero también ante la pérdida de una abstracción, es decir que dicho estado puede ser causado por la pérdida de la libertad o de un ideal, por ejemplo. La anterior afirmación es tomada de lo escrito por Freud en 1915, en *Duelo y melancolía* y la misma nos permite inscribir este trabajo dentro del campo teórico del Psicoanálisis.

El duelo, como una reacción ante la pérdida de una persona amada, es un tema seductor desde hace ya varios años.

La inquietud es motivada por la idea o creencia, aceptada culturalmente, que consiste en suponer el retorno y la permanencia de aquellas personas que han muerto y pensar que aún permanecen entre nosotros durante algún tiempo, incluso que en algunos casos es posible mirarlas o escucharlas. Existe una gran cantidad de relatos al respecto y se sabe de ellos gracias a la transmisión oral de generación en generación.

El tema de la muerte resulta inquietante por sí mismo, pero lo es aún más cuando insiste en presentarse.

La muerte es un tema recurrente dentro de la obra freudiana y aunque resulte sorprendente lo mencionado por Freud (1919) en el texto *Lo ominoso* cuando se refiere al retorno de los muertos, espíritus, cadáveres y aparecidos, no debe ser motivo de desdén o considerar tales temas propios del dominio de la superstición. Al contrario, hay que resaltar que dentro de una teoría tan importante como el Psicoanálisis se encuentre cabida para el tema de la muerte desde una vertiente siniestra, o dicho en términos psicoanalíticos, ominosa.

En lo concerniente al duelo, en 1915 Freud se refiere al modo en que se lleva a cabo el trabajo del duelo; afirma:

“El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. A ello se opone una comprensible renuencia; universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aún cuando su sustituto ya asoma. Esa renuencia puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo” (Freud, S., 2000: 242).

Lo antedicho hace pensar en la psicosis alucinatoria de deseo como el estado que se presenta ante una dificultad durante el trabajo de duelo, dificultad que consiste en una renuencia intensa por retirar los enlaces libidinales que hasta entonces se tenían con el

objeto amado. Tal intensidad de la renuencia puede llevar al punto de generar un extrañamiento de la realidad que ha mostrado que el objeto ya no existe más; sustraerse a eso que muestra el examen de realidad, es tanto como suponer que se sigue considerando presente al objeto amado.

De aquí derivamos a nuevas interrogantes e inquietudes, ya que de manera azarosa se presentó la oportunidad de conocer muy de cerca una viñeta clínica que permitía suponer ciertos trazos de la psicosis alucinatoria de deseo, lo cual motivó que el interés y curiosidad inicial se transformaran en preguntas:

¿En qué otros lugares, además del texto *Duelo y melancolía* ha trabajado Freud el concepto de psicosis alucinatoria de deseo?

¿La psicosis alucinatoria de deseo, se presenta únicamente en el estado de duelo?

Cuestionamientos que guían los empeños y el trabajo de este primer capítulo que recién inicia.

## **1.2. ¿Es posible considerar la psicosis alucinatoria de deseo como entidad clínica separada?**

Este apartado tiene como objetivo mostrar el estado que guarda la psicosis alucinatoria de deseo al interior de la teoría freudiana. Para tal propósito será necesario hacer un recorte en algunas citas, donde dicho término se encuentra mencionado. Aclarando que se incluyen también algunos lugares de la teoría psicoanalítica, donde únicamente se encuentra la mención como psicosis alucinatoria. Dicho recorte obedece a una cierta cercanía cronológica en el conjunto de la obra freudiana.

El término psicosis alucinatoria de deseo, da la impresión de no ser muy conocido dentro de la teoría psicoanalítica, ya que es poco citado y solamente se encuentran contadas referencias a lo largo de la obra de Sigmund Freud.

Jean Allouch, reconocido psicoanalista francés, escribe en 1995 *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*, donde refiere la psicosis alucinatoria de deseo como una

extraña y efímera entidad “clínica”. Pero ¿Qué pasa con la psicosis alucinatoria de deseo, después de haber estado en manos de Allouch?

Al pasar por las manos de Allouch, la psicosis alucinatoria de deseo queda transformada, ya que le agrega dos adjetivos: extraña y efímera; la coloca en el rango de entidad clínica y en su escritura se refiere a ella utilizando únicamente la primer letra en mayúscula de cada una de las palabras que la conforman, nombrándola únicamente como *PAD*. Tal parece que el paso de la psicosis alucinatoria de deseo por el decir de Allouch instituye algo, ya que se establece una nueva forma de nombrarla.

Sin embargo, no es necesario caminar tan deprisa y de un salto ir de Freud a Allouch. Primero es necesario ver detenidamente las menciones que Freud hace en su obra respecto a la psicosis alucinatoria de deseo; ¿en qué momento une los conceptos psicosis, alucinación y deseo, creando así este término?

### **1.3. ¿En qué otros lugares, además del texto *Duelo y melancolía* ha trabajado Freud la psicosis alucinatoria de deseo?**

Precisamente a propósito del caso del Presidente Schreber, en el texto, *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*, en 1910 Freud menciona unidos psicosis y alucinación, iniciando la búsqueda en este punto donde se ubican unidos, psicosis y alucinación. Aquí, aún no aparece enunciada completamente como psicosis alucinatoria de deseo, únicamente aparece, psicosis alucinatoria.

Otra de las referencias a la psicosis alucinatoria tiene lugar en 1911, cuando Freud trabaja *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*. Según el doctor Ernest Jones, Freud escribió este texto de manera simultánea con el historial del caso Schreber referido anteriormente.



Así mismo, en 1915, Freud escribió el *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños* lugar donde menciona los tres conceptos unidos, creando así el término psicosis alucinatoria de deseo.

También en 1915, Freud presenta importantes elaboraciones teóricas respecto al duelo en el trabajo titulado *Duelo y melancolía*, donde aparecen unidos los conceptos psicosis, alucinatoria y deseo, como psicosis alucinatoria de deseo.

Una década después, en 1927, Freud escribe un breve texto que lleva por título *Una vivencia religiosa*, donde nuevamente refiere la psicosis alucinatoria, del mismo modo en que lo había hecho en los dos primeros textos aquí mencionados, es decir, únicamente como psicosis alucinatoria.

De tal suerte que el término compuesto de los tres elementos, psicosis alucinatoria de deseo, únicamente se encuentra mencionado en dos lugares en los textos de 1915: *Duelo y melancolía*, y *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*.

Entonces, ¿por qué detenerse en algo que aparentemente no representa mayor importancia, una mención tan breve que bien podría pasar desapercibida para los lectores de la obra freudiana? De inicio porque no estamos autorizados a juzgar algo como menos importante únicamente por su brevedad, mucho menos cuando este escrito recién inicia y aún no es posible saber con precisión sus alcances y resultados.

#### **1.4. ¿La psicosis alucinatoria de deseo se presenta únicamente en casos de duelo?**

La respuesta a la pregunta anterior parece obvia luego de lo que hasta aquí se ha expuesto, ya que el término completo de psicosis alucinatoria de deseo aparece mencionado únicamente en dos lugares, uno de ellos es justamente el texto *Duelo y melancolía*. Sin embargo, es necesario revisar y subrayar a propósito de qué escribe Freud el término psicosis alucinatoria y cuándo lo escribe como psicosis alucinatoria de deseo.

En 1910, Freud escribe en *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*:

“No se puede afirmar que el paranoico, aun en el apogeo de la represión, haya retirado por completo su interés del mundo exterior, descripción esta última que es preciso adoptar, por ejemplo, con respecto a ciertas otras formas de psicosis alucinatoria (*la amentia de Meynert*). El paranoico percibe el mundo exterior, se da razón de sus alteraciones, la impresión que le produce le incita a operaciones explicativas, y por eso considero totalmente verosímil que su relación alterada con el mundo se pueda explicar de manera exclusiva o predominantemente por la falta de interés libidinal” (Freud, S., 2000: 69).

En lo concerniente al texto *Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico*, se encontró que en 1911 Freud mencionó la psicosis alucinatoria como sigue:

“El introducir el proceso de la represión {esfuerzo de desalojo y suplantación} en la génesis de la neurosis nos ha permitido discernir ese nexo. El neurótico se extraña de la realidad efectiva porque la encuentra en su totalidad o en algunas de sus partes insoportable. El tipo más extremo de este extrañamiento de la realidad objetiva nos lo muestran ciertos casos de psicosis alucinatoria en los que debe ser desmentido el acontecimiento que provocó la insania (Griesinger)” (Freud, S., 2000: 223).

En el anterior fragmento, Freud cita a Griesinger, de quien se dice en nota a pie de página que fue un conocido psiquiatra berlinés, muy admirado por Meynert.

En el año de 1915, Freud trabaja el *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*, donde hace su aparición el término psicosis alucinatoria de deseo; refiere:

“La formación de la fantasía de deseo y su marcha regresiva hasta la alucinación son las piezas más importantes del trabajo del sueño, pero no le

pertenecen a él con exclusividad. Al contrario se encuentran también en dos estados patológicos: en la confusión alucinatoria aguda, la *amentia* (de Meynert), y en la fase alucinatoria de la esquizofrenia. El delirio alucinatorio de la *amentia* es una fantasía de deseo claramente reconocible, que a menudo se ordena por entero como un cabal sueño diurno. De un modo generalizante podría hablarse de una psicosis alucinatoria de deseo, atribuyéndola al sueño y a la *amentia* por igual” (Freud, S., 2000: 228).

En el mismo año de 1915, Freud refiere la psicosis alucinatoria de deseo, precisamente a propósito del trabajo de duelo, cuando abre la siguiente interrogante:

“Ahora bien, ¿en qué consiste el trabajo que el duelo opera? Creo que no es exagerado en absoluto imaginarlo del siguiente modo: El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. A ello se opone una comprensible renuencia; universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma. Esa renuencia puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo. Lo normal es que prevalezca el acatamiento a la realidad. Pero la orden que esta imparte no puede cumplirse enseguida” (Freud, S., 2000: 242).

Por último, en 1928 Freud menciona la psicosis alucinatoria en el escrito *Una vivencia religiosa* como sigue:

“Cabe entonces representarse el proceso del siguiente modo: La vista del cuerpo desnudo (o en acto de ser desvestido) de una mujer trae al jovencito el recuerdo de su madre; entonces despierta en él la añoranza de la madre, proveniente del complejo de Edipo, que al instante se completa con la rebelión contra el padre. Padre y Dios todavía no se han distanciado mucho de él, y la

voluntad de aniquilar al padre puede devenir conciente como duda en la existencia de Dios y pretender legitimarse ante la razón como indignación por el maltrato del objeto-madre. En efecto, es típico que el niño juzgue como maltrato lo que el padre hace con la madre en el comercio sexual. Esta moción, desplazada al campo religioso, no hace sino repetir la situación edípica y por eso tras breve lapso experimenta el mismo destino. Sucumbe a una poderosa contracorriente. En el curso del conflicto el nivel del desplazamiento no es sostenido, no se mencionan argumentos justificatorios de Dios ni los signos inequívocos mediante los cuales Él probó su existencia al escéptico. El conflicto parece haberse desenvuelto en la forma de una psicosis alucinatoria; hablaron voces interiores para hacerle desistir de la resistencia a Dios. Pero el desenlace de la lucha vuelve a presentarse en el campo religioso, y es el predeterminado por el destino del complejo de Edipo: total sometimiento a la voluntad de Dios Padre; el joven se convierte en creyente, acepta todo lo que se le enseñó en su niñez acerca de Dios y Jesucristo. Ha tenido una vivencia religiosa, ahora es un converso” (Freud, S., 2000: 169).

Como es posible percatarse, los lugares donde Freud menciona la psicosis alucinatoria de deseo son escasos, a diferencia de la diversidad de referencias donde menciona únicamente la psicosis alucinatoria; seguramente muchos más de los que aquí se han citado. Por lo tanto, el recorte presentado anteriormente podría resultar arbitrario. Sin embargo, existe una relación cronológica entre estos textos que lo justifica, pues no se trataría de transcribir una serie de notas, sino únicamente de ubicar cuál sería la relación, si es que la hay, entre estos dos términos, sin descartar la posibilidad de tener que mencionar más adelante alguna otra cita o referencia donde aparezca la psicosis alucinatoria.

Mientras tanto, habrá que trabajar con lo que se tiene, veamos qué se encuentra respecto a la psicosis alucinatoria en las citas ya mencionadas, tratando de ubicar alguna relación con la psicosis alucinatoria de deseo, ya que cabría la posibilidad de que ésta haya surgido como resultado del trabajo de otros conceptos, o bien, que solamente sea una mención efímera, cuya aparición se pensaría como de entrada y salida; es decir, que surge en el

*Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*, para desaparecer en el texto *Duelo y melancolía*.

A propósito del llamado caso Schreber, en el texto *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*, en 1910 Freud menciona la psicosis alucinatoria en relación con la paranoia. El paranoico, aun en el apogeo de la represión, no retira completamente su interés por el mundo exterior, lo cual sí ocurre en ciertas otras formas de psicosis alucinatoria. No obstante, el autor no aclara en cuáles; además, inmediatamente después de mencionar la psicosis alucinatoria, se encuentra la referencia entre paréntesis a la amentia de Meynert.

Así, podemos afirmar que, en otras formas de psicosis alucinatoria se presenta una completa retirada del interés por el mundo exterior, a diferencia de lo que ocurre con el paranoico, quien continúa manteniendo su relación con el mundo exterior, lo percibe y se da razón de sus alteraciones, aunque la impresión que éste le produce lo conduce a una búsqueda de explicaciones.

La relación alterada con el mundo que mantiene el paranoico se explica por la falta de interés libidinal.

Como es posible percatarse aquí, en este fragmento Freud trabaja la cuestión de la paranoia; menciona la represión, la relación del paranoico con el mundo exterior y, seguido del término psicosis alucinatoria, se encuentra la mención a la amentia de Meynert. De este modo se señala que existe una diferencia en la relación con el mundo exterior, entre el paranoico y ciertas formas de psicosis alucinatoria. Mientras que el paranoico percibe y se da razón de las alteraciones del mundo exterior, en ciertas otras formas de psicosis alucinatoria si ocurre una retirada por completo del interés por el mundo exterior.

En 1911, Freud escribe *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*, donde menciona la represión como proceso mismo que coloca en el origen de la neurosis, aclara que se trata de la represión al modo de esfuerzo de desalojo y suplantación. También

se encuentra implicado el término realidad efectiva, de la cual el neurótico se extraña por encontrarla total o parcialmente insoportable.

Justamente al hablar del extrañamiento de la realidad, es que Freud, citando al psiquiatra Griesinger, menciona la psicosis alucinatoria, donde en ciertos casos se puede observar el tipo más extremo de extrañamiento de la realidad objetiva, casos en los que debe ser desmentido el acontecimiento que provocó la insania.

En relación con Griesinger, está también el nombre de Meynert.

Encontramos que nuevamente aparece involucrado el concepto represión; Freud menciona el extrañamiento de la realidad efectiva, así como la referencia a Meynert. Al parecer, en el texto *Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico*, Freud toma la psicosis alucinatoria como modelo que le permite marcar un punto de diferenciación entre ella y la neurosis, en la relación que el neurótico tiene con la realidad efectiva. Como hemos dicho, el neurótico se extraña de la realidad efectiva total o parcialmente por encontrarla insoportable, mientras que en ciertos casos de psicosis alucinatoria se presenta un modo extremo de extrañamiento de la realidad objetiva, la cual debe ser desmentida.

Finalmente, en el *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*, aparece la triada *psicosis alucinatoria de deseo*, donde Freud, en 1915, menciona que las dos piezas más importantes en el *trabajo del sueño* son la formación de la fantasía de deseo y su marcha regresiva hasta la alucinación, elementos que también es posible encontrar en dos estados patológicos: en la confusión alucinatoria aguda y en la fase alucinatoria de la esquizofrenia.

En este fragmento, Freud habla de un fenómeno que ocurre en la *amentia* o *confusión alucinatoria aguda*: el delirio alucinatorio, el cual es una fantasía de deseo claramente reconocible que a menudo se ordena como un cabal sueño diurno.

Habla entonces de la psicosis alucinatoria de deseo como una categoría general, la cual es atribuida tanto al sueño, como a la amentia.

En *Duelo y melancolía*, la mención que se encuentra de la psicosis alucinatoria de deseo está relacionada a lo que Freud llamó, en 1915, trabajo de duelo, el cual consiste en: quitar toda libido de sus enlaces con el objeto amado como resultado de aquello a lo que convoca el examen de realidad, mismo que muestra que el objeto amado ya no existe más; pero al parecer, por regla general esto no ocurre así, ya que existe una renuencia a ello.

La renuencia por quitar toda libido de sus enlaces con el objeto amado, esto sería la generalidad de todo duelo. Sin embargo una renuencia intensa por retirar los enlaces libidinales que hasta entonces se tenían con el objeto amado, puede conducir al punto de generar un extrañamiento de la realidad. La realidad ha mostrado que el objeto ya no existe más y sustraerse a eso que muestra el examen de realidad es tanto como suponer que se sigue considerando como presente al objeto amado. Reteniendo al objeto amado por vía de una psicosis alucinatoria de deseo.

Uno de los elementos teóricos involucrados en esta mención es el examen de realidad. Aquí, en el trabajo de duelo, la psicosis alucinatoria de deseo es un estado y la condición a que ésta emerja se encuentra en una dificultad al ejecutar dicho trabajo, a causa de una renuencia intensa en retirar los intereses libidinales del objeto amado.

Otro aspecto a considerar es que en esta referencia a la psicosis alucinatoria de deseo no se encuentre más la mención a Meynert y tampoco a la amentia.

Por lo que hasta aquí hemos visto, la psicosis alucinatoria de deseo se presenta en los siguientes estados:

- El trabajo del sueño
- En el duelo
- En la confusión alucinatoria aguda o amentia
- En la fase alucinatoria de la esquizofrenia

Los dos últimos estados son referidos por Freud como patológicos.

El texto *Una vivencia religiosa* permite ubicar un trazo clínico, el cual corresponde a la explicación que dio Freud en 1927, tras haber recibido una carta cuyo origen es el siguiente:

En 1927, el periodista G.S. Viereck, realizó una entrevista a Freud, la cual fue publicada. En ella se mencionaba su falta de fe religiosa y su indiferencia a creer en la perduración de la vida después de la muerte. A raíz de la mencionada entrevista, un médico norteamericano le envió la citada carta, donde relata haber vivido la experiencia de ver cuando una viejecita de dulce rostro era conducida a la mesa de disección. A raíz de aquel suceso, dudó de su fe religiosa y tomó la decisión de no asistir más a la iglesia. Pero posteriormente, mientras meditaba sobre ese asunto, el remitente refiere que una voz habló a su alma, diciéndole que “debía considerar el paso que estaba a punto de dar”.

La explicación que en 1927 ofreció Freud a esto que llamó *Una vivencia religiosa*, está argumentada en términos del Complejo de Edipo, y es como sigue:

“La añoranza por la madre y la rebelión contra el padre conducen al joven médico a dudar de la existencia de Dios, conflicto que deviene en forma de una psicosis alucinatoria; hablaron voces interiores para hacerle desistir de la resistencia a Dios generando con ello un total sometimiento a la voluntad de Dios Padre, tras esta experiencia religiosa el joven médico ahora es un converso” (Freud, S., 2000: 169).

En dicha explicación se encuentra involucrada la palabra añoranza, la cual resulta importante para reflexionar acerca del llamado trabajo de duelo.

Aventurando el supuesto de que la añoranza por el objeto amado sería el resultado o logro del trabajo de duelo, es decir que, después de haber acatado el imperativo de retirar toda libido de los enlaces con el objeto amado, dictado por el examen de realidad el cual ha mostrado que dicho objeto amado ya no existe más, librando así la renuencia a retirar



las investiduras libidinales del objeto y aceptar que no está, quedando únicamente la añoranza por el objeto.

Es necesario resaltar que en el texto antes mencionado, se relata la experiencia vivida de un joven médico al ver un cadáver; es decir ante el tema de la muerte, lo cual permite llevar la relación hacia el duelo, sin que la relación aquí propuesta signifique una relación de igualdad entre estos términos. Quizá la relación resulte un poco más atinada si se sugiere como una relación metonímica, en tanto desplazamiento entre las palabras cadáver, muerte, duelo, resaltando el efecto de, movimiento subjetivo que suscita en el ser humano el hecho de enfrentarse a lo inevitable: la muerte.

Este breve recorrido permite percatarse que la psicosis alucinatoria de deseo como tal es referida únicamente en el *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*, así como, en *Duelo y melancolía*, escritos por Freud en 1915. Sin embargo, resulta por demás interesante el modo en que Freud trabaja con el término, psicosis alucinatoria.

Al parecer, Freud va tomando la psicosis alucinatoria como un rasero conceptual, es decir como un término que le permite ir diferenciando sus desarrollos teóricos de la psicosis alucinatoria o confusión alucinatoria, la cual en ninguno de los casos en que la menciona aparece como un término que él haya acuñado, ya que en cada uno de los lugares donde involucra dicho término pone entre paréntesis la *amentia* de Meynert, otorgándole totalmente el crédito. Incluso en el *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*, donde ya involucra la triada de términos psicosis alucinatoria de deseo, cita a Meynert. Como ya se ha mencionado, es justamente en *Duelo y melancolía*, en 1915, donde deja de citarlo.

Curiosamente, en el texto *Una vivencia religiosa* de 1927, Freud de nuevo refiere únicamente psicosis alucinatoria, y deja de citar a Meynert: por tanto, deja de relacionar la psicosis alucinatoria con la amentia.

En el recorrido por los citados textos es posible percatarse de que Freud, estuvo hablando de una misma cosa, psicosis alucinatoria o psicosis alucinatoria de deseo.

¿Cuándo introduce el deseo como un tercer elemento?

En el año de 1915, en el *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*, Freud introduce en esta trama conceptual al tercer elemento cuando habla de, una formación de la fantasía de deseo.

Si bien, Freud no elabora el término de psicosis alucinatoria si trabaja con él, a modo de un modelo que coloca en oposición con la paranoia y la neurosis: lo utiliza también para hablar de la alucinación en el trabajo del sueño.

*En duelo y melancolía*, la psicosis alucinatoria de deseo aparece como una objeción al trabajo de duelo.

Aquí, aún es posible percibir un trazo de diferenciación entre ella y el trabajo de duelo, ubicado en la renuencia si ésta alcanza una gran intensidad, entonces se produce un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto tomando el camino de una psicosis alucinatoria de deseo.

Una década después, Freud muestra un trazo clínico relacionado con la psicosis alucinatoria; en el escrito, *Una vivencia religiosa*, elabora la explicación de un hecho, que al parecer para el joven médico, el conflicto se desarrolló en la forma de una psicosis alucinatoria. En éste escrito Freud, deja de utilizar el término psicosis alucinatoria como forma de diferenciación entre ésta y otros estados, solamente aparece como parte de la explicación. Otro aspecto que no aparece es la relación con la amentia de Meynert.

Siguiendo el texto *Historia de la psiquiatría*, de Postel y Quètel (1987), se encontró que la descripción de la *amentia* es atribuida a Theodor Meynert (1833-1892). Meynert nació en Dresden y estudió medicina en Viena. El ejercicio de su profesión estuvo relacionado

con la psiquiatría. Fue profesor titular y médico jefe del servicio de psiquiatría del Hospital General desde 1873 hasta 1892, año en que falleció.

Freud trabajó en el servicio hospitalario de Meynert, de mayo a septiembre de 1883, y en su laboratorio hasta 1886.

En los términos psicosis alucinatoria, confusión alucinatoria aguda y amentia, por lo que hasta este momento hemos visto, se encuentra una relación de similitud, cuyo origen está en el campo de la psiquiatría.

La psicosis alucinatoria o amentia constituye una categoría conceptual propia del campo de la psiquiatría, particularmente de la psiquiatría alemana; su descripción se atribuye al médico Vienés Theodor Meynert, personaje contemporáneo Sigmund Freud.

En el afán por contar con elementos que permitan ilustrar y conocer acerca de la psicosis alucinatoria, amentia, o psicosis alucinatoria de deseo, se tomó la tarea de indagar en el *Tratado de Psiquiatría* de Kaplan y Sandock (1992), encontrando que es posible ubicar una cierta relación de continuidad entre tres personajes, cuando se menciona la tradición psiquiátrica alemana: Wilhelm Griesinger, Theodor Meynert y Sigmund Freud.

Meynert, pasa a la historia como seguidor de Griesinger y maestro de Freud. Esta relación, a su vez, ubica a Freud en el lugar de alumno y colaborador de Meynert.

En dicho tratado, se menciona la publicación del manual *Psychiatry a Clinical treatise on the diseases of the Forebrain*, realizado por Meynert en 1884.

Ello hace recordar el origen organicista de la tradición psiquiátrica alemana. Tradición de la cual Freud posteriormente tomará distancia, al dar vida y forma al cuerpo teórico del psicoanálisis.

En efecto, Freud toma la psicosis alucinatoria o *amentia*, trabaja dicho concepto y lo hace con honestidad, ya que en cada mención tiene el cuidado de reconocerle el crédito a Meynert.

Por tanto, la psicosis alucinatoria o *amentia* no es una entidad clínica propia del psicoanálisis. Freud trabaja con esta entidad, la utiliza para discernir algunas de sus formulaciones teóricas, principalmente cuando se refiere a la relación del sujeto con la realidad, pensada como, la relación del sujeto con el mundo exterior o realidad efectiva.

Sin embargo, a dicha categoría proveniente de la psiquiatría, Freud le agrega un tercer elemento: el deseo, elemento que Freud descubre como una constante permanente, siempre en juego dentro de la vida anímica del ser humano.

Al respecto, resulta oportuno citar a Lacan en el Seminario Las formaciones del Inconciente, sesión del 16 de abril de 1958, cuando afirma que:

“Aquello que el descubrimiento freudiano puso de relieve en su punto de partida es el deseo. Lo que Freud descubre esencialmente, lo que aprehende en los síntomas, sean cuales sean, trátase de síntomas patológicos o de lo que él interpreta en lo que hasta entonces se presentaba como más o menos reducible a la vida normal, a saber el sueño, por ejemplo, es siempre un deseo” (Lacan, J., 2002: 328).

En *el Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*, de 1915, Freud hace la primera mención utilizando los tres términos: psicosis, alucinación y deseo.

Posteriormente, en *Duelo y melancolía*, escrito también en 1915, de nuevo utiliza los tres conceptos, para no volver a mencionarlos más.

Sin embargo, es necesario resaltar algunos puntos al respecto. Primero, es el único lugar donde no menciona a Meynert, lo cual indicaría que la psicosis alucinatoria de deseo como

tal toma carta de ciudadanía dentro del psicoanálisis: Al parecer, Freud le agrega algo más que el concepto deseo; Freud incluye la categoría conceptual, psicosis alucinatoria al entramado teórico del psicoanálisis.

¿Qué agrega Freud a la psicosis alucinatoria con el concepto deseo?

En este breve encuentro entre la psicosis alucinatoria, proveniente de la psiquiatría, y el deseo freudiano, surge la triada psicosis alucinatoria de deseo.

Un lugar privilegiado para tratar el asunto del deseo es el sueño, lo cual remite directamente a una obra capital del psicoanálisis: *La interpretación de los sueños*, donde Freud (1900) afirma que el sueño es un cumplimiento de deseo, que el sueño figura un deseo cumplido. El deseo, como una búsqueda de satisfacción, tal como lo menciona Freud, como la satisfacción de una necesidad la cual puede ser incluso la de continuar durmiendo. Aunque, aclara que dicha necesidad no se satisface con el sueño, por ejemplo una necesidad como la de tomar agua: es posible que la sed guíe el sueño hasta figurarlo como cumplido y soñar que se toma agua, pero ese sueño, en efecto, no satisface la sed, es decir que el apremio de la vida puede ser considerado como una prueba de realidad, como algo que permite diferenciar entre el deseo, la fantasía de deseo, el sueño y esto que, en distintos lugares, Freud llama la realidad, realidad efectiva, prueba de realidad, examen de realidad. A sabiendas de que, la realidad o el concepto de realidad en el psicoanálisis resulta un concepto huidizo y espinoso, sin embargo vale la pena puntualizar la importancia de este concepto en la obra de Freud, más allá de pretender cosificar la explicación de la realidad, la intención en este momento es que el lector considere la complejidad y diversidad de acepciones al respecto.

En cuanto al sueño se refiere, Freud también menciona que existen otras cuestiones que efectivamente se satisfacen con el sueño. Recordando el emblemático sueño de *La inyección de Irma*, Freud (1900) afirma que, con el sueño se satisfizo su sed de venganza contra su amigo Otto y el doctor M. Pero la satisfacción no sobreviene y la necesidad perdura; el sueño únicamente figura el cumplimiento de deseo. Es posible decir que aquello que el sueño nos muestra es el rostro desfigurado, abyecto, a veces terrorífico, del deseo.

En *La interpretación de los sueños*, Freud (1900) habla de objeto deseado, mientras que en *Duelo y melancolía* de 1915 menciona al objeto amado. Pero una renuencia intensa por acatar el mandato que el examen de realidad impone, que el objeto amado ya no existe más, propicia la retención del objeto amado.

Renuencia por acatar el mandato de la realidad, no aceptar el mandato que la realidad impone, es justamente percatarse de esa realidad que muestra la ausencia: que el objeto amado no está más en esa realidad efectiva, es decir que, entonces, el objeto amado deviene objeto deseado, porque falta.

Es justamente en *Duelo y melancolía* donde Freud habla de la psicosis alucinatoria de deseo, a propósito del duelo por la pérdida que deja la muerte de un ser amado; aquí también introduce un término novedoso: renuencia, específicamente, una renuencia intensa por acatar aquello que muestra el examen de realidad.

Freud, retoma la psicosis alucinatoria de la tradición psiquiátrica alemana, tradición en la que él se encontraba inmerso. Al parecer, Freud trabaja la psicosis alucinatoria con el propósito de discernir la noción de realidad en psicoanálisis y la manera en que el sujeto se relaciona con ella desde la paranoia, la psicosis o la neurosis.

Sin embargo, Freud agrega un tercer elemento: el deseo transformando la psicosis alucinatoria en psicosis alucinatoria de deseo. Agregado con el cual da expresión al deseo y, con ello, se hace posible que el deseo sea expresado.

## CAPÍTULO II

### **¿ES POSIBLE CONSIDERAR LA PSICOSIS ALUCINATORIA DE DESEO COMO RASGO PROPIO DE TODO DUELO?**

En este segundo capítulo se plantea como objetivo discernir, si es posible considerar la psicosis alucinatoria de deseo como un rasgo propio de todo duelo; o bien bajo qué circunstancias aparece dicho fenómeno.

Posteriormente, la intención es conocer cuál es la relación entre psicosis alucinatoria de deseo y duelo, realizando una demarcación en cuando al duelo se refiere. Esta demarcación se impone como necesaria, por la abundante producción escrita respecto al tema del duelo. Por tanto, para efectos del presente trabajo, el interés principal se encuentra en considerar la noción freudiana de duelo, es decir, el duelo pesaroso.

En este capítulo también se aborda la dimensión simbólica en torno al duelo, y la importancia de los mitos y creencias populares, así como de las ceremonias fúnebres tomando en cuenta la perspectiva social y cultural de nuestro entorno, donde se encuentra presente una arraigada idea que comprende el retorno al mundo terrenal de quien fallece. Algunas observaciones del capítulo anterior permiten inferir que Freud no quita el dedo del renglón, aun en el texto *Duelo y melancolía* de 1915, su interés al trabajar con la psicosis alucinatoria continúa siendo la relación del sujeto con la realidad, aquí lo menciona como examen de realidad y extrañamiento de la realidad, aunque ya ha dejado de citar la mención de Meynert y agregado a la psicosis alucinatoria un tercer elemento: el deseo.

Además, queda claro que la psicosis alucinatoria es un concepto proveniente de la psiquiatría clásica alemana, que pasa a formar parte del psicoanálisis cuando Freud toma este concepto, trabaja con él y finalmente lo adopta al agregarle el deseo como un tercer elemento; no obstante Freud continúa trabajando la relación del sujeto con la realidad, sólo que ahora a propósito del estado de duelo pesaroso, estado que precisamente ocupa uno de los intereses principales de este segundo capítulo.

## 2.1. El duelo

¿De qué duelo se habla? Ya que en la actualidad existe una abundante producción escrita respecto al tema del duelo, entonces resulta necesario precisar, a modo de una demarcación, que la noción de duelo a trabajar en lo sucesivo corresponde al duelo pesaroso.

Hablar del duelo parece un tema gastado; desgastado, mejor dicho, un tema muy trillado, pues existe una vasta producción escrita al respecto. Sin embargo, en la mayoría de los textos se hace referencia a Sigmund Freud, de modo que, el texto “princeps” que trata el tema del duelo es: *Duelo y melancolía*, escrito por S. Freud en 1915.

En este texto se encuentra una importante elaboración teórica en cuanto a dos afectos (el duelo y la melancolía), propios del ser humano. Sin embargo, para efectos de este trabajo, el acento se encuentra puesto en aquello que al primero se refiere.

Posiblemente, hablar y escribir de manera recurrente respecto al duelo, se justifique porque es un tema que causa inquietud, un tema preocupante y angustioso, que en cierta medida concierne a todo ser humano, ya que lleva a reconocer la finitud de la vida. Pero también puede conducir a reconocernos dentro de ella, si decimos que, al hablar del duelo, reconocemos que la vida propia, de un ser querido o de los otros, llegado el momento tiene un límite.

Duelo, palabra breve; sin embargo, en ella se encuentra un complejo entramado entre lo finito e infinito, entre la vida y la muerte.

El duelo implica también ciertos rituales, cultos y ceremonias, mismos que estarán en función del tiempo, la época, el lugar o la circunstancia de que se trate. Que éstos sean o no realizados de una forma particular, depende principalmente de aquello que se piense respecto a la muerte. La manera de enfrentarse, tanto al acto de morir como al hecho de la muerte de otros, no es estática. Entonces, dependiendo la época y el contexto es posible encontrarnos con la muerte romántica y novelesca, la muerte trágica, la muerte macabra y oscura, o bien la muerte como un juicio donde es preciso saldar o ajustar cuentas. Lo



anterior, mencionando solamente algunas de las formas en que la muerte es hablada desde la perspectiva del historiador. Aries (2007) a lo largo del texto *Morir en Occidente: desde la Edad Media hasta nuestros días*.

La inquietud por conocer respecto al tema del duelo, ha guiado una búsqueda por distintos textos y autores; que ha dejado como fruto la idea de que se trata de un tema con varias aristas, lo cual puede resultar motivo de confusión. Por tanto, una manera de evitar dicha confusión es apegarse al texto freudiano de 1915, *Duelo y melancolía*, donde es ubicada una de las pocas menciones de la psicosis alucinatoria de deseo, misma que, en su relación con el duelo constituye el principal interés de este trabajo.

## **2.2. El duelo freudiano**

¿Es posible considerar la psicosis alucinatoria de deseo, como rasgo propio de todo duelo? Primero, será pertinente ir demarcando los trazos a considerar acerca del duelo. Como ya se ha mencionado, existe una abundante producción escrita sobre el duelo, pero no ocurre lo mismo respecto a la psicosis alucinatoria de deseo, la cual únicamente es mencionada en contadas ocasiones por Freud y, posteriormente por Allouch.

Es necesario iniciar con una lectura detenida del texto freudiano *Duelo y melancolía*, que permita ubicar las afirmaciones realizadas por Freud en 1915 respecto al duelo y en qué momento del texto introduce la psicosis alucinatoria de deseo.

El duelo es un afecto normal y es por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada, o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etcétera.

El duelo trae consigo graves desviaciones de la conducta normal en la vida y, sin embargo, no es posible considerarlo un estado patológico, existe la confianza en que, pasado cierto tiempo, se lo superará, y que resultaría inoportuno y aún dañino perturbarlo.

Los rasgos anímicos que se muestran en el estado de duelo se caracterizan por una desazón profundamente dolida, una cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar y la inhibición de toda productividad, rasgos que se presentan de forma semejante tanto en el duelo como en la melancolía.

El duelo pesaroso es la reacción frente a la pérdida de una persona amada, se caracteriza por un semblante dolido, la pérdida del interés por el mundo exterior –en todo lo que no recuerde al muerto-, la pérdida de la capacidad de escoger algún nuevo objeto de amor –en reemplazo, del llorado-, y en el extrañamiento de cualquier trabajo productivo que no tenga relación con la memoria del muerto.

El sujeto se entrega incondicionalmente al duelo, sin que haya cabida para otros propósitos e intereses.

Lo anteriormente descrito corresponde a la conducta que obedece al estado de duelo; y justamente por ello no es posible considerarla como patológica.

Freud abre una interrogación y con ella ubica al duelo como cumpliendo una función, o un trabajo, cuando cuestiona: ¿en qué consiste el trabajo que el duelo opera? Y argumenta su respuesta proponiendo la siguiente imagen:

“El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. A ello se opone una comprensible renuencia; universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma. Esa renuencia puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo” (Freud, S., 2000:242).

Imagen breve, sin embargo encierra una gran densidad y términos un tanto problemáticos y complejos, como el de examen de realidad y comprensible renuencia,

además de las implicaciones que trae consigo un aumento en la intensidad de la renuencia, como el extrañamiento de la realidad y la retención del objeto.

Freud agrega: lo normal es que prevalezca el acatamiento a la realidad, pero la orden que esta impone no puede cumplirse enseguida, se ejecuta pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura: y entre tanto, la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. Cada uno de los recuerdos, cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consuma el desasimiento de la libido.

Freud afirma que, una vez cumplido el trabajo del duelo, el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido.

Se sabe que el duelo es generado por la pérdida del objeto amado y lo que atañe a dicha pérdida no se encuentra sustraído de la conciencia: es decir que, se sabe concretamente la razón por la cual se presenta el estado de duelo.

En cuanto al duelo y la relación con el mundo, hay que decir que en el duelo el mundo se ha hecho pobre y vacío.

Freud (1915) afirma que el duelo es la reacción frente a la pérdida real del objeto de amor y, como ya lo ha mencionado, el duelo es un afecto normal que pasado cierto tiempo se supera, resultando inoportuno y aún dañino perturbarlo.

Pero hay una condición que cada vez que se presenta convierte al duelo en patológico y es que cuando preexiste la disposición a la neurosis obsesiva, el conflicto de ambivalencia presta al duelo una conformación patológica y lo impulsa a exteriorizarse en la forma de unos autorreproches, a saber, que uno mismo es culpable de la pérdida del objeto de amor, vale decir, que la quiso. De tal modo que tras la muerte de personas amadas sobreviene una depresión de cuño obsesivo.

El duelo normal vence sin duda la pérdida del objeto y mientras persiste absorbe de igual modo todas las energías del yo. Para cada uno de los recuerdos y de las situaciones de expectativa que muestran a la libido anudada con el objeto perdido, la realidad pronuncia su veredicto: el objeto ya no existe más; y el yo, preguntado, por así decir, si quiere compartir ese destino, se deja llevar por la suma de satisfacciones narcisistas que le da el estar con vida y desata su ligazón con el objeto aniquilado.

El duelo, por regla general, sólo es desencadenado por la pérdida real, la muerte del objeto amado.

El duelo mueve al yo a renunciar al objeto declarándolo muerto y ofreciéndole como premio el permanecer con vida. De igual modo, cada batalla parcial de ambivalencia afloja la fijación de la libido al objeto, desvalorizando, rebajándolo, por así decir, también victimándolo.

Encontrando que, dentro del texto de 1915 *Duelo y melancolía*, Freud realiza aseveraciones concretas respecto al modo en que es posible considerar el duelo, como un estado normal de reacción ante la pérdida de una persona amada, o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etcétera.

Una afirmación muy clara y concreta se ubica cuando Freud (1915) dice que el duelo es una reacción normal ante la pérdida de una persona amada. En este punto, donde inicia el texto, el duelo se concreta en la pérdida de una persona amada. Sin embargo, cuando Freud agrega: o de una abstracción, que haga sus veces como la patria, la libertad, un ideal, etcétera, entonces la cuestión del duelo queda abierta a un abanico de posibilidades, ampliando enormemente el espectro de causas por las cuales podría llegarse al estado de duelo.

La anterior podría ser una razón por la cual, en algunos casos, se ha llegado a tratar el asunto del duelo con ambigüedad, nominando como duelo todo aquello relacionado a una pérdida.

Un breve recorrido por algunos diccionarios permite ubicar la manera un tanto ambigua en que se define el duelo. Por ejemplo, en el *Diccionario de Psicología*, que su autor H. Galimberti, dedica a Karl Jaspers, define al duelo como: estado psicológico consecuente con la pérdida de un objeto significativo que formaba parte integrante de la existencia. (Galimberti, H., 2002:359)

Aun cuando Galimberti cita a Freud para respaldar su definición del duelo, esta cae en una terrible ambigüedad y, por lo tanto, un sujeto podría ubicarse en el estado de duelo por una multitud de causas, ubicando como única condición la pérdida de un objeto significativo.

Por otra parte, Dorsch Friedrich en su *Diccionario de Psicología* define el duelo como: “Una forma de reaccionar a la pérdida de una persona o un objeto”. (Dorsch, F., 1991: 230)

Dorsch, al igual que Galimberti también cita a Sigmund Freud (1915), haciendo referencia al texto *Duelo y melancolía*.

Ambos autores consideran en sus definiciones del duelo únicamente lo concerniente a la pérdida.

Pero no sólo en los diccionarios antes mencionados existe cierta ambigüedad al referirse al duelo, también en algunos textos ocurre algo similar. Por ejemplo: en el libro *Los duelos y las depresiones*, su autor Louis Hornstein (2006) habla precisamente de los duelos y las depresiones, equiparando ambos términos; nombra al duelo únicamente como un estado afectivo. Al mencionar Los duelos como Louis Hornstein los denomina, cita a Sigmund Freud (1915), remitiendo al lector al texto Freudiano de *Duelo y melancolía*.

Con este breve paréntesis, se pretende mostrar una breve ilustración de la manera ambigua en que el duelo ha pasado a formar parte del dominio público. Por lo visto, sólo es tomado un pequeño fragmento de lo escrito por S. Freud en *Duelo y melancolía* de 1915. Precisamente, la intención de abordar detenidamente dicho texto es evitar ese deslizamiento en la ambigüedad que reduce la riqueza del escrito cuando se considera que su esencia es únicamente la pérdida.

Esta incursión por los textos antes mencionados deja en claro la importancia del escrito freudiano de 1915, *Duelo y melancolía*, donde se puede ubicar una teoría respecto al duelo, así como una forma de intervenir clínicamente en dicho estado. Por lo tanto, es necesario continuar el recorrido por el texto *Duelo y melancolía* de 1915, donde Freud de manera categórica afirma que el duelo es un afecto normal y, por regla general es la reacción frente a la pérdida de una persona amada.

Siendo así, el estado de duelo se encuentra relacionado efectivamente con una pérdida, pero de manera precisa la pérdida de una persona amada. Un poco más adelante Freud hace un agregado y menciona lo pesaroso del duelo quedando como sigue: “El duelo pesaroso es la reacción ante la pérdida de una persona amada”. (Freud, S., 2000:242)

Pero, cuando Freud llega al final del texto *Duelo y melancolía*, de modo tajante afirma que: “(...) el duelo, por regla general sólo es desencadenado por la pérdida real, la muerte del objeto”. (Freud, S., 2000:253)

Siguiendo detenidamente lo dicho por Freud en el texto, es posible ir anotando ciertas precisiones respecto al tema del duelo, donde efectivamente se encuentra implicada una pérdida, pero aclarando que es precisamente la pérdida de la vida de un ser querido y por lo tanto, la esencia del duelo es la muerte. Sigmund Freud, lo nombra: “El duelo pesaroso”. (Freud, S., 2000:253)

### 2.3. El duelo pesaroso

Los rasgos anímicos que caracterizan el estado de duelo pesaroso, según los describe Freud (1915) en *Duelo y Melancolía* son: desazón profundamente dolida, cancelación del interés por las cosas del mundo, pérdida de la capacidad de amar y la inhibición de toda productividad. Es decir que, un semblante dolido sería la forma de hacer evidente el estado de duelo pesaroso. Entonces es necesario indagar detenidamente a qué remite la noción de pesar y pesaroso, básicamente en algunos diccionarios.

En el diccionario de *Corominas* (1993) se define la palabra pesar como: “pesadumbre o disgusto, carga o sufrimiento” y el adjetivo pesaroso como: “(estar) apesadumbrado: con pesadumbre. (Estar) preocupado, disgustado o triste por haber hecho cierta cosa. Arrepentirse”.

Por su parte María Moliner (2007) define la palabra pesar de la siguiente manera:

“Pesar: (del Lat. Pensàre)

Constituir una cosa una carga moral o física, aunque no corpórea, para alguien -Le pesan los años, le pesa la responsabilidad-. Abrumar”.

Pesar: m. (de, por) Sentimiento por haber hecho o haber dejado de hacer cierta cosa: “tengo pesar por no haberte tratado mejor”. Remordimiento. Sentimiento por ejemplo por una desgracia propia o ajena, que abate el ánimo y, a veces, incita al llanto. Pena, pesadumbre, sentimiento, tristeza.

Así, el adjetivo pesar remite a carga, sufrimiento, sentimiento, tristeza, que abate el ánimo e incita al llanto. Y mientras que el sustantivo, pesaroso indica el estar: triste, abatido, sufriente. Entonces, al nombrar el duelo pesaroso, se indica un estado, un semblante, una forma de estar o de ser ante la muerte de la persona amada.

El duelo pesaroso implica tanto el estado de duelo como el trabajo de duelo. El estado de duelo se caracteriza por un talante profundamente dolido, una cancelación del interés

por las cosas del mundo, pérdida de la capacidad de amar y la inhibición de toda productividad.

No es posible afirmar cuál es la duración de dicho estado, así como tampoco es recomendable perturbarlo o interrumpirlo, pues no se trata de un estado patológico. En lo que concierne al trabajo de duelo, igual que el estado de duelo, no hay forma de definir una temporalidad de inicio o de término.

El duelo pesaroso es la reacción frente a la pérdida de una persona amada. La pérdida real y objetiva de la persona amada: la muerte. Tanto el estado como el trabajo de duelo cumplen una función importante para aquellos que viven la muerte de un ser querido.

Podría decirse que existe la necesidad de manifestar el estado de duelo, de llevar a cabo ritos y cultos; actos simbólicos que den cuenta de dicha reacción, actos que se encontrarán sujetos al tiempo y cultura de que se trate.

La función del trabajo de duelo ha de cumplirse de manera lenta: poco a poco, cada uno de los recuerdos, cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto, son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consume el desasimiento de la libido. Además, la iniciación del trabajo de duelo indica, primero que se ha tomado registro de aquello que el examen de realidad muestra, es decir que la persona amada ha muerto. Para que, posteriormente exista la posibilidad de acatar su mandato: ir quitando la libido de sus enlaces con el objeto, es decir que el objetivo del trabajo de duelo sea cumplido.

Sin embargo, la operación anterior no transcurre de manera tersa, sino que se lleva a cabo de forma lenta y dolorosa, ya que generalmente se presenta una comprensible renuencia por acatar y apegarse al mandato proveniente de aquello que el examen de realidad ha mostrado, que el objeto amado no existe más. Renuencia que a decir de Freud (1915) se presenta de forma universal, es decir en todos los casos y bajo cualquier circunstancia y que además hasta cierto punto resulta comprensible.



Entonces, es posible decir que en todos los casos de duelo pesados aparece una comprensible renuencia por aceptar la muerte del ser amado, es decir una renuencia tenue, atemperada, lo cual forma parte de una generalidad. Pero podría presentarse una situación peculiar, en que la intensidad de la renuencia logre alcanzar un grado tan elevado que produzca un extrañamiento de la realidad y por tanto, una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo, de modo que la existencia del objeto perdido continúe en lo psíquico.

Por lo anterior, resulta necesario ahondar en conceptos como, realidad objetiva, examen de realidad y, sobre todo, indagar qué genera la intensidad de la renuencia ante la muerte de un ser querido. Como ya se ha mencionado, se trata de términos complejos en los que valdrá la pena detenerse un poco más adelante, ya que se encuentran articulando la relación duelo – psicosis alucinatoria de deseo.

Por lo tanto, la esencia del duelo no radica únicamente en la pérdida de algo radica en la pérdida real que es la muerte del objeto amado. Es decir que en el tema del duelo, tal como es trabajado en 1915, por S. Freud en *Duelo y melancolía*, el telón de fondo es la muerte real y objetiva de una persona amada. Incursionamos entonces en los terrenos de la muerte, fenómeno universal y enigmático que trasciende tiempos y culturas, tema inquietante y estremecedor. ¿A qué nos remite la muerte cuando se ha ido con ella un ser amado? ¿Será posible afirmar que, al presentarse remite a la finitud, al término inevitable de la propia vida?

Resulta una afirmación injusta decir que el tema de la muerte únicamente es abordado por Freud (1915) en *Duelo y melancolía*, ya que dentro de la obra freudiana el tema de la muerte es un elemento muy importante que aparece de una y otra manera; en el Complejo de Edipo, donde se encuentra presente el deseo de dar muerte al padre; la muerte del padre primordial de la que Freud (1912) habla en *Tótem y tabú*, o en *De guerra y muerte*, Freud (1915) y qué decir del texto *Más allá del principio de placer* Freud (1920), por mencionar únicamente algunos textos donde el tema de la muerte se encuentra expresado y trabajado por Freud, lugares donde efectivamente se encuentra presente el tema de la muerte.

No obstante, lo que introduce Freud en *Duelo y melancolía* es expresamente el duelo como reacción y pone énfasis al afirmar que el duelo, por regla general, sólo es desencadenado por la pérdida real, es decir la muerte del objeto amado, marcando también la diferencia entre el duelo y la melancolía.

Existe un conjunto de textos freudianos unidos por una relación cronológica que, además, presentan como constante el tema de la muerte. Freud se expresa y teoriza sobre este fenómeno universal e imperecedero en *De guerra y muerte* (1915), *Duelo y melancolía*, (1915) y *Más allá del principio de placer* (1920). Se trata de la producción freudiana en tiempos de la Primera Guerra Mundial (1914 – 1918) y después de ella. Vayamos pues al contexto en el que Freud escribió *Duelo y melancolía*.

### **Del texto al contexto.**

“Mejor, pues, que renuncie quien [en Psicoanálisis] no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época”. (Lacan, J., 2003:309)

Atendiendo a esta enérgica invitación del psiquiatra y psicoanalista francés Jaques Lacán, en *Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis*, en 1953, y siguiendo algunos datos biográficos de Freud, tomados del trabajo publicado por Gay (1990), recorramos esa época difícil y azarosa en que Sigmund Freud escribe y da a conocer el texto *Duelo y melancolía* de 1915.

El biógrafo de Freud, Peter Gay escribe:

“El estado de ánimo de Freud durante la época de la guerra era de desaliento y preocupación por las vidas de sus hijos. Freud reconocía, y así se lo hace saber a su amigo Jones en su correspondencia del 22 de Octubre de 1914, que aquellos eran tiempos lamentables” (Gay, P., 1990: 399).

La guerra se prolongaba fastidiosamente y con ello una tortuosa espera se miraba venir: “Sigo pensando que esta es una larga noche polar, hay que esperar hasta que vuelva a salir

el sol”, escribe Freud el 25 de enero de 1915 en su correspondencia, ahora con Abraham (Gay, P., 1990: 400).

Mientras que Martin, Oliver y Ernest, los tres hijos de Freud, continuaban en la guerra, él soñaba.

Así lo refiere Peter Gay:

“La noche del 8 de julio de 1915 tuvo lo que denominó “un sueño profético”, el contenido manifiesto era: “Muy claramente la muerte de mis hijos; Martin el primero de todos”. Mostrando su constante preocupación por el riesgo que corrían las vidas de sus hijos; sin embargo la belicosidad humana hacía sentir sus estragos de diversas formas. La vida en Viena era difícil, escaseaba la comida y más aún el combustible” (Gay, P., 1990: 401).

En la biografía mencionada existe gran cantidad de citas respecto a esa época de guerra y posguerra; la mayoría revela en Freud un semblante de preocupación y desaliento, mismo que se refleja en los textos freudianos de aquellos años.

En 1915, Freud escribe *De guerra y muerte. Temas de actualidad*, texto que permite unir a nuestro horizonte la subjetividad de aquella época; el talante de incertidumbre y desilusión que Freud muestra en estas líneas, la desilusión provocada por la guerra y el cambio que impone en la actitud hacia la muerte:

“La guerra, en la que no quisimos creer, ha estallado ahora y trajo consigo... la desilusión. No sólo es más sangrienta y devastadora que cualquiera de las guerras anteriores, y ello a causa de las poderosas y perfeccionadas armas ofensivas y defensivas, sino que es por lo menos tan cruel, tan encarnizada y tan inmisericorde como ellas” (Freud, S., 2000: 280).

Freud reitera sus afirmaciones en un tono de desilusión, no sólo es una interpretación del texto *De guerra y muerte. Temas de actualidad* (1915), sino que está reiteradamente expresado ese ánimo de desilusión por la situación que se empezaba a sentir.

Según James Strachey, Freud escribió este ensayo aproximadamente seis meses después del estallido de la Primera Guerra Mundial.

Aquí, Freud habla también de la importancia que tiene para el ser humano conservar una ilusión:

“Las ilusiones se nos recomiendan porque ahorran sentimientos de displacer y, en lugar de estos, nos permiten gozar de satisfacciones. Entonces, tenemos que aceptar sin queja que alguna vez choquen con un fragmento de la realidad y se hagan pedazos” (Freud, S., 2000: 282).

Para Freud, la desilusión era causada por la vileza y brutalidad de que era capaz el ser humano, justamente aquellos que debían preservar las normas éticas y que, por ser partícipes en la más elevada cultura humana, sería imposible suponer de ellos tales acciones.

El impresionante choque con aquella realidad que la guerra presentaba, la desilusión por ver su cultura y esa preciada civilización hecha pedazos, llevan a Freud a cuestionar los preceptos de cultura, humanidad y civilización, en los que otrora cifraba sus ilusiones.

Efectivamente, una ilusión, pero una que encierra importancia vital: acaso aquello que llamamos humanidad es sólo un invento, una ilusión para no hacernos pedazos unos con otros. Y un agregado importante es afirmar lo anterior, pero además aclarando que: ¡Es un buen invento!<sup>1</sup>

En el apartado II, *Nuestra actitud hacia la muerte* de 1915, Freud habla del sentimiento de ser ajeno en este mundo, como resultado de la perturbación en la actitud que hasta entonces se había adoptado hacia la muerte y menciona que “en el fondo, nadie cree en su

---

<sup>1</sup> La expresión “acaso, aquello que llamamos humanidad es sólo un invento”, fue tomada de la comunicación personal con mi hijo Guillermo, cuando él contaba con escasos doce años de edad.

propia muerte, o, lo que viene a ser lo mismo, en el inconciente, cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad”. (Freud, S., 2000: 290)

Es decir que el ser humano desmiente la muerte propia. Sin embargo conserva en el inconciente deseos de muerte hacia los otros, deseos que, por fortuna, las más de las veces permanecen sofocados, pues de lo contrario la llamada humanidad ya habría terminado.

Con la guerra, esta tesis se ha visto trastocada: después de la guerra ya no es posible seguir desmintiendo la muerte, es preciso creer en ella. La relación que hasta entonces se tenía con la muerte, como algo contingente, lejano y que sólo les pasaba a otros, se vio alterada, acarreado como consecuencia desconcierto y parálisis en la productividad.

En 1915, Freud habla de una relación distante entre el hombre y la muerte, de la cual únicamente era posible participar como espectador. En cambio, en el texto *Duelo y Melancolía* habla del duelo como una reacción del hombre ante la muerte, específicamente del duelo pesaroso.

La idea inconciente de inmortalidad tendría el objetivo de volver la vida llevadera, pues de persistir de modo constante el pensamiento de que la vida es perenne y transitoria, que el destino de toda vida es la muerte, con facilidad se caería en un dolorido hastío del mundo, un modo pesimista de andar por el mundo. Sin embargo, la cualidad de transitoriedad de las cosas de la vida y de la vida misma, viene a dar un valor mayor: el valor de lo escaso. Pensamientos expresados por Freud (1915), en el escrito titulado *La transitoriedad*.

No obstante, la guerra llegó destruyendo, además de la vida, aquello que en el arte y la cultura era motivo de orgullo; arrebató aquello amado y mostró la caducidad de muchas cosas, que hasta entonces se juzgaban permanentes.

En esa época, corría el año de 1915, los temas de actualidad que ocupaban la pluma de Freud eran *De guerra y muerte* y *La transitoriedad*; en ellos se encuentra plasmado el ánimo imperante en ese entonces. Dolor y desilusión al ver todo aquello que hasta entonces

era motivo de orgullo y signo de elevada cultura. Desánimo e incertidumbre por la fragilidad de la vida y por cómo todo aquello que se ha amado puede ser arrebatado bruscamente, de un momento a otro; las cosas pueden cambiar intempestivamente, sin haber modo alguno para que éstas vuelvan a ser lo que antes fueron. Un sentimiento de dolor generalizado imperaba en el ánimo de aquellos que vivieron esa terrible época.

Al respecto, Freud escribe en el texto de 1915, *La transitoriedad*:

“Sabemos que el duelo, por doloroso que pueda ser, expira de manera espontánea. Cuando acaba de renunciar a todo lo perdido, se ha devorado también a sí mismo, y entonces nuestra libido queda de nuevo libre para, si todavía somos jóvenes y capaces de vida, sustituirnos los objetos perdidos por otros nuevos que sean, en lo posible, tanto o más apreciables” (Freud, S., 2000: 311).

Al parecer, Freud conservó un trazo de esperanza; en que ese estado de dolor generalizado con el tiempo pasaría. Esperando recuperar la ilusión por la vida que, como él menciona en 1915 *De guerra y muerte. Temas de actualidad*: “Las ilusiones se recomiendan como necesarias porque ahorran sentimientos de displacer. Y en su lugar, permiten gozar de satisfacciones”. (Freud, S., 2000:282).

En ese contexto, donde el interés por el mundo, por sí mismo y por los otros estaba siendo trastocado por los efectos de la guerra, es precisamente que Freud escribe *Duelo y melancolía*. Es necesario tener presente que las teorías no surgen de la nada, ni son castillos que se construyen en el aire; éstas guardan una relación muy estrecha con aquello que ocurre en el mundo, siendo también una escritura de la realidad.

#### **2.4. ¿Y el contexto de nuestro texto?**

En las siguientes líneas se pretende mostrar, aunque de manera superficial, respecto al contexto actual, qué ocurre en nuestro entorno inmediato. En el sentido de muerte y guerra

también se encuentra escrita nuestra realidad actual: la llamada “guerra contra el narcotráfico” que desde aproximadamente 3 años a la fecha 2009, se sigue librando en nuestro país; guerra nombrada así y declarada abierta y públicamente en los medios de comunicación por el Presidente de la República Mexicana. Felipe Calderón.

Constantemente somos bombardeados por los medios masivos de comunicación con noticias realmente alarmantes: hallazgos de narco- túneles, narco-fosas, narco-laboratorios, narco-ejecuciones, narco-fiestas, etcétera; una lista muy amplia de actividades supuestamente relacionadas al tráfico de drogas o narcotráfico. Al parecer, “narco”, en nuestro país se ha convertido en un prefijo coloquial, quizá uno de sus posibles efectos consista en eliminar nuestra capacidad de asombro ante la muerte y el aprecio por la vida, lo que ya de por sí, los mexicanos desde hace muchos años hemos cantado. “La vida no vale nada, comienza siempre llorando y así llorando se acaba”.

Sin embargo, existe una radical diferencia entre repetir y cantar frases como la anterior en un sentido lúdico, y presenciar los estragos de la muerte, mostrada a veces como en un teatro macabro: los noticieros hablan de números de víctimas o cadáveres encontrados, de cifras estadísticas, donde incluso se omiten los nombres de las personas fallecidas, salvo en algunas ocasiones, cuando esas personas representan una noticia importante o logro político en la “guerra contra el narco”.

La narco-guerra se ha convertido en una industria de cadáveres, con sus peculiares formas de acabar con la vida: decapitados, incinerados, acribillados, etcétera. Industria que busca cómo deshacerse de los restos. En el año 2009 aparece un personaje siniestro: “El pozolero”, quien se encargaba de desaparecer esos restos disolviéndolos en un preparado de ácidos. Noticia que al paso de algunos días se fue desdibujando y quedando en el olvido. Para dar paso a otra amenaza “la influenza AH1N1”, enfermedad que vino a acercar el peligro, ya que si bien la información de la guerra contra el narco se encontraba al alcance de la mano por los medios masivos de comunicación, aun así no atañe al total de la población.

Por el contrario, la nueva amenaza, el riesgo de enfermar y poner la vida en peligro, puso de cabeza a gran parte de la población mexicana. Viendo que efectivamente, al correr de los días, la anunciada enfermedad no causaba los estragos devastadores que se vaticinaban, pero ahora gran número de la población padecía de otro mal: el temor de perder la vida y un generalizado sentimiento pesimista, quedando paralizadas algunas actividades cotidianas, principalmente las escolares.

Lo anterior se refiere por constituir parte de nuestro contexto inmediato y cómo impacta esto en el ánimo actual, involucrándose y conformando la subjetividad.

En este escenario, donde por un lado se nos muestra el rostro más descarnado de la muerte en la narco-guerra y por otro la amenaza de perder la vida por una enfermedad como la influenza AH1N1, para la cual no se tienen los elementos para afirmar o refutar su veracidad o los fines por los que causó tal alarma, tanto nacional como internacionalmente.

Aquí resuenan con toda actualidad las palabras que Freud expresó en 1915, refiriéndose a los tiempos de guerra que le tocaba vivir: “Pero es probable que resintamos con desmedida fuerza la maldad de esta época, y no tenemos derecho a compararla con la de otras épocas que no hemos vivenciado”.

(Freud, S., 2000:277).

Dejamos también en suspenso aquello que, a nuevas generaciones toque vivir en épocas venideras, pero sin olvidar el compromiso de tener presente el contexto en que se escribe la realidad y se estructura la subjetividad humana.

## **2.5. La realidad, un concepto nuclear en psicoanálisis**

Justo a raíz de la muerte, en 1915 Freud teoriza acerca del duelo en el mencionado texto *Duelo y melancolía*, donde también introduce la psicosis alucinatoria de deseo. Sin



embargo, a partir de ahí, no vuelve a mencionar este término compuesto de los tres elementos: psicosis, alucinación y deseo.

Desde los inicios de su trabajo teórico en las neuropsicosis de defensa en 1894, a lo largo de su obra y en un gran número de lugares, Freud toma la psicosis alucinatoria como paradigma, es decir, como un modelo con el cual va separando y tomando distancia entre la doctrina psicoanalítica y la tradición de la psiquiatría imperante en su tiempo.

Es posible considerar que el tema de, la realidad es un punto central que marca el rompimiento entre aquello en lo que Freud empeñó gran parte de su vida y sus esfuerzos, el psicoanálisis, y esa recalcitrante tradición psiquiátrica imperante en su época.

En 1894, Freud escribe *Las neuropsicosis de defensa*, donde se encuentra una afirmación capital: la psicosis es una forma de afección indudablemente psíquica. También una manera un tanto poética en que dicha afección es referida por Freud, primero como: “un dichoso sueño” (Freud, S., 2000:59) y un poco más adelante en el mismo texto la refiere como: “refugio en la psicosis”. (Freud, S., 2000:60)

En el texto antes mencionado, Freud propone una división entre psicosis por avasallamiento, es decir por un excesivo sentimiento de culpa, otra forma de psicosis (a la que llamó confusión alucinatoria, cuya cualidad es un tipo particular de defensa que realiza el yo: consiste en que se desestima, (*verwerfen*) una representación que le resulta insoportable acompañada de su afecto y parece como si la representación nunca hubiera existido) y la psicosis alucinatoria, cuyo contenido consiste en la creencia y desilusión, justamente en realzar aquella representación que estuvo amenazada por la ocasión a raíz de la cual sobrevino la enfermedad.

La realidad y la relación con el mundo exterior; por lo visto, para Freud estos puntos resultan nucleares cuando se refiere al asunto de la psicosis. Otro texto que permite ubicar la afirmación de que en la psicosis existe una perturbación del nexo entre el yo y el mundo exterior es *Neurosis y psicosis* (1924). Ahí, Freud afirma que: “La neurosis es el resultado

de un conflicto entre el yo y su ello, en tanto que la psicosis es el desenlace análogo de una similar perturbación en los vínculos entre el yo y el mundo exterior” (Freud, S., 2000: 155).

Freud también menciona la *amentia* para ejemplificar dicha perturbación:

“En la *amentia* de Meynert – la confusión alucinatoria aguda, acaso la forma más extrema e impresionante de psicosis- el mundo exterior no es percibido de ningún modo, o bien su percepción carece de toda eficacia” (Freud, S., 2000: 156).

Recordemos que el origen de dicha afección es la psiquiatría y, por lo visto, el modo de pensar ese nexo que vincula al sujeto con la realidad es planteado de diversa manera, a partir del pensamiento freudiano. Para ejemplificar lo anterior, tomemos un documento capital para el Psicoanálisis: la llamada *Carta 69*, fechada en 1897, donde Freud da un giro sobre sí mismo y cuestiona la forma de vinculación del sujeto con la realidad.

Hagamos un recorrido breve, pero necesario, por el mencionado escrito, fruto de la relación epistolar que durante varios años mantuvo Freud con su entrañable amigo Wilhelm Fliess: “Y enseguida quiero confiarte el gran secreto que poco a poco se me fue trasluciendo en las últimas semanas. Ya no creo más en mi <neurótica>”. (Freud, S., 2000:301)

Freud, explica a su amigo los motivos de su descreimiento: uno de ellos es una inesperada sorpresa que encuentra en su práctica clínica: “que en todos los casos el padre era inculpado como perverso, sin excluir a mi propio padre”. (Freud, S., 2000: 301).

Descubrimiento que lo conduce a formular la siguiente afirmación:

“Que en lo inconciente no existe un signo de realidad, de suerte que no se puede distinguir la realidad de la ficción investida con su afecto. (Según esto, quedaría una solución: la fantasía sexual se adueña casi siempre del tema de los padres)” (Freud, S., 2000:301-302).

Esta afirmación produce un cambio radical en la forma de pensar la relación del sujeto con la realidad.

¿Cuáles son las consecuencias de dicha perturbación entre el yo y el mundo exterior?

En el escrito de 1924, *La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis*. Freud menciona, que en la psicosis se crea una realidad nueva, que ya no ofrece el mismo motivo de escándalo que la abandonada. De modo que en la psicosis se desmiente la realidad y se procura sustituirla.

Posteriormente, en 1938, en el *Esquema del psicoanálisis*, Freud habla de una enseñanza que extrae de su experiencia clínica, a saber que: “la ocasión para el estallido de una psicosis es que la realidad objetiva se haya vuelto insoportablemente dolorosa”. (Freud, S., 2000: 203.)

Esto remite a un elemento de cantidad y a una relación tormentosa y dolorosa con la realidad objetiva que al sujeto no le sea posible soportar. Encontramos aquí dos elementos que propician la ocasión para el estallido de una psicosis: la relación con la realidad objetiva y un elemento cuantitativo en la economía libidinal del sujeto.

En la cuestión del duelo encontramos que los elementos de realidad y lo real están fuertemente involucrados. El duelo pesaroso, estado que por regla general se presenta ante la pérdida real de una persona amada; es decir la muerte, justamente enfrenta al sujeto con una realidad objetiva pero dolorosa. Aquí es necesario insistir y señalar, a modo de una demarcación, que el duelo al que se refiere este trabajo es justamente ese que se presenta ante la muerte de una persona amada, una pérdida real, es decir el duelo pesaroso.

Sin embargo, resulta pertinente preguntarse qué ocurre ante la pérdida de una persona amada por una causa distinta a la muerte. Se estaría pensando, por ejemplo, en la figura del desaparecido, sobre la cual escribe la psicoanalista Mara La Madrid, en la revista Litoral de Julio del 2004, titulada *Muerte y duelo*.

Cuando se habla del desaparecido, se dice que no tiene entidad: no está ni muerto ni vivo, está desaparecido. Entonces, es necesario el reconocimiento y la declaración de que alguien ha muerto. Dicho estado representa también una entidad jurídica, por tanto, cuando alguien está desaparecido, aún y cuando hayan transcurrido varios años de su desaparición, no es posible declarar un estado distinto que no sea ese de desaparecido, pues no existe la posibilidad de afirmar el lugar, la fecha o circunstancia en que alguien que se encuentre en calidad de desaparecido ha muerto.

En esa situación, ¿cómo podría hablarse de examen o muestra de realidad? Efectivamente es un ser amado que no está, pero se desconoce su estado y únicamente se le podría nombrar en calidad de desaparecido, es decir en un estado incierto.

Esa búsqueda incansable que relata Mara La Madrid en el escrito antes mencionado, habla de la incertidumbre de un gran número de personas congregadas en la asociación llamada: Madres de Plaza de Mayo, Asociación argentina que lucha y se manifiesta exigiendo saber de sus familiares que se encuentran bajo el rubro de desaparecidos, dando evidencia de una imperiosa necesidad por saber de sus hijos y familiares, saber si continúan con vida o de lo contrario esa búsqueda por saber el lugar, tiempo y la circunstancia en que sus hijos perdieron la vida, para entonces tener la certeza de algo y finalmente liberar a sus hijos de una larga lista de desaparecidos.

¿Qué duelos producen los desaparecidos? Interesante pregunta que formula la psicoanalista, Mara La Madrid.

Bajo esta particularidad de los desaparecidos, donde la muestra de realidad es efectivamente que ese ser querido no está, sin embargo también está presente la incertidumbre, podría decirse que aquello que se busca en ese incansable reclamo ante las autoridades, ese peregrinar por instituciones, cementerios y lugares donde suponen que pueden obtener información acerca del estado de sus familiares, es una muestra o prueba de realidad, una certeza de que esa persona amada ha muerto, porque justamente en ese punto se detiene la búsqueda.

Sólo entonces se puede pasar al rito e inscribir en algún lugar esos datos que indican cómo, cuándo y dónde acaeció la muerte del ser amado, con lo cual de modo efectivo ese acto simbólico de la inscripción, transforma una realidad, cambiando el estado de desaparecido al de fallecido. Acaso el rito no forma parte del duelo, es decir, hasta que exista esa prueba o muestra de realidad indicando que el ser amado ha muerto, podría decirse que inicia el estado de duelo pesaroso.

## **2.6. Estado de duelo pesaroso - trabajo de duelo**

La reacción ante la pérdida por la muerte de una persona amada es el duelo pesaroso; un semblante dolido y la pérdida de interés por el mundo exterior –a excepción de aquello que proporcione recuerdos de quien murió-, son rasgos que caracterizan dicho estado.

El duelo, pensado como un estado, remite a una cuestión temporal, pero también a una forma de estar. Sin embargo, no es posible afirmar, ni al menos suponer, un tiempo en que dicho estado pasará.

Hasta aquí, todo parece indicar que es cuestión de tiempo. No obstante, Freud involucra otro elemento al lanzar la siguiente interrogante: ¿en qué consiste el trabajo que el duelo opera?

Siguiendo el texto freudiano de 1915, *Duelo y melancolía*, dicho trabajo consiste en quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto, lo cual, hipotéticamente ha de cumplirse bajo el imperativo mandato del examen de realidad, que ha mostrado que el objeto amado no existe más. Pero todo este entramado no transcurre de forma tersa: a él se opone una comprensible renuencia. Tal parece que, al decir comprensible renuencia, la cuestión se vuelve tenue, aunque no deja de ser una renuencia lo cual, tomado al pie de la letra, indicaría repugnancia para hacer una cosa y repugnar en el sentido de contradecir o negarse a realizar algo.

¿Cómo puede medirse la intensidad de la renuencia? Un punto de diferencia es cuando Freud (1915) le llama comprensible renuencia o una renuencia intensa, lo cual permite dos escenarios distintos.

Una renuencia tenue permitiría que el trabajo de duelo se lleve a cabo hasta lograr su objetivo: clausurar poco a poco, pieza por pieza, cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto o persona amada, de quien el examen de realidad ha mostrado que no existe más, o al menos como otrora existía, con vida; ahora esa persona amada ha muerto, y decir clausurar cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas apeándose al mandato de la realidad objetiva, sería tanto como ir aceptando que algo ha cambiado. El objetivo logrado del trabajo de duelo consiste en liberar al yo y que éste se vuelva libre y desinhibido; aceptar aquello que el examen de realidad muestra y, con ello, el mandato de desprenderse poco a poco de los recuerdos, expectativas y afectos en que la libido se anudaba con la persona amada, tras vencer esa comprensible renuencia.

El otro escenario se presenta ante una renuencia intensa. Apegados al texto *Duelo y melancolía* de Freud (1915), las implicaciones de una renuencia intensa son, en principio el extrañamiento de la realidad y la retención del objeto amado por vía de una psicosis alucinatoria de deseo.

¿Qué tan atinado resulta pensar dicha intensidad de la renuencia como repugnancia, rechazo o negación del examen de realidad, el cual ha mostrado que el objeto o persona amada no existe más?

Tal intensidad de la renuencia podría deslizarse hasta el rechazo o la negación, lo cual constituye un obstáculo al trabajo de duelo, donde aceptación y desprendimiento son las piezas principales. Ante un incremento en la intensidad de la renuencia, el duelo se ve fuertemente obstaculizado y en lugar de aceptación del examen de realidad se presenta un extrañamiento de ella, imposibilitando acatar su mandato, que consiste en desprenderse poco a poco de aquello que hace ligazones libidinales con el objeto amado, ahora objeto

perdido o persona amada que ha muerto; en cambio, lo que se tiene es la retención del objeto, así que la existencia del objeto perdido continua en lo psíquico.

El rechazo o negación de aquello que el examen de realidad muestra, no quiere decir que dicha realidad sea pasada por alto, o bien que no se tome registro de ella, antes bien, es necesario haberla registrado para después rechazar y negarla, pues sólo entonces se presentaría la renuencia por aceptar aquello que el examen de realidad ha mostrado. Pero, ¿de qué forma queda registrada esa dolorosa realidad?, seguramente es una forma peculiar de registrar aquello que el examen de realidad muestra, por los efectos que produce en el sujeto que la percibe; es decir, la retención del objeto mediante la psicosis alucinatoria de deseo.

Entonces, en la psicosis alucinatoria de deseo se encuentran algunos elementos o piezas principales: renuencia, falta de aceptación del examen de realidad y desobediencia a la exhortación de aquello que dicha realidad muestra, rechazando apegarse al mandato del examen de realidad; tal parece que sería tanto como no actuar en consecuencia con aquello que muestra el examen de realidad.

La consecuencia del acatamiento al imperio del examen de realidad consistiría en ese paulatino desprendimiento libidinal del objeto amado, ahora perdido; lo contrario traería por consecuencia que la existencia del objeto perdido continúe en lo psíquico.

¿Cómo se retiene o se tiene un objeto cuando no hay más tal objeto y, además, actuar en consecuencia, es decir, continuar tomando dicho objeto perdido como no perdido? Si decimos que el objeto perdido es una persona amada que ha muerto y el encuentro con la muerte de ese ser amado provoca el estado de duelo, donde se impone el trabajo de duelo que crea las condiciones de posibilidad para que inicie un lento y doloroso desprendimiento de todo recuerdo y expectativa que hasta entonces se pudiera tener con aquella persona amada, ¿cómo mantener en lo psíquico la existencia del objeto perdido?, mantener vivos recuerdos y expectativas con la persona amada que ha muerto. Involucrando en la trama psíquica recuerdos y expectativas, como si aquella persona continuara con vida.

La psicosis alucinatoria de deseo se presenta en el estado de duelo pesaroso, como una objeción al trabajo que el duelo opera. De manera precisa, la psicosis alucinatoria de deseo es susceptible a presentarse en aquél que se encuentra en estado de duelo pesaroso, es decir en aquél que se enfrenta con la muerte de una persona amada. Resulta errado decir entonces que la psicosis alucinatoria de deseo se presenta en todo duelo, considerando al duelo en un sentido amplio, es decir como pérdida.

El estado en que la psicosis alucinatoria de deseo es susceptible a presentarse es en el duelo pesaroso, el duelo por la muerte de una persona amada. Sin embargo, aun haciendo esta demarcación, no es posible afirmar que la psicosis alucinatoria de deseo se presente en todo estado de duelo pesaroso; al parecer, hay una condición de posibilidad, que consiste en la intensidad de la renuencia.

El estado de duelo pesaroso es uno de los lugares susceptibles, por así decirlo, donde la psicosis alucinatoria de deseo se presenta. Pero también puede presentarse en el trabajo del sueño, en la confusión alucinatoria aguda o *amentia* y en la fase alucinatoria de la esquizofrenia. Sin embargo, para efectos de este trabajo, la atención se encuentra puesta únicamente en la psicosis alucinatoria de deseo, en su relación con el duelo pesaroso.

## **2.7. La realidad y su enfrentamiento**

¿Cómo es ese enfrentamiento que conduce al rechazo y extrañamiento de la realidad objetiva?, o bien, ¿qué conduce a aceptar aquello que la realidad muestra, para luego someterse a su imperio?

En la psicosis se desmiente la realidad y se procura sustituirla, de tal suerte que se termina creando una realidad nueva. ¿Por qué en la psicosis es necesaria esa forma de enfrentar o relacionarse con la realidad efectiva?, ¿cómo es esa nueva realidad que se crea en la psicosis?



No es una pérdida de la realidad, es la creación de una realidad nueva, un tanto distinta a aquella que se pretende sustituir; una realidad nueva que niegue o desmienta la realidad efectiva. En la psicosis se crea una realidad distinta que ya no ofrezca el mismo motivo de escándalo que la realidad abandonada; una realidad insoportablemente dolorosa puede ser la ocasión para que la relación con ella sea alterada, de tal forma que se le desmienta y rechace. Entonces se crea y se recrea algo nuevo, pero a condición de haber tenido el registro de aquello que se pretende desmentir y rechazar, colocando en su lugar esa nueva creación de la realidad.

Es posible percatarse de dos cosas que posibilitan esa forma particular de relación con la realidad o, podríamos también decir, con las cosas del mundo; que la realidad efectiva sea motivo de escándalo y que la realidad objetiva sea insoportablemente dolorosa. Ambas situaciones favorecen la ocasión para el rechazo y creación de una realidad nueva, para el estallido de una psicosis.

En algunos estados de duelo pesaroso existe la posibilidad de que emerja un fenómeno particular, llamado por Sigmund Freud (1915) psicosis alucinatoria de deseo. Uno de los primeros elementos en juego es precisamente la renuencia. Sin embargo, no se trata de la renuencia que, por lo general y de manera comprensible, se presentaría en situaciones de duelo pesaroso, una renuencia que podría denominarse como tenue.

Esto sin desconocer que es muy arriesgado tratar de nombrar de algún modo o con ciertos adjetivos algo que en la experiencia humana resulta un cruce de caminos, una situación dolorosa, inesperada y pesarosa, como lo es la muerte de un ser querido. En la psicosis alucinatoria de deseo, la renuencia que entra en juego tendrá que ser de una intensidad tal que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto. Entonces, ¿qué dispara la intensidad de la renuencia?

Después de abordar algunas precisiones respecto al duelo, se está en condiciones de afirmar que la psicosis alucinatoria de deseo se encuentra relacionada al duelo, específicamente al duelo pesaroso. Sin embargo, es necesario avanzar un poco, ya que por

el momento no es posible discernir qué elementos intervienen y alteran la intensidad de la renuencia. Por tanto, es necesario colegir cuándo y por qué se presenta la psicosis alucinatoria de deseo en el estado de duelo pesaroso.

Una extremada intensidad en la renuencia produciría el extrañamiento de la realidad y la retención del objeto, elementos que conducen por el camino de una psicosis alucinatoria de deseo, donde la realidad que se extraña y rechaza intensamente, es la muerte. Ello nos permite dar un pequeño giro y plantear lo siguiente. Aquello que el examen de realidad muestra es que una persona amada ha muerto; hay entonces renuencia o rebeldía por acatar el mandato que proviene del reconocimiento y aceptación de aquello que muestra el examen de realidad. La intensidad de la renuencia impide acatar la orden de quitar toda libido de sus enlaces con el objeto, por lo tanto, impide que se realice el trabajo de duelo.

En 1915, en *Duelo y melancolía*, Freud habla del extrañamiento de la realidad producido por un incremento en la intensidad de la renuencia; estamos entonces ante un elemento económico: es decir, de cantidad de energía libidinal. La intensidad de la renuencia en el estado de duelo pesaroso crea las condiciones de posibilidad para que la psicosis alucinatoria de deseo se presente.

Recordemos que, Freud en 1938 en el *Esquema del psicoanálisis*, dice que “la ocasión para el estallido de una psicosis es que la realidad objetiva se haya vuelto insoportablemente dolorosa”. (Freud, S., 2000: 203)

En algunos casos de duelo pesaroso, el destino de aquello que muestra el examen de realidad, la evidencia de la muerte, es una renuencia intensa.

## **2.8. ¿Qué dispara la intensidad de la renuencia?**

Ahora es necesario tomar la tarea de discernir de qué manera es registrada la realidad por el sujeto, bajo qué mecanismo cae esa realidad dolorosamente intensa que es la muerte,

cuando la respuesta del sujeto es un incremento en la intensidad de la renuencia para quitar los enlaces libidinales con el objeto amado; cómo traducir o entender este término misterioso, capaz de prestar ocasión al estallido de la psicosis alucinatoria de deseo.

Pensemos la renuencia en términos de rechazar o rehusar, es decir, de negarse a aceptar algo, lo cual no quiere decir que se niegue el hecho, una cosa sería estar renuente para aceptar algo y otra distinta es negarlo.

Siguiendo lo escrito por Freud (1925) en *La negación*, donde claramente advierte que, prescindiendo de la negación, el contenido neto de la siguiente frase es efectivamente una afirmación: “<Usted pregunta quién puede ser la persona del sueño. Mi madre *no* es>”. (Freud, S., 2000:253)

Entonces, ¿cómo entender el término de renuencia intensa; ya que no cabe pensar la negación del hecho, y que la renuencia está al servicio de conservar los enlaces libidinales con el objeto, es decir, está para conservar las expectativas y recuerdos en que la libido se anudaba al objeto amado?

En el sentido de la negación, la condición para que un contenido de representación o de pensamiento reprimido pueda irrumpir en la conciencia es que se deje negar, por tanto, un modo de tomar noticia de lo reprimido es la negación: razón por la cual no es posible suponer que la renuencia intensa se pueda explicar por medio de la negación, ya que precisamente en *Duelo y melancolía*, Freud (1915) expresa que: en el duelo no hay nada inconciente en lo que atañe a la pérdida. Entonces se infiere que, la pérdida no cae bajo la acción de la represión.

Respecto a la represión, es posible citar a Jacques Lacan, en el seminario 3, en la sesión del 16 de noviembre de 1955, cuando expresa:

“Aquello que cae bajo la acción de la represión retorna, pues la represión y el retorno de lo reprimido no son sino el derecho y el revés de una misma cosa. Lo

reprimido siempre está ahí, y se expresa de modo articulado en los síntomas y en multitud de otros fenómenos” (Lacan, J., 2002:24).

Si la renuencia intensa, es rehusar la aceptación de aquello que muestra el examen de realidad. Entonces, efectivamente no es posible abordarlo en términos de la represión. Al parecer, la renuencia intensa se encuentra más cercana al enunciado que expresa Lacan en la sesión de seminario anteriormente citada, el cual indica: “*no saber nada de la cosa, ni siquiera en el sentido de lo reprimido*” (Lacan, J., 2002:25)

En la mencionada sesión del seminario tres, del 16 de noviembre de 1955, Lacan también menciona que:

“Freud admite un fenómeno de exclusión para el cual el término *Verwerfung* parece válido, y que se distingue de la *Verneinung* (negación). Agrega: puede ocurrir que un sujeto rehuse el acceso a su mundo simbólico, de algo que sin embargo experimentó y que en esta oportunidad no es ni más ni menos que la amenaza de castración” (Lacan, J., 2002:23-24).

Cabe preguntar entonces, ¿a dónde va aquello que ha sido rechazado, no asumido en el registro simbólico?

Es necesario tomar en cuenta que, Freud, al trabajar el caso del Presidente Schreber en sus *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*, en 1910, advierte que “no era correcto decir que la sensación interiormente sofocada es proyectada hacia afuera; más bien inteligimos que lo cancelado adentro retorna desde afuera” (Freud, S., 2000: 66).

Posteriormente en el seminario 3, sesión del 16 de noviembre de 1955, Lacan traduce lo anterior como: “lo que es rehusado en el orden simbólico, vuelve a surgir en lo real” (Lacan, J., 2002:25).

Lacan, agrega que hay una estrecha relación entre la *Verwerfung* (forclusión) y la alucinación.

Al parecer, resulta más atinado pensar en la renuencia intensa como algo no admitido por el sujeto en el orden simbólico. Por ejemplo, una experiencia que, a pesar de haber sido vivida por el sujeto, éste rehuse el acceso a su mundo simbólico; renuencia en el sentido de no aceptación, de no admitir algo, un hecho, una experiencia vivida y, a pesar de ello no admitirla, no tomar registro de ella.

Siguiendo la fórmula de Lacan, eso no aceptado por el sujeto en el orden simbólico, que no pudo entrar en ese registro, cae al vacío pero reaparece en lo real: a pesar de haber sido rehusado su acceso al orden simbólico, vuelve a surgir en lo real.

La alucinación, como la reaparición en lo real de lo rehusado en el registro simbólico del sujeto.

¿Cómo explicar la renuencia intensa que impide obedecer el mandato proveniente del examen de realidad? Una forma podría ser como algo no aceptado en el mundo simbólico del sujeto, que el sujeto rehuse el acceso a su mundo simbólico de algo, aunque efectivamente lo haya experimentado.

Pero aún queda pendiente tratar de explicar ¿qué detona la intensidad de la renuencia en algunos casos de duelo pesaroso?

En todo estado de duelo pesaroso se presenta la renuencia por quitar la libido de sus enlaces con el objeto amado o persona amada que ha fallecido; renuencia hasta cierto punto comprensible, a pesar de las vicisitudes que en ella se pudiesen encontrar, por tratarse de la aceptación de un hecho doloroso, como lo es la muerte de un ser querido. Sin embargo, esta renuencia comprensible o atemperada, por decirlo de algún modo, permite que, pasado un tiempo no especificado, el trabajo de duelo cumpla con su objetivo, que consiste en retirar paulatina y dolorosamente cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto amado.

Retirar la libido de esos recuerdos, expectativas, sentimientos y emociones, no implica necesariamente que sean extinguidos, erradicados; ni siquiera resulta válido decir que se hayan ido al olvido, quizá solamente sean tomados de una manera distinta, más tranquila, no tan vivos, en paz.

Otra aclaración que resulta pertinente es respecto a la idea de sustitución del objeto amado, Freud (1915), en *Duelo y melancolía*, menciona que “universalmente se observa que el hombre no abandona una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma” (Freud, S., 2000: 242).

Al parecer, no se trata de sustituir en el sentido de intercambiar un objeto amado por otro, ya que de lo que se habla es de personas amadas que han fallecido: su carácter es irremplazable, son insustituibles, se trata de una pérdida irreparable. Una manera de pensar en la noción freudiana de un sustituto que ya asoma, puede plantearse como las cosas del mundo que atraen, que requieren la atención: el amor, el empeño, la energía libidinal que se encontraba ligada a los recuerdos y expectativas con la persona amada ahora fallecida.

Es, si se puede decir de esta manera, que esa energía libidinal cambiara de cualidad, pasando a un estado calmo, sin tanta viveza que continúe causando dolor y pesar, permitiendo así el aprecio por la vida y las cosas del mundo. A decir de Freud: conservar la capacidad de amar. Quizás eso permita también amar el recuerdo de aquellos seres queridos que han fallecido, y no sólo añorar o extrañarlos; que exista la posibilidad de amarlos en el recuerdo.

Esta comprensible renuencia que se presenta de manera universal en los casos de duelo pesaroso, no impide el trabajo que el duelo opera. A decir de Freud (1915): “una vez cumplido el trabajo del duelo, el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido” (Freud, S., 2000:243).

Sin embargo, esa renuencia puede tomar otras magnitudes y alcanzar una intensidad tal que produzca un extrañamiento de la realidad y la retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo. Por lo tanto, resulta particularmente importante tratar de encontrar las razones que generan un incremento en la intensidad de la renuencia. Esta, al parecer, conduce a no querer saber nada de la muerte del ser amado, ni siquiera en el sentido de lo reprimido: que eso haya caído al vacío y se siga conservando o reteniendo en lo psíquico la existencia del objeto amado.

Las razones por las cuales se produce un incremento en la intensidad de la renuencia en algunos casos de duelo pesaroso, por el momento permanecen como algo misterioso y desconocido y por tanto representan una incógnita. Dichas razones no son mencionadas por Freud (1915) en el texto *Duelo y Melancolía* y, como se ha referido al principio de este capítulo, existe una abundante producción escrita respecto al duelo. Sin embargo, no se han encontrado referencias o trabajos que hablen de la psicosis alucinatoria de deseo, a excepción del texto *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*, escrito por Jean Allouch (1995), quien formula varios cuestionamientos respecto al escrito de Freud, con un ácido juicio crítico.

Cabe señalar que Allouch, se da a la tarea de cuestionar los planteamientos de Freud respecto al duelo. Por ejemplo, pone en tela de juicio las afirmaciones freudianas respecto al trabajo de duelo y sustitución del objeto. De esta última, menciona:

“Se puede volver a encontrar el objeto, nos dice Freud, no en la muerte, sino, lo que es el colmo, lo que nunca se había osado antes de él, decididamente sobre la tierra, en la realidad a la vez material y psíquica. La tesis freudiana de la sustitución de objeto es la más estrafalaria que se haya propuesto nunca a ese respecto; es el colmo de la versión romántica del duelo porque, a pesar de la muerte, más allá de la muerte y por lo tanto en la muerte, le promete a cada cual la felicidad de un nuevo encuentro con su objeto, no en la vaguedad de quién sabe qué lugar extraterrestre más o menos espiritualizado, ¡sino en lo más concreto en la satisfacción pulsional carnal!” (Allouch, J., 1995:151).

En lo que concierne a la psicosis alucinatoria de deseo, Allouch la describe como una extraña y efímera entidad “clínica” y transforma el término psicosis alucinatoria de deseo en las siglas “PAD”. (Allouch, J., 1995:85)

Allouch (1995), habla de la renuencia, pero haciendo la aclaración en una nota a pie de página que dice: “En la edición citada en español del texto de Freud, la traducción de Strauben es “renuencia”, conservamos aquí el término “erizamiento” literalmente de la versión francesa para que sean legibles las consideraciones que siguen” (Allouch, J., 1995:80).

No obstante, esta sustitución de los términos ya no permite interrogarse respecto a la intensidad de la renuencia, pues queda desplazada por el erizamiento, lo cual remite a cosas distintas, por ejemplo: Erizarse. Inquietarse, azorarse, espeluznar.

Por lo tanto, el texto de Jean Allouch (1995), *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*, tampoco permite ubicar las razones que detonan un incremento de intensidad en la renuencia, como un fenómeno susceptible a presentarse en algunos casos de duelo pesaroso, que precisamente tendría el estatuto de condición de posibilidad para que emerja la psicosis alucinatoria de deseo.

Un punto central se ubica en aquello que muestra el examen de realidad, porque de ahí parte la exhortación de quitar toda libido de los enlaces con el objeto amado. Aquello que muestra la realidad, específicamente es la muerte de la persona amada, entonces ¿de qué forma se presenta esa realidad; de la muerte?

¿En qué condiciones ha de presentarse la muerte de un ser querido, de tal suerte que se logre desmentir la creencia inconciente de ser inmortal?, ese choque con la realidad que se presenta de un modo tal que el sujeto no pueda continuar desmintiendo su condición de mortal. Sin embargo, aquí el problema principal radica en los efectos que la muerte de otro tiene en el sujeto: ¿de qué forma es capturada o percibida la realidad de la muerte de un semejante?



Tomando a modo de trazo clínico una breve viñeta, que es precisamente uno de los motivos que da vida a este recorrido, primero por el tema del duelo y, posteriormente, por el contenido del discurso vertido en ella; por ciertas características que presenta, esta viñeta guió la investigación hacia el rumbo de la psicosis alucinatoria de deseo, aunque en la medida en que ha sido posible avanzar, también fueron surgiendo una diversidad de temas, interrogantes y nuevas inquietudes.

Aunque dicha viñeta se incluye en el siguiente capítulo, a continuación se presenta una parte de la misma:

Se trata de una mujer de 34 años de edad, quien tiene una fuerte discusión con su esposo; en medio de esta discusión, el marido se dispara un balazo en la cabeza. Ella relata cómo aquel cuerpo ya sin vida le caía encima y cómo en cuestión de segundos ocurría todo esto.

Tiempo después, ella solicitó ser tendida por una psicóloga, ya que, según dijo, algunas personas le aseguraban haber visto a su marido y lo describían tal cual estaba vestido el día en que se quitó la vida.

Según la psicóloga, la mujer de 34 años se entrevistó con ella únicamente en dos ocasiones, para luego no volver más.

Es posible encontrar aquí algunos elementos que permiten suponer que el incremento en la intensidad de la renuencia tiene cierta relación con un encuentro abrupto, intempestivo, violento e inesperado, con la muerte de otro; algo para lo que no se estaba preparado.

Una cuestión similar podemos ubicarla en el relato de la pequeña Estrella, quien recrea en las sesiones cómo juega, se divierte y algunas veces se molesta con sus dos hermanos: Karla y Juan. De ellos sabe muchas cosas, como por ejemplo el año que cursan en la Primaria, sus comidas y juegos favoritos; según dice, sus hermanos le platican cosas y ella también les platica. Pero existe un problema: Estrella es hija única del matrimonio de sus padres.

El relato de Estrella evidencia que convive durante largos periodos de tiempo con su abuelo materno; en una ocasión recordó, durante la sesión, la vez que su abuelo le enseñó a sus hermanitos. Según dijo Estrella, "son pequeñitos y están en dos frasquitos con alcohol".

¿Qué tan violento puede ser este encuentro para una niña de escasos seis años de edad? Después de ese encuentro, Estrella cifra sus vivencias y juegos en función de sus hermanos, de quienes no habla en su casa. Ya que su madre no manifiesta estar al tanto de la relación que mantiene Estrella con sus hermanos muertos.

Estrella es descrita por su madre como una niña enojona, seria, muy callada, que habla poco y come mucho. Efectivamente, la señora afirma haber tenido un aborto, algunos años antes de que naciera Estrella.

En estos breves fragmentos es posible ubicar un encuentro inesperado con el rostro de la muerte; contemplarla de cerca, haber estado ahí, percibir y capturar una realidad que, en cuestión de segundos, ha cambiado radicalmente. Considerando que no es posible afirmar que un hecho sea más violento y abrupto que otro. Pero los efectos de quedar deslumbrado ante el rostro de la muerte de un semejante, en los casos anteriores son similares. Ellas hablan de algo que les ha hablado; ambos fenómenos de la experiencia humana; y tomamos noticia de ellos justamente en el ejercicio de la clínica.

Algo para lo que no se estaba preparado: la abrupta emergencia en lo real de un significante, el de la muerte; de toda la realidad que un significante puede encerrar y haber quedado atrapado ahí, encontrando como única válvula de escape esos chispazos de palabras que escapan. Esto que Freud llamó en 1910, a propósito del llamado caso Schreber, "la formación delirante, que es, en realidad, el intento de restablecimiento, la reconstrucción". (Freud, S., 2000:65)

Pensar que el monto de intensidad de la renuencia es afectado, es decir que aumenta en función de la manera en que la realidad de la muerte se presente ante el sujeto, se está

hablando de una realidad efectiva, intempestiva y abrupta, pero que además se presenta, por decirlo así, de manera descarnada de fantasía y sin alguna preparación previa.

Considerando los fragmentos de las viñetas anteriores en solitario, dos sujetos y la muerte evidenciando la ausencia de un tercero. El lenguaje, esa moneda de uso corriente que permite el intercambio y hace circular las cosas con los otros.

El material que hasta el momento se tiene, permite inferir que, la condición de posibilidad para que la psicosis alucinatoria de deseo se presente es un incremento en la intensidad de la renuencia para acatar el imperativo mandato de la realidad; y que dicha intensidad se encuentra en función de la manera en que la realidad de la muerte se presenta ante el sujeto.

Quizá, para algunos, resulte extraño hablar de una preparación para la muerte. Sin embargo, la muerte no siempre ha de presentarse de manera intempestiva, abrupta o en solitario; no siempre es posible esa intimidad con la muerte, a pesar de los estragos que ello implica en el sujeto que ha vivido esa experiencia. Dentro de nuestra cultura mexicana existe una rica tradición respecto a la muerte, expresada con rituales, mitos y ceremonias; es importante considerar la cuestión cultural de nuestro entorno respecto a la muerte y no pasar por alto las creencias, y las tradiciones populares, porque ellas nos permiten ubicar un tiempo, momento y cultura en particular pero, sobre todo, la inscripción de la muerte en lo simbólico, en la cultura y el lenguaje de un pueblo.

## **2.9. El duelo desde la perspectiva social y cultural de nuestro entorno, considerando algunos mitos y creencias populares respecto al duelo como posibles formas de subjetivación**

Las formas de realizar los rituales en torno a aquellos que han muerto no son estáticas con el correr de los años han sido modificadas y en la actualidad continúan modificándose. Sin embargo, es posible afirmar la existencia de costumbres ancestrales que demuestran

respeto y veneración hacia las personas que fallecen, evidencia de ello son los cementerios y las inscripciones en las tumbas.

Existe también una solemnidad ritual respecto a aquellos que, por alguna razón, principalmente de salud, se saben cercanos a la muerte; fenómeno que Ph. Aries, llamó: “La muerte en el lecho” (Aries, Ph., 2007:43)

Aries también les llama “los moribundos”, ya que para ellos existe una preparación peculiar; según Aries se trata de un rito apaciguador que solemniza el pasaje necesario, rito en el que la presencia de otros tiene gran importancia, porque justamente se requiere de la presencia de un público, podría decirse de espectadores, en el sentido de estar o permanecer a la expectativa de un suceso, mejor dicho, de un deceso. Posteriormente, ese público tendrá la función de ser testigo, es decir de hacer ese necesario reconocimiento social y público de la muerte de un cambio de estado, que incluso implica un cambio de estatuto jurídico de una persona y de ello solamente se podrán encargar aquellos que den cuenta de la muerte de un semejante.

Es posible ubicar dentro de las costumbres de la religión católica esa preparación para la muerte cuando ésta se acerca. Por ejemplo, Valentina Torres, en el Tomo V de, *Historia de la vida cotidiana en México*, en el capítulo titulado: *Una familia de tantas. La celebración de las fiestas familiares católicas en México. (1940-1960)*, menciona que:

“El sacramento que se aplica en el lecho del enfermo agonizante es la extremaunción, es la unción de los enfermos que consiste en untar con el Óleo Santo al enfermo, rezando sobre él algunas oraciones. Llamado así, por ser la última de las unciones que se da en los sacramentos de la iglesia y porque se impone al final de la vida. El recibir este sacramento resulta un acontecimiento sumamente triste, cuando se espera ya la muerte del ser querido” (Torres, V., 2006:193).

En esos casos, la muerte no llega sola; se anuncia, existe una preparación, hay una comunidad a la expectativa que habla de ella. Pasado ese trance necesario, con todo lo doloroso que ello pueda resultar para los deudos, se realizan los actos y ceremonias luctuosas que correspondan, dependiendo de la religión y el contexto en que ocurra el deceso.

Nuestro país, rico en tradiciones ancestrales, cuenta entre ellas con el culto a la muerte, cuya celebración festiva se aprecia cada año el día 2 de noviembre, fecha en que cada región de México se llena de colorido; con flores y ofrendas se celebra la muerte en un ambiente festivo. La muerte es pintada, escenificada en diferentes situaciones y representada de manera dulce y divertida.

En estos días la muerte se vuelve comestible: el pan de muerto y las llamadas calaveras de azúcar. Y qué decir de las calaveras literarias, donde se conjugan ingenio y humor para recordar a los muertos. Manifestaciones culturales que muestran la importancia de los ritos respecto a la muerte, como medio de subjetivación de la pérdida irreparable de los seres queridos.

Las diversas formas de pintar la muerte, como las podemos observar en las pinturas del Mexicano José Guadalupe Posada (1852-1913), cuyo legado permite representar de manera gráfica lo indecible de la muerte y nombrarla coloquialmente como catrina, calaca o huesuda. Quizá de esta manera, comestible, dulce, colorida, festiva, divertida y coloquial, los mexicanos aligeramos el carácter trágico de la vida. Lo anterior se ubica en esa búsqueda humana de nombrar lo imposible, en este caso la muerte.

Permanentemente observamos la inquietud del hombre por prolongar la vida propia y también la vida de las personas que ama. Recordemos lo dicho por Freud en 1915, a propósito del duelo pesaroso: “Universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal”. (Freud, S., 2000:242) Si bien los mexicanos hemos nombrado la muerte, de manera coloquial y divertida, como parte de nuestra cultura y tradiciones, también existe la creencia popular respecto a, un supuesto retorno de aquellos

seres queridos que han fallecido. Es posible ubicar ahí la observación freudiana de prolongar la permanencia en una posición libidinal, respecto a aquellas personas amadas que han muerto.

Una arraigada idea en nuestra sociedad es, el retorno al mundo terrenal de quien fallece.

En México, se tiene una tradición ancestral: la transmisión oral que narra ciertos acontecimientos importantes o trascendentes para una comunidad, de tal manera que generación tras generación conocemos los relatos, mitos y leyendas de nuestra región. Dentro de esta importante forma de transmisión cultural se encuentra también una arraigada idea respecto a las personas que fallecen; se dice que algunas personas que han fallecido no se van del todo, que aparecen, que retornan del más allá. Comúnmente, se les llama aparecidos y las personas que afirman haber mirado, escuchado o incluso haber hablado con alguna persona que recién ha fallecido, cuentan esa experiencia como haber visto a un muerto, es decir que saben de la muerte de la persona a la que también llaman aparecido. Es evidente que se reconoce al aparecido como alguien que ha muerto, que se ha ido y ha aparecido; de lo contrario, esos relatos en lo absoluto podrían ser nombrados como ominosos, siniestros o raros.

Al contrario, lo que llama la atención de esta investigación es cuando la persona habla de su vida como si aquella persona que ha muerto continuara dentro de la trama vital; que continúa presente en los acontecimientos de vida, y ni siquiera los nombra como muertos o aparecidos. Es decir, cuando existe la certeza de hablar, oír y convivir con las personas, no como si hubieran muerto o como inexistentes, es decir como aparecidos, sino como presentes y sin que su existencia sea puesta en duda, sin tener registro de su muerte.

El término aparecido, remite a la idea de alguien que estuvo presente y ha desaparecido, es decir que se tiene registro de su pérdida; es aquel que se ha ido y regresa. Sin embargo, en los relatos de las dos viñetas arriba mencionadas, podemos encontrar que esas personas que han fallecido, efectivamente no se fueron, no son desaparecidos que luego aparecieron;

por el contrario, lo que se encuentra es la presencia. Tanto para la mujer de 34 años, como para Estrella, sus familiares muertos tienen el estatuto de presencia; las personas que han fallecido continúan conviviendo con ellas, presentes en la trama de sus vidas y ellas relatan de aquello que les habla y conocen, porque continúa presente en los acontecimientos de sus vidas. Ellas hablan de sus vivencias y expectativas con aquello que miran y les habla; nos hablan de aquello que les ha hablado.

¿Es posible nombrar como aparecido a aquél que efectivamente no ha desaparecido? Sobre todo considerando que, para los fines de este trabajo, no cabe pensar la psicosis alucinatoria de deseo desde la idea culturalmente aceptada de los aparecidos.

Es otra la perspectiva, como la manera de sortear lo imposible de la vida, la muerte, como una forma de responder del sujeto ante una realidad imposible de registrar, una realidad de la que no es posible hablar, algo que ha caído al vacío un encuentro abrupto con la realidad de la muerte y que retorna en otro registro, capturando al sujeto en su propio decir. En la viñeta de Estrella, el encuentro con sus hermanitos muertos y puestos en un frasco, la deja capturada con ellos.

El duelo pesaroso, es un rasgo común a dos fenómenos distintos: los aparecidos y la psicosis alucinatoria de deseo.

Los mitos, los ritos y el culto a la muerte de los seres queridos, son efectivamente un adiós reconocido públicamente, donde la sociedad también reconoce, registra y da cuenta de la muerte mediante signos y símbolos, por ejemplo con moños negros o blancos según corresponda, con flores, y, según la tradición católica de nuestro contexto, durante 9 días se reza un rosario.

Los amigos y familiares están presentes; presencia que en los casos anteriormente referidos no se encuentra, por el contrario lo que se muestra es un enfrentamiento solitario, violento, abrupto e inesperado con el rostro descarnado de la muerte. Estrella y la mujer de 34 años, no se refieren a sus seres queridos como muertos, aparecidos o como visiones;

tampoco se encuentra evidencia de horror o miedo en sus relatos; por el contrario, ellas conviven cifrando su vida y expectativas sabiendo con certeza de la presencia de sus familiares.

Estrella convive con sus hermanos, a quienes ha puesto un nombre y ha construido una vida; es decir que la trama de sus vivencias se encuentra comprometida a la de sus dos hermanos.

Por otro lado, la mujer de 34 años, refiere que alguien le dice que su esposo está ahí y que además, la está buscando. Esta última frase implica una continuidad, una permanencia, es decir una presencia; alguien que permanentemente está presente.

La teoría psicoanalítica refiere la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo como un fenómeno, susceptible a presentarse en los casos de duelo pesaroso en los que la renuencia logre alcanzar una intensidad tal que impida retirar los enlaces libidinales con la persona amada, como resultado de aquello que ha mostrado el examen de realidad; en consecuencia, continúa la existencia en lo psíquico del objeto perdido.

Por lo revisado hasta el momento, es posible afirmar que la psicosis alucinatoria de deseo, término propio de la teoría psicoanalítica freudiana, difiere de la creencia popular, socialmente aceptada, de los aparecidos, ya que la psicosis alucinatoria de deseo precisa de ciertas condiciones de posibilidad para su emergencia, como del incremento en la intensidad de la renuencia, generado por un enfrentamiento solitario, inesperado y violento con el rostro de la muerte de un semejante. Un indicador importante en la psicosis alucinatoria de deseo es que el sujeto refiera dentro de la trama de su vida cotidiana la presencia de aquellos seres que han fallecido, pero no como muertos o aparecidos, sino con la certeza de que real y efectivamente están ahí presentes, que los miran, los escuchan y hablan con ellos.

Este trabajo trata sobre la vida y la muerte, precisamente sobre ciertas consecuencias a propósito de la muerte de los seres queridos; la psicosis alucinatoria de deseo como



consecuencia del enfrentamiento con una realidad extremadamente dolorosa, una vivencia de la cual no ha sido posible tomar registro en lo simbólico.

En el estado de duelo pesaroso es posible acatar el mandato que impone el examen de realidad y, gracias al trabajo de duelo, poco a poco ir desatando la libido de sus enlaces con el objeto amado, cuando la intensidad de la renuencia es hasta cierto punto tenue, atemperada. Pero cuando la renuencia es tan intensa, impide el trabajo que el duelo opera y genera la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo. Así, este trabajo efectivamente habla del deseo, la vida y la muerte; y en ese entramado la psicosis, esa rebeldía por acatar el mandato que impone el examen de realidad, como una forma de sortear lo imposible de la vida: la muerte.

## Conclusiones del capítulo

- La psicosis alucinatoria de deseo no se presenta en todo duelo, sino únicamente en el duelo pesaroso.
- Otras circunstancias en las que se presenta la psicosis alucinatoria de deseo es en el sueño y en la fase alucinatoria de la esquizofrenia.
- Una manera de diferenciar la psicosis alucinatoria de deseo como rasgo característico de todo duelo, es la renuencia y su intensidad.
- Los ritos son la inscripción simbólica de que la muerte ha quedado registrada, inscrita en algún lugar del psiquismo, de la subjetividad. Los ritos fúnebres forman parte de la aceptación de aquello que el examen de realidad muestra; ayudan a aceptar la exhortación de la realidad. Se trata de rituales de despedida, con todo el dolor y pesar que eso implique, donde se encuentra involucrada nuestra actitud hacia la muerte; qué se piensa, qué concepción se tiene, tanto en lo social y cultural como en lo individual, respecto a la muerte. La muerte remite, por un lado, a algo inevitable, la muerte propia, pero por otro también puede evocar o afirmar que se está con vida.

A lo largo de este capítulo se habla de la muerte del otro, de la muerte de un semejante y, con mayor frecuencia, de la muerte de un ser querido, lo cual permite formular la siguiente pregunta: ¿Qué ocurre con la muerte de un enemigo, cuando se presenta bajo las mismas circunstancias que posibilitan la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo?, por el momento dejo abierta esta pregunta, pues a mi consideración hasta aquí (¡llagarían!) los alcances de este segundo capítulo del trabajo.

Del cual me despido por el momento con las siguientes líneas que muestran lo enigmático, misterioso e inquietante que resultan para el ser humano la vida y la muerte; dualidad que trasciende tiempos, culturas y creencias.

Dando un salto vertiginoso en el tiempo y el contexto, veamos la huella que nuestros antepasados nahuas dejan de esa inquietud en sus poemas, pues uno de los temas que aparecen con mayor frecuencia en la poesía nahua es el de la muerte, íntimamente relacionado con el de la fugacidad de la vida:

“Yo Netzahualcáyotl lo pregunto:  
¿Acaso de veras se vive con raíz en la tierra?  
No para siempre en la tierra:  
Sólo un poco aquí.  
Aunque sea de jade se quiebra,  
aunque sea de oro se rompe,  
aunque sea plumaje de quetzal se desgarrar.  
No para siempre en la tierra:  
Sólo un poco aquí.”

(Netzahualcáyotl en Pérez, 1983:37)

## CAPÍTULO III

### VIÑETA CLÍNICA

En este tercer capítulo se presentan inicialmente dos fragmentos o viñetas, que gracias al ejercicio del trabajo clínico fue posible conocer; ambas muestran algunos de los efectos que la muerte de un semejante puede llegar a tener en el sujeto.

El interés por dar a conocer estas viñetas se encuentra justificado y sustentado en su propio contenido, y motivado por la inquietud e interés que generan el tema de la muerte y el duelo pesaroso, pero principalmente porque sus contenidos permiten inferir e interrogar acerca de la psicosis alucinatoria de deseo y su relación con el duelo pesaroso.

También se incluyen en este capítulo a modo de ejemplo e ilustración, dos viñetas: más: una de ellas tomada de la excepcional narrativa del escritor japonés Kenzaburo Oè (1995) y otra viñeta extraída del filme *Las flores del cerezo*, dirigida por Doris Dörrie (2008).

En ellas es posible ubicar dos formas particulares de enfrentar la muerte de un ser querido.

Las cuatro viñetas que se presentan aportan elementos que permiten abordar y cuestionar la relación entre la psicosis alucinatoria de deseo y el duelo pesaroso, elementos que también permiten extraer una enseñanza respecto al tema que ocupa los empeños de este trabajo.

Se realiza también un breve análisis de cada una de las viñetas o fragmentos antes mencionados, ejercicio que se lleva a cabo con sustento en algunos elementos teóricos del psicoanálisis, enfocados principalmente al tema del duelo pesaroso, la muerte y la psicosis alucinatoria de deseo.

Es necesario advertir que la escritura de casos o viñetas clínicas implica también hablar acerca del ejercicio profesional de la psicología clínica y de las dificultades para revelar lo dicho por el paciente. Esto debido a que está presente la idea de faltar al secreto profesional y no ser honestos con la confianza de los pacientes, traicionando aquello que se ha depositado y confiado; por tanto, incurrir en una falta de confidencialidad.

Es por ello que únicamente se describen, a grandes rasgos, algunos fragmentos, en las dos primeras viñetas, que permitan ilustrar y hablar acerca de la psicosis alucinatoria de deseo y su relación con el duelo pesaroso, siempre teniendo el cuidado necesario para no mencionar aspectos de la vida íntima o familiar de los pacientes, evitando así, caer en la indiscreta obscenidad de narrar casos clínicos.

No obstante, en las dos últimas viñetas no es necesario enfrentar dichas vicisitudes, ya que son tomadas de la literatura y la cinematografía: resultan temas incluso del dominio público y por ello la escritura de estos últimos ejemplos se presenta de manera extensa.

### **3.1. Un escrito trágico y singular**

La viñeta clínica que se presenta a continuación, motivó desde el momento en que se tomó conocimiento de ella una gran inquietud. El contenido de su discurso automáticamente remite a pensar en el texto Freudiano de 1919, *Lo ominoso*, o bien a recordar algunos relatos que tratan de aparecidos, narraciones orales que se transmiten de generación en generación y que forman una parte importante de nuestra cultura mexicana.

Sin embargo, al revisar el escrito freudiano *Duelo y melancolía* de 1915, encontramos una significación diferente del asunto. Realmente resultó sorprendente encontrar que el texto hablaba justamente de aquello que le ocurría a la mujer de quien trata dicha viñeta y la fascinación que generó, encontrar una forma de explicar un

fenómeno que hasta entonces sólo podía haber sido nombrado como ominoso o supersticioso, ha acompañado este trabajo; espero poder transmitir dicha fascinación en aquellas personas que tengan la bondad de leerlo.

Sin más preámbulo, este es el relato de una mujer de 34 años de edad que solicitó atención psicológica; debido a que días antes su esposo, con quien había vivido los últimos cinco años, se suicidó en su presencia. Él contaba con 36 años de edad, era divorciado y tenía una hija menor, quien vivía al lado de su madre en la ciudad de México.

La mujer en cuestión, que en lo sucesivo será nombrada como La esposa, menciona que su marido fue un niño de la calle en el Distrito Federal, que para sobrevivir se dedicaba a pedir dinero. Que, además, al momento de su muerte no tenía empleo y semanas antes estuvo preso en la ciudad de México, por no haber cubierto el último mes y medio de la pensión alimenticia para su hija.

La esposa, narra lo ocurrido aquella tarde en que, su pareja (en lo sucesivo “el profesionalista”)

Un día sábado, al regresar de trabajar, yo estaba llorando porque mi hija de 15 años decidió irse a vivir con sus abuelos maternos, para no tener que seguir las reglas establecidas en la casa.

En ese momento llegó mi esposo, me miró llorando e intentó abrazarme, pero lo rechacé. Él relacionó esta actitud con la existencia de un supuesto amante, lo cual motivó una fuerte discusión. Me jaloneó y me dejó un hematoma en el antebrazo izquierdo. Yo reaccioné diciéndole:

“¿recuerdas que prometiste que nunca me ibas a volver a tocar y yo te prometí que si lo volvías a hacer nunca me volverías a ver? y pues yo creo que me creyó, porque acto seguido se dio un tiro en la cabeza, viniéndose el cuerpo sobre mí y haciéndome retroceder dos pasos.

Según la esposa, al caer el cuerpo, su expresión fue:

“Qué hiciste pendejo”.

Ella tuvo la intención de voltearlo. Sin embargo, no lo hizo, pues pensó:

“Para todo hay que tener cabeza fría”.

Decidió no tocar nada para no verse comprometida legalmente. En ese momento se percató de la sangre que brota del cuerpo y las condiciones en que se encontraba la habitación:

“toda salpicada de sangre con masa encefálica y cabellos”.

Cuando ella se dio cuenta de la situación, lo único que atinó a decir fue:

“muerto el perro se acabó la rabia”.

La esposa narra paso a paso las acciones que tomó en ese preciso momento.

Inmediatamente después de ocurrido este suceso y aún con la ropa ensangrentada, salió para comprar una tarjeta telefónica a una tienda oxxo: ahí exigió que los empleados la atendieran rápidamente.

Después realizó tres llamadas telefónicas en el siguiente orden.

Al primer lugar que habló fue a su trabajo, para dejar indicaciones del objetivo de ventas que tenían que alcanzar los empleados y avisar que no se presentaría a trabajar en la empresa.

Luego llamó a la inmobiliaria para cancelar el contrato de renta de la casa donde habitaba con su esposo y solicitar que, lo que iba del mes, se tomara a cuenta del depósito.

La última llamada fue para avisar a su papá lo sucedido, quien dio parte a las autoridades correspondientes.

Cuando las autoridades llegaron al lugar de los hechos, señalaron a la esposa como sospechosa de homicidio.

Después de declarar ante las autoridades, el cuerpo de su esposo le iba a ser entregado a las 03:00 de la mañana, pero ella dijo:

“Ay, señor, guárdemelo tantito, ahorita qué hago con él”.

Por lo que solicitó que lo mantuvieran hasta las 07:00 a.m. en el Servicio Médico Forense.

Llegada la hora de abandonar el Servicio Médico Forense, se dirigió inmediatamente al panteón para sepultar el cuerpo de su esposo.

El lunes siguiente, ella fue citada por las autoridades para continuar con las declaraciones y ese mismo día se presentó a trabajar.

Hasta aquí llega el relato de la esposa, correspondiente a la primera vez que se entrevistó con la psicóloga.

La esposa no acude a la siguiente cita con la psicóloga, presentándose nuevamente hasta un mes y medio después, cuando inicia el siguiente relato:

Hace unos días choqué con un chico, y para arreglarnos acordamos ir a mi casa: cuando llegamos lo invité a pasar, pero él me dijo:

“verdad que tu esposo se suicidó”.

El silencio de la paciente fue interrumpido por una segunda afirmación. Ella refiere que reaccionó cuando el chico le describió la forma en que su esposo estaba vestido el día en que se suicidó.

La esposa respondió afirmando el suceso y preguntándole cómo es que lo sabía.

La respuesta del chico fue la siguiente:

“Es que ahí está, está en cuclillas y nos está viendo”.

La esposa refirió que esa clase de afirmaciones ya se las habían hecho en ocasiones anteriores.

Primero fue la empleada de una tienda cercana a su casa quien le hizo el comentario de que recién había visto a su esposo, pero ella le respondió que debía tratarse de un error porque su esposo había muerto.

En una segunda ocasión, la señora del oxxo le hizo el siguiente comentario:

“Qué bueno que te veo porque tu esposo te andaba buscando”.

La esposa, respondió preguntándole:

“¿A sí y cómo andaba vestido?”



Entonces la señora del oxo le describió a su esposo de la misma manera en que estaba vestido el día en que se suicidó.

Esta respuesta motivó a la esposa para hacer una nueva pregunta:

“¿y... qué le dijo?”.

“Pues nada, sólo que te andaba buscando porque quiere hablar contigo”.

Según la esposa, para ella

“todo debe tener una lógica”

y como esta situación se sale de todo entendimiento razonable, por ese motivo regresó para hablar con la psicóloga.

En esta segunda ocasión, la esposa expresó todo lo anteriormente señalado y concluyó preguntando si los fantasmas existen.

Una vez terminado el tiempo de esta segunda entrevista, la esposa se retiró para no volver más.

Este testimonio fue narrado por una colega, misma que atendió a la mujer de 34 años las dos ocasiones que se presentó solicitando atención psicológica. La psicóloga, generosamente compartió esta experiencia con un grupo de compañeras de la universidad en el año 2006.

El impacto que este relato logró causar, me ha motivado a indagar en diversos textos psicoanalíticos que versan acerca del duelo. Sin embargo, nada se compara con lo encontrado al principio de esta búsqueda en el texto freudiano de 1915, *Duelo y melancolía*; precisamente, cuando Freud menciona la psicosis alucinatoria de deseo como sigue:

“El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. A ello se opone un comprensible renuencia; universalmente se observa

que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma. Esa renuencia puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo” (Freud., S. 200: 242).

Entidad que hasta el momento no ha sido posible ubicar mencionada en otros textos; a excepción del trabajo presentado por Jean Allouch (1995) en *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*.

Resulta innegable el interés que ha motivado el tema del duelo, así como una serie de interrogantes teóricas, pero principalmente interrogantes respecto al discurso vertido en la viñeta antes mencionada. Sin embargo, esas inquietudes quedarán sólo como aquello que impulse a continuar con este trabajo de investigación y escritura, poniendo en marcha el único recurso posible, analizar el discurso de esta mujer de 34 años, que acude a solicitar atención psicológica.

Realizo este ejercicio con estricto apego a las palabras que deja la esposa, tanto en el relato, como en algunas frases textuales. Para ello se lee nuevamente este escrito singular, lo cual permite hacer una pausa donde el decir de la esposa sugiera cierta relación con algún aspecto teórico, utilizando diferente tipo de letra para distinguir la viñeta clínica de algunas intervenciones teóricas.

Posteriormente, se trata de identificar ciertos elementos que conducen al supuesto de algunos aspectos propios de la psicosis alucinatoria de deseo.

### **3.2 Una singular lectura**

*La esposa inicia mencionando algunos datos generales de su pareja y, aunque entre estos datos este el nombre que su esposo llevara en vida, como ya se ha mencionado, en lo sucesivo lo identificaremos como el profesionalista.*

Él contaba con 36 años de edad, era divorciado y tenía una hija menor, quien vivía con su madre en la ciudad de México.

*La esposa refiere las condiciones actuales en las que transcurría la vida del profesionista; desempleado, divorciado, alejado de su hija, rechazado y despojado de su libertad. Sin embargo, no se le escucha decir que ellos eran una pareja, que vivían juntos, compartiendo sus vidas desde hacía cinco años. Al parecer, la esposa da cuenta de la vida de su esposo únicamente como espectadora y no como alguien que se encuentra involucrada en esa trama. ¿De qué manera ella es afectada por las circunstancias en que vivía su pareja?*

La esposa también menciona que el profesionista fue un niño de la calle en el Distrito Federal, que para sobrevivir se dedicaba a pedir dinero. Además, que al momento de su muerte no tenía empleo y semanas antes estuvo preso, en la ciudad de México, por no haber cubierto el último mes y medio de la pensión alimenticia para su hija.

*La esposa, inicia narrando parte de la vida de su pareja. El profesionista: sus palabras indican el modo en que él vivió su infancia en la ciudad de México, siendo un niño de la calle y no refiere familia alguna de su esposo el profesionista, en esa época de su vida. Al parecer, esta parte de la vida de el profesionista es algo que, para la esposa, está más a la mano o que tiene más presente. Por lo tanto, es posible decir que las condiciones en que él, vivió su infancia pasaron a formar parte de una característica, que tiene que ver con estar en la calle, vivir en la calle. Expresión que, como será posible observar más adelante, tomará un sentido particular.*

Dicho lo anterior, la esposa continúa y narra lo ocurrido aquella tarde en que el profesionista, su pareja, se quitó la vida.

“Un día sábado, al regresar de trabajar, yo estaba llorando porque mi hija de 15 años decidió irse a vivir con sus abuelos maternos para no tener que seguir las reglas establecidas en la casa”.

*Al parecer, en esta pareja reinaba cierto ambiente de rechazo y abandono. Pues, así como el profesionalista vivía separado de su hija, también la esposa, en ese momento, estaba viviendo el abandono de su única hija.*

“En ese momento llegó mi esposo, me miró llorando e intentó abrazarme, pero lo rechazé. Él relacionó esta actitud con la existencia de un supuesto amante, lo cual dio motivo a una fuerte discusión. Me jaló y me dejó un hematoma en el antebrazo izquierdo. Yo reaccioné diciéndole:

“¿Recuerdas que prometiste que nunca me ibas a volver a tocar, y yo te prometí que si lo volvías a hacer nunca me volverías a ver? y pues yo creo que me creyó, porque acto seguido se dio un tiro en la cabeza, viniéndose el cuerpo sobre mí, y haciéndome retroceder dos pasos”.

*Una promesa rota, en medio de una fuerte discusión. La esposa le recuerda a su marido el profesionalista una promesa mutua, que mediaba entre los dos. ¿Qué significaba esa promesa para ellos, al extremo de que sólo escucharla en ese preciso momento, trajo consecuencias trágicas?*

*Sin decir absolutamente nada, la única respuesta de él, fue ese acto: darse un tiro en la cabeza y acabar con su existencia, ahí donde la promesa perdía su valor.*

*El vínculo que los unía era sostenido por la palabra entregada en una promesa que, al no cumplirse, echa por tierra la relación que hasta entonces los mantenía unidos.*

*Quien traiciona una promesa, traiciona su propia palabra.*

*Philippe Jullien, psicoanalista francés al dictar su Seminario en 1990, “La función paterna”, habla acerca de la absoluta traición de la palabra dada; la falsedad de la belleza, de la verdad, la vacilación del orden simbólico, y lanza esta pregunta a su auditorio (y creo que a todos aquellos que transitamos por el camino del Psicoanálisis): “¿Es que ustedes no reconocen acaso que si un día uno comienza un análisis es porque uno ha hecho experiencias de la traición? Las palabras y los compromisos se derrumbaron y uno ya no sabe más que hacer” (Jullien., Ph. 1990:42).*

*Jullien agrega: “Es que el orden de los intercambios, de los juramentos, de los contratos, no se sostiene, eso es”. (Jullien., Ph. 1990:42).*

*Sin embargo, aquí el desenlace de la traición al pacto, a la promesa mutua que mediaba la relación entre esta pareja, promesa inscrita en palabras, condujo a un acto trágico de fatales consecuencias.*

*Una relación que falla al romperse el pacto y caer la promesa de no volverla a tocar. La palabra que los vinculaba y relacionaba falla cuando los actos de él hacia su esposa impiden que esa palabra hecha promesa sea sostenida. Ese elemento que mediaba entre ellos, la palabra empeñada que sostenía el vínculo, se derrumba. Así, como literalmente el cuerpo sin vida del profesionalista se derrumba y cae a los pies de su pareja: la promesa se rompe, cae, y con ella aquél, quien no pudo sostener su palabra empeñada en una promesa.*

*La sanción para el profesionalista por no cumplir con su palabra era no volver a ver a su esposa. Esta sanción, a su vez fue impuesta por la propia esposa, ya que ella le prometió que si la tocaba, es decir si le pegaba nuevamente, no la volvería a ver. En el momento en que el profesionalista, ejecutó su muerte por propia mano, hace que, la sanción sea cumplida al pie de la letra: al morir no volvería a ver más a su pareja.*

*Dicho lo anterior, ¿se cumple o no se cumple la promesa? Por lo visto, la promesa de el profesionalista era no pegarle nuevamente a su pareja y, en caso de que le llegara a pegar, no podría verla más, por tanto, al morir él, no vería más a su pareja. Hasta aquí todo indicaría que la promesa estaba cumplida al pie de la letra. Sin embargo, en ningún momento se dijo que el precio por no cumplir la promesa era la vida de alguno de ellos. Hasta este momento todo indica que el profesionalista compiló con la sanción que impuso su esposa, por no cumplir con su parte del trato. Si el profesionalista no le pegaba a su pareja, ella le permitía que la siguiera viendo, pero en caso de que él incumpliera esta parte de la promesa, es decir si el profesionalista le llegaba a pegar, ella no le permitiría que la volviera a ver; de este modo, ella quedaba impedida para cumplir su parte correspondiente del*

*trato, a saber no dejar que el profesionista la viera más. Para que esto último se cumpliera, era necesario que él continuara con vida, habiendo muerto el profesionista, se acabó la promesa, pues ya no había ante quien hacer efectivas las palabras –no dejar que la mirara más-.*

*No obstante, después la esposa refiere que otras personas miran a su esposo, y le dicen que él, la anda buscando para hablar con ella.*

Según la esposa, al caer el cuerpo de su esposo el profesionista, su expresión fue:

“Qué hiciste, pendejo”.

Ella tuvo la intención de voltearlo, pero no lo hizo, porque pensó:

“Para todo hay que tener cabeza fría”.

Decidió no tocar nada para no verse comprometida legalmente y en ese momento se percata de la sangre que brota del cuerpo y las condiciones en que se encontraba la habitación:

“Toda salpicada de sangre con masa encefálica y cabellos”.

Cuando ella se dio cuenta de la situación, lo único que atinó a decir fue:

“Muerto el perro se acabó la rabia”.

*Esta frase, dicha en el escenario donde recién se estaba presentando este acontecimiento trágico, suena muy violenta y se evidencia de una aparente aceptación del hecho por parte de la esposa, pero también refleja cierto enojo. Además, la esposa no muestra señales de desesperación, tristeza o llanto ante la muerte de su esposo, más bien deja ver cierto trazo de desprecio.*

*Como podremos observar más adelante, esta frase no se cumple de manera efectiva, ya que la muerte del perro no acabó con la rabia, porque poco tiempo después la esposa refiere que, su esposo anda en la calle, buscándola porque quiere hablar con ella.*

*Entonces, si colocamos la frase, muerto el perro se acabó la rabia en los siguientes términos: muerto su esposo se acabó la promesa. Pero el curso de los acontecimientos muestra que la promesa no se acabó de manera efectiva y únicamente se distorsionó moviendo los lugares que cada uno de ellos ocupaba en ese contrato de palabras. Porque ahora ella es quien decide no tocarlo para ponerlo boca arriba: al caer el cuerpo sin vida, el profesionista quedó boca abajo, entonces él ya no la miraba más.*

La esposa narra paso a paso las acciones que tomó en ese preciso momento.

Inmediatamente después de ocurrido este suceso y aún con la ropa ensangrentada, salió para comprar una tarjeta telefónica a una tienda oxo: ahí exigió que los empleados la atendieran inmediatamente.

Después realizó tres llamadas telefónicas.

Al primer lugar que habló, fue a su trabajo, para dejar indicaciones del objetivo de ventas que tenían que alcanzar los empleados y avisar que no se presentaría a trabajar en la empresa.

Luego llamó a la inmobiliaria para cancelar el contrato de renta de la casa donde habitaba con su esposo y solicitar que lo que iba del mes se tomara a cuenta del depósito.

La última llamada fue para avisar a su papá lo sucedido, quien dio parte a las autoridades correspondientes.

*El orden en que la esposa realiza las llamadas telefónicas, hace pensar que para la esposa la muerte de su marido inmediatamente ha pasado a un segundo plano. Todo parece indicar que, había más cosas en qué pensar y ocuparse en ese momento, pues ella da aviso del suceso hasta el final de las llamadas, cuando habla con su padre quien a su vez, llama a las autoridades policíacas.*

*Además, del orden de las llamadas, llama la atención el motivo de la segunda llamada: cancelar un contrato, de arrendamiento, si pero al fin de cuentas un contrato que en ese momento ella misma cancela, da por terminado. ¿Qué le ocurre a esta mujer con los pactos, las promesas, los contratos?*

Cuando las autoridades llegaron al lugar de los hechos, señalaron a la esposa como sospechosa de homicidio.

Después de declarar ante las autoridades, el cuerpo de su esposo le iba a ser entregado a las 03:00 de la mañana, pero ella dijo:

“Ay, señor, guárdemelo tantito, ¿ahorita qué hago con él?”

*¿Cómo leer esta frase? Como una expresión de enfado, pero además como una declaración genuina ante la autoridad, de no saber qué hacer con el cadáver de su esposo, y tampoco cómo proceder ante la muerte.*

*¿No lo estaba esperando?, ¿no había pensado qué hacer con el cadáver de su pareja?, ¿cómo proceder? Tal parece que, no tenía un plan para seguir o hacer con el cuerpo sin vida de aquel que fuera su pareja, con quien había pasado los últimos cinco años de su vida.*

*Ella, lanza una pregunta ante la autoridad: ¿què hago con él?*

*En el momento en que el cadáver de su esposo le fuera entregado, lo primero que haría sería, verlo, por tanto, no quiso ni verlo.*

Solicitó que mantuvieran el cadáver hasta las 07:00 a.m. en el Servicio Médico Forense.

Llegada la hora de abandonar el Servicio Médico Forense, se dirigió inmediatamente al panteón para sepultar el cuerpo de su esposo.

*Inmediatamente, ese cuerpo quedó sepultado, sin ritos o ceremonias, en ausencia de alguna sanción social ante la muerte.*

*No se pretende sugerir que haya un ceremonial único, obligatorio o predeterminado, ya que éstos se encuentran en función de las costumbres y creencias de un grupo social*



*determinado. En todo caso, aquello que se pretende señalar es la completa ausencia de ritos o ceremonias ante la muerte. La ausencia de algún elemento simbólico, que logre significar de alguna forma la muerte de un ser querido, o, en el último de los casos, una persona cercana.*

*La ausencia de un elemento simbólico, es decir que represente algo más que a sí mismo, algo que represente la muerte del ser querido y no sólo la realidad cruda y cruel de sostener entre sus manos el cuerpo sin vida de su pareja.*

*Así, sin más compañía que el silencio, el cadáver de el profesionalista fue sepultado; no hubo velorio, redoble de campanas, flores, palabras de despedida o cualquier otra manifestación que indique esa necesaria sanción social ante su muerte. Es decir, ausencia de algo que permita que esa muerte quede inscrita en la cultura y en el entramado del lenguaje, de modo que esa muerte quede entramada en el discursar social, y no sólo como algo que es sustraído dejando el vacío como única huella.*

*Por todo lo que esto indica, es posible decir que hay ausencia de la dimensión ritual que implica el duelo pesaroso.*

El lunes siguiente, la esposa fue citada por las autoridades para continuar con las declaraciones. Ese mismo día se presentó a trabajar.

Hasta aquí llega el relato de la esposa, correspondiente a la primera vez que se entrevistó con la psicóloga.

*Recordemos que esta serie de acontecimientos iniciaron el sábado por la tarde. Es decir, todo ocurrió durante un fin de semana, y ya el lunes siguiente la esposa, se presentó a trabajar reanudando así, sus actividades cotidianas. Pero, ¿cuándo las interrumpió de manera efectiva? La secuencia de los hechos no muestra interrupción alguna; únicamente muestra una sucesión vertiginosa de acontecimientos dramáticos, inesperados, violentos y de fatales consecuencias.*

*La esposa, esta mujer de 34 años, primero es abandonada por su hija. Después tiene una fuerte discusión con su esposo y, en ese ambiente de pelea y disputa, hay una promesa*

*que no se sostiene: su esposo decide en ese momento quitarse la vida y finalmente, en medio de este acontecer vertiginoso, aparentemente todo termina cuando el cadáver de su esposo queda sepultado.*

*Una vida con cierta carga de drama subjetivo y que finalmente termina en tragedia, aclarando que los elementos de los que podemos disponer no son exhaustivos.*

*Sin embargo, algo de la vida de el profesionalista remite a la idea de poemas-vidas, noción acuñada por el reconocido pensador francés Michel Foucault (1992), citado por Raquel Capurro (2004) en “Del sexo y su sombra”, al hablar de la vida y muerte de los marginados .quienes “debían ser personajes que realmente existieron; y que sus existencias hayan sido oscuras e infortunadas; que su historia sea contada en pocas páginas y en éstas se relate su infortunio, su rabia, o su incierta locura”. (Capurro., R. 2004: 13-14)*

*Dichas características fueron consideradas por Foucault, como condiciones para nombrar la vida de algún personaje, como “poemas-vidas”.*

*El infortunio y la tragedia como elementos presentes en la vida y muerte de el profesionalista, algo que es posible inferir gracias al relato de esta mujer de 34 años, quien fuera su pareja durante los últimos cinco años de su vida..*

La esposa no acude a la siguiente cita con la psicóloga, presentándose nuevamente hasta un mes y medio después, iniciando el siguiente relato:

Hace unos días choqué con un chico, y para arreglarnos acordamos ir a mi casa, cuando llegamos lo invité a pasar, pero él me dijo:

“Verdad que tu esposo se suicidó”.

El silencio de la esposa fue interrumpido por una segunda afirmación. Ella refiere que reaccionó cuando el chico le describió la forma en que su esposo estaba vestido el día en que se suicidó.

La esposa respondió afirmando el suceso y preguntándole cómo es que lo sabía.

La respuesta del chico fue:

“Es que ahí está. Está en cuclillas y nos está viendo”.

*Al acudir nuevamente con la psicóloga, la esposa inicia hablando de un “chico” (como ella le llama) que le habla de su esposo fallecido recientemente, le dice que está ahí mirándolos. ¿Por qué en cuclillas? Es decir, los miraba de abajo hacia arriba y aparentemente, el hecho de describir la forma en que el profesionista estaba vestido el día en que se suicidó, resulta ser la prueba de realidad para la esposa.*

*El hecho de describir la ropa que portaba su esposo el día en que se quitó la vida, es suficiente muestra de verdad y certeza para ella, después de que alguien le ha descrito la imagen de su esposo, no duda que efectivamente está ahí, mirándolos y sentado sobre sus propias piernas. Tampoco duda que, ese a quien ella llama solamente como un chico, le esté hablando y describiendo el cuerpo de aquél de quien, hace escasos dos meses, ella personalmente depositó su cadáver en el cementerio.*

La esposa refirió, que esa clase de afirmaciones ya se las habían hecho en ocasiones anteriores.

Primero fue la empleada de una tienda cercana a su casa quien le hizo el comentario de que recién había visto a su esposo, pero ella le respondió que debía tratarse de un error porque su esposo había muerto.

En una segunda ocasión, la señora del oxxo le hizo el siguiente comentario:

“Qué bueno que te veo porque tu esposo te andaba buscando”

La esposa, respondió preguntándole:

“¿Ah sí y cómo andaba vestido?”

Entonces, la señora del oxxo describió a su esposo, el profesionista, de la misma manera en que estaba vestido el día en que se suicidó.

Esta respuesta llevó a la esposa a hacer una nueva pregunta:

“¿y... qué le dijo?”

“Pues nada, sólo que te andaba buscando porque quiere hablar contigo”.

*Decir que son otras las personas que han visto a su esposo el profesionalista después de que ha muerto aparentemente excluye a la esposa de ser ella quien lo ha mirado. Sin embargo, es ella quien refiere que otros le dicen que lo han visto, y la única prueba que pide para creer y aceptar aquello que le dicen es la descripción de una imagen, de la ropa, de cómo andaba vestido justamente el día en que se suicidó.*

*Estas preguntas le permiten hablar del día en que su esposo murió de manera repetitiva pregunta acerca de una imagen, de cómo está vestido, de tal modo que es posible decir que ha quedado capturada con una imagen y en un momento específico: el día en que su esposo, el profesionalista, se quitó la vida.*

*Pero en esta ocasión hay otra pregunta: ¿qué le dijo? Y resulta que su esposo la está buscando para hablar con ella. Es decir que, ese hombre con quien ella compartía su vida desde hacía cinco años, ahora vive, anda, y está en la calle buscándola y preguntando por ella.*

*Estar en la calle, andar en la calle, remite a pensar en esa característica, tan presente para la esposa, cuando dice que el profesionalista era un niño de la calle. Ahora esto constituye un rasgo en él, ya que ahora está y anda en la calle, pero buscándola para hablar con ella.*

Según la esposa, para ella

“todo debe tener una lógica”.

Y como esta situación se sale de todo entendimiento razonable, regresó para hablar con la psicóloga.

*Según la esposa, toda esta situación no cabe en alguna lógica razonable. Entonces, dentro de qué lógica caben todos estos acontecimientos si, a decir de ella, toda esta situación está fuera de toda razón. Luego entonces estos acontecimientos ¿dónde entran? ¿Acaso es atrevido pensarlos en la sin razón, en la rebeldía, en la locura?, es decir, en una lógica distinta a la lógica de la razón y el entendimiento al que hasta entonces ella estaba acostumbrada.*

En esta segunda ocasión, la esposa expresó todo lo anteriormente señalado y concluyó preguntando si los fantasmas existen.

*La esposa concluyó tratando de buscar una lógica, un entendimiento a todo aquello que recientemente le estaba ocurriendo, a raíz de la muerte de su esposo. Pero, ¿es que acaso existe una lógica razonable en las cosas del amor, la vida y la muerte? ¿Cuál es la lógica razonable del deseo?*

Una vez terminado el tiempo de esta segunda entrevista con la psicóloga, la esposa se retiró para no volver más.

### **3.3 Las huellas de una ausencia.**

Una de las afirmaciones categóricas que en 1915 hace Freud en el texto *Duelo y melancolía*, es que el duelo es un afecto normal y, por regla general, es la reacción frente a la pérdida de una persona amada.

De manera puntual especifica que se trata de la pérdida real, la muerte del objeto de amor y que la reacción ante esta pérdida es el duelo pesaroso. Entonces, el telón de fondo del duelo pesaroso es la muerte de una persona amada.

El duelo pesaroso es mencionado como un estado, es decir que, pasado cierto tiempo, será posible dejar de padecer sus estragos. Dicho estado se caracteriza por una desazón profundamente dolida, la cancelación del interés por las cosas del mundo, la pérdida de la capacidad de amar y la inhibición de toda productividad.

La viñeta antes mencionada muestra como trama principal en el relato de la esposa, precisamente la muerte de una persona amada para ella. Sin embargo, su manera de proceder no indica un estado de duelo pesaroso ya que, tanto en su discurso como en su proceder, no se encuentra evidencia alguna de dolor o desazón.

En cuanto al interés por las cosas del mundo, no se presenta esa cancelación; al contrario, minutos después de que su esposo había muerto, ella primero llama para dar indicaciones en su trabajo y después llama a la inmobiliaria para hablar del contrato de arrendamiento de su casa. Todos estos acontecimientos tuvieron lugar el día sábado por la tarde y, de manera casi inmediata, la esposa se presentó a trabajar el lunes siguiente.

Freud (1915) habla del estado de duelo pesaroso y del trabajo de duelo. Si bien, para realizar el trabajo de duelo no existe un tiempo específico de inicio o término, el estado de duelo pesaroso tendría que ser, por regla general, la reacción directa ante la muerte de una persona amada.

En este caso no es posible hablar de un estado de duelo pesaroso, ya que tanto el discurso de la paciente como sus actos muestran un proceder distinto.

En ausencia del estado de duelo pesaroso, tampoco es posible realizar el trabajo que el duelo opera y cuyo objetivo principal consiste en quitar toda libido de sus enlaces con el objeto amado, ahora perdido.

Al no presentarse el estado de duelo pesaroso, existe también una imposibilidad para llevar a cabo el trabajo de duelo, para librar una lucha intensa por desprenderse de los recuerdos y las vivencias con el objeto perdido.

Tanto el estado de duelo pesaroso como el trabajo de duelo, son aspectos que fueron pasados por alto, omitidos, al menos es lo que muestra el relato de la esposa. En su lugar nos encontramos que, pasado cierto tiempo, aproximadamente un mes y medio de la muerte de su esposo, ella refiere que algunas personas le han dicho que su esposo la anda buscando, que anda en la calle y que quiere hablar con ella. Finalmente alguien le dice que está ahí, en su casa, sentado en cuclillas, mirándola: teniendo esto como únicas señales de la ausencia de su esposo.

Aunque de manera repetitiva ella responda de la misma forma, “pero eso no puede ser, mi esposo murió hace un mes y medio”, ¿a quién se lo dice? Por más que lo repita, su esposo sigue ahí mirándola, buscándola y tratando de hablar con ella.

La esposa continúa reteniendo a su esposo el profesionista en su discurso, al decir que él está en la calle hablando con otras personas, que anda buscándola y que está en su casa, mirándola. Toma como única e irrefutable prueba de realidad, la manera en que él estaba vestido el día en que se suicidó.

El profesionista continúa retenido en el discurso de su esposa, en una imagen. ¿Es posible que se trate de un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto?, al modo en que Freud lo llamó en 1915: “un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo”. (Freud., S. 200:242)

El modo en que el profesionista estaba vestido, se ha quedado grabado en el decir de su esposa, como la última imagen que tiene de él antes de que ocurriera su muerte; al decir que otras personas lo miran vestido del mismo modo, ella agrega que, efectivamente, ese modo que otros describen es el modo en que estaba vestido el día en que se suicidó.

La imagen que tiene la esposa es de antes de que muriera el profesionista y es el modo en que la busca, la mira y quiere hablar con ella. Por más que la esposa repita que el profesionista está muerto, es algo que ha quedado estancado en el registro de la imagen, ya que no hubo la posibilidad de que la muerte de su esposo pasara a otro registro; cuando hace la aclaración, está confirmando que efectivamente la muerte de su esposo no ha quedado integrada en su registro simbólico.

La esposa tiene como únicas huellas de la muerte del profesionista la presencia de una imagen y aquello que, supuestamente otras personas le dicen: que él la anda buscando, que quiere hablar con ella; es decir, una imagen que la persigue y la observa.

¿Cuál es la razón para que esto suceda así? Las acciones de esta mujer de 34 años, inmediatamente después de la muerte de su esposo, indicaban una aparente aceptación de aquello que estaba ocurriendo, una aceptación casi instantánea. Sin embargo, todos los acontecimientos que ella narra un mes y medio después, indican ciertos elementos que es posible identificar como rasgos propios de la psicosis alucinatoria de deseo: elementos como, el extrañamiento de una realidad efectiva como es la muerte de su esposo, el profesionalista, la retención del objeto amado mediante una imagen persecutoria y el decir que otros le hablan y describen una imagen idéntica de su esposo, antes de morir.

Recordemos y analicemos detenidamente la cita textual de Freud (1915) en *Duelo y melancolía*.

“El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. A ello se opone una comprensible renuencia; universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma. Esa renuencia puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo” (Freud., S. 2000:242).

El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, al menos no existe de la misma manera. Dicho examen ha mostrado la muerte de la persona amada, entonces lo que procede es retirar los enlaces libidinales con ese objeto que ahora se sabe perdido, que se tiene conciencia de que ha muerto. Sin embargo, Freud se anticipa y advierte que de manera universal se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, es decir que, el hombre no se apega de manera inmediata al mandato que proviene de aquello que muestra el examen de realidad y, en su lugar, se presenta una comprensible renuencia para, posteriormente, de manera paulatina, ir retirando cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto amado.



Entonces aquello que procede de manera inmediata es precisamente una comprensible renuencia ante la muerte de un ser querido, como un proceso necesario para que posteriormente sea posible cumplir con el objetivo del trabajo de duelo: librar una intensa lucha para desprenderse de los recuerdos, las vivencias y las expectativas existentes hasta entonces con el objeto amado ahora perdido. No obstante, existe un escenario distinto, susceptible a presentarse ante la realidad de la muerte de un ser querido, que es que la renuencia no sea atemperada, es decir que la renuencia alcance un grado de intensidad mayor, que represente un obstáculo al trabajo de duelo, produciendo un extrañamiento de la realidad y la retención del objeto mediante una psicosis alucinatoria de deseo.

### **3.4 Un elemento clave**

En medio de este entramado que involucra, la muerte de una persona amada, el estado de duelo pesaroso, el trabajo de duelo y la psicosis alucinatoria de deseo, existe un elemento clave: la renuencia como la primer reacción ante la muerte de una persona amada. Según el texto freudiano, dicha reacción se observa de manera universal, es decir que tendría que presentarse en todos los casos y bajo cualquier circunstancia. Freud (1915) la refiere como una comprensible renuencia, es decir una renuencia moderada, atemperada y hasta cierto punto comprensible. Sin embargo, el autor especifica que el destino de esa renuencia no es el mismo en todos los casos, ya que la renuencia por abandonar una posición libidinal y acatar el mandato que impone el examen de realidad puede llegar a intensificarse, alcanzando un grado tal que produzca un extrañamiento de la realidad y la retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo.

Así, la clave o condición de posibilidad para que la psicosis alucinatoria de deseo se presente, es la intensidad de la renuencia.

Precisamente, la propuesta de este trabajo consiste en afirmar que la intensidad de la renuencia depende del modo en que el sujeto enfrente la realidad de la muerte de una persona querida, ya que un encuentro inesperado, abrupto, violento y en solitario, con la realidad de la muerte de una persona amada, favorece el incremento de intensidad en la renuencia y con ello la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo.

En el relato anterior es posible percatarse de una sucesión de acontecimientos dramáticos, trágicos, y del encuentro violento, inesperado, abrupto y solitario con la muerte de un ser querido. Todo lo anterior, seguido de una aparente aceptación casi instantánea, es decir que los actos que llevó a cabo la esposa, inmediatamente después de ocurrida la muerte del profesionalista, dan cuenta de que estaba procediendo en consecuencia con lo ocurrido. Sin embargo, el relato que narra poco tiempo después, indica que el profesionalista continúa presente en su decir y que está en la calle, vive en la calle, la busca y la observa; refiere una imagen viva y persecutoria de su esposo.

Lo anterior permite inferir que el proceder frío, sereno y casi de enfado que muestra la esposa, correspondía a una aceptación inmediata e instantánea de aquello que estaba ocurriendo en esos momentos ante sus ojos, la muerte de su esposo.

El proceder de ella, los actos inmediatos a la muerte de su esposo parecen un tanto fríos y automáticos, mostrando la ausencia de algún indicador del estado de duelo pesaroso.

Los actos inmediatos que la esposa lleva a cabo al morir el profesionalista, muestran clara evidencia de que ella estaba actuando en consecuencia a la muerte de su esposo; entonces ya había una aceptación de manera inmediata de la muerte, es decir que en este caso no aparece esa comprensible renuencia, que Freud (1915) menciona en *Duelo y melancolía*.

No obstante, esa aparente aceptación de manera inmediata genera posteriormente que, la renuencia que en un primer momento no se presentó como reacción inmediata ante la muerte de una persona amada, se presente después con otras magnitudes, intensificada, tanto que llega a producir el extrañamiento de la realidad de la muerte del objeto o persona amada y, en consecuencia, la retención del objeto por vía de la psicosis alucinatoria de deseo.

Una renuencia intensa impide acatar aquello que impone el examen de realidad, es decir, quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. Entonces, la psicosis alucinatoria de deseo

se presenta como una objeción al trabajo de duelo y en ausencia de las manifestaciones propias del estado de duelo pesaroso.

La esposa vivió una serie de acontecimientos violentos, inesperados y trágicos. Sin embargo, haber estado ahí observando y ser protagonista de ellos, al parecer no fue suficiente para que la consecuencia de dichos sucesos quedara integrada en su registro simbólico.<sup>2</sup> Un significativo, como puede ser la muerte de un ser querido, que se presenta intempestiva y violentamente, no ha quedado integrado en la batería significativa de la esposa; al parecer, no hubo forma de procesar aquellos acontecimientos que estaba viviendo y cuando ese registro es requerido, ella se remite automáticamente al único registro del que dispone: la imagen. Queda únicamente el registro de la imagen, la cual retorna en el decir de la esposa, pero además retorna de manera ominosa y persecutoria.

Como ya se ha mencionado, el contenido de esta viñeta corresponde a las dos ocasiones en que la mujer de 34 años, a quien en este trabajo se le ha identificado como la esposa, se entrevistó con la psicóloga, quien a su vez compartió estos fragmentos con un grupo de colegas en el año de 2006.

Sin embargo, de estos acontecimientos existe también el registro de la prensa escrita de la ciudad de Querétaro, los cuales fueron dados a conocer el domingo 19 de diciembre del año 2005.

Los datos personales y nombres reales no aparecen por motivos de confidencialidad.

---

<sup>2</sup>Algo puede estar en imagen, pero no estar incluido en el registro simbólico. Lo siguiente puede tomarse como un breve ejemplo: Una joven realizaba trámites de inscripción a la universidad donde uno de los requisitos era entrar a una página del sistema de cómputo y realizar un preregistro, imprimirlo y presentarlo con el resto de sus documentos.

Al momento en que sus documentos son revisados, algo en la imagen del preregistro parece estar desfigurado, no es igual que todos los formatos que otros aspirantes han presentado. La joven contesta diciendo que no sabe por qué, entonces dice que copió el formato en Word, lo llenó con sus datos y lo imprimió. Efectivamente la imagen del documento estaba ahí, pero cuando esos datos sean requeridos, el sistema de cómputo no tendrá los elementos para responder, ya que esos datos no han sido registrados e integrados en la totalidad del sistema, a pesar de que ahí físicamente se encuentre la imagen desfigurada del preregistro.

Al respecto, el *Diario Noticias* publicó los hechos en su sección de Nota roja. El cual inicia con el siguiente encabezado:

“Profesionista se disparó ante su esposa.

Cansado de su situación laboral, ante la presencia de su esposa, un profesionista, vecino de la ciudad de Querétaro, se quitó la vida disparándose con un arma de fuego.

Este es el segundo, de los suicidios registrados en la tarde noche del sábado, en la ciudad.

El ahora occiso, contaba con 33 años de edad. Se había titulado como ingeniero hidráulico, sin embargo, por azares del destino, actualmente se desempeñaba como ayudante de mecánico y lava-coches, confirmó su cónyuge.

Precisamente, su situación laboral y la mala relación que tenía con sus compañeros de trabajo lo tenían deprimido.

Incluso, el sábado por la tarde, al llegar a su domicilio, se encontraba molesto, explicó su esposa, añadiendo que se quejó nuevamente de su situación en el trabajo.

Aunque ella trató de animarlo, agrega que Él repentinamente salió de la recámara por unos minutos, posteriormente volvió y parándose frente a la cama donde ella se encontraba, expresó sus últimas palabras: “a mí ya no me van a ver pequeño”, accionando a la vez un arma de fuego.

La testigo explicó que estaba distraída y fue hasta que escuchó el estruendo y vio “chispas” cuando volteo hacia donde estaba su marido, al momento se percató que caía hacia delante, a la cama, con la cara sangrando.

De inmediato salió a buscar ayuda, con policías municipales retornó al inmueble instantes después, éstos confirmaron la muerte del profesionista y dieron parte a las autoridades ministeriales.

Personal de la primera agencia del Ministerio Público estuvieron tomando conocimiento junto con peritos en criminalística de la PGJ, en tanto se iniciaba una averiguación previa por lo ocurrido”. (2005 -19 -12)

Es posible percatarse de varias diferencias entre la nota publicada por el periódico y la narración que hace la esposa cuando está con la psicóloga. Sin embargo, es necesario tener presente que, cuando alguien se encuentra declarando ante una autoridad del Ministerio

Público, está bajo un interrogatorio y todo aquello que ahí se diga repercute en la inocencia o culpabilidad de quien realiza una declaración.

Esta circunstancia resulta completamente distinta a encontrarse de manera voluntaria en una entrevista psicológica, donde no se trata de emitir un juicio al respecto, no se trata de decir si alguien es o no culpable.

Se incluye la nota periodística como un elemento de este trabajo, ya que en ella es posible ubicar algunos datos objetivos, pero aclarando que el mayor peso recae en el discurso expresado por la esposa durante las dos ocasiones en que se entrevistó con la psicóloga.

En este discurso, efectivamente se ubica un encuentro abrupto, intempestivo, violento y en solitario con la muerte de una persona amada y como hemos visto, estas condiciones favorecen el incremento en la intensidad de la renuencia, lo cual representa la condición de posibilidad para la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo.

No obstante, es necesario mencionar cuáles son las diferencias entre la nota periodística, que supuestamente corresponde a lo declarado por la esposa ante el Ministerio Público, y su decir en las entrevistas con la psicóloga. Estos puntos que resultan nada desdeñables, ya que proporcionan datos de la pareja, como nombres, apellidos y la dirección, aun cuando los datos anteriores son omitidos en el presente trabajo. En la nota del periódico también aparece la profesión de él y las palabras que emitió justo antes de morir: incluso marcan la situación laboral como culpable de todo lo ocurrido esa tarde. Por lo tanto, se refiere nuevamente la nota publicada por el periódico, agregando un breve comentario, escrito en cursivas para diferenciarlo del texto original.

“Profesionista se disparó ante su esposa”.

*La profesión es algo que la esposa omite en la entrevista con la psicóloga, identificando a su esposo, no como un profesionista sino como un niño de la calle que para sobrevivir se dedicaba a pedir dinero en las calles de la ciudad de México.*

Cansado de su situación laboral, ante la presencia de su esposa, un profesionalista, vecino de la ciudad de Querétaro, se quitó la vida disparándose con un arma de fuego.

*De tal suerte, que el motivo de todo lo ocurrido, aparentemente, fue la situación laboral.*

Este es el segundo de los suicidios registrados en la tarde noche del sábado, en la ciudad.

El ahora occiso, contaba con 33 años de edad. Se había titulado como ingeniero hidráulico, sin embargo, por azares del destino, actualmente se desempeñaba como ayudante de mecánico y lava-coches, confirmó su cónyuge.

*Algo de lo privado, que incluso transcurre en un escenario íntimo, su alcoba, se convierte en un asunto público que da a conocer sus nombres y dirección, además de la edad del profesionalista, misma que difiere de la edad que su esposa menciona en la entrevista con la psicóloga.*

*Algo que tiene que ver con lo trágico del acontecimiento, genera que se convierta en un asunto del dominio público, permitiendo conocer, no sólo los datos personales de esta pareja, sino que también muestra un panorama distinto, donde el supuesto motivo del suicidio es la situación laboral.*

Precisamente su situación laboral y la mala relación que tenía con sus compañeros de trabajo, lo tenían deprimido.

*Una relación complicada con sus compañeros de trabajo, es un elemento que se agrega a esa situación de infortunio. Algo en la vida del profesionalista, no marchaba. En esta nota se menciona insistentemente que el motivo del suicidio fue la situación laboral. ¿Por qué la insistencia en marcar algo o alguien como culpable?, ¿a caso hay algún culpable de este acontecimiento trágico?*

Incluso el sábado por la tarde, al llegar a su domicilio, se encontraba molesto, explicó su esposa, añadiendo que se quejó nuevamente de su situación en el trabajo.

*La situación laboral de inconformidad y una mala relación con los compañeros de trabajo es algo recurrente en la declaración de la esposa, señalando marcadamente lo anterior como posible motivo del suicidio.*

Aunque ella trató de animarlo, agrega que Él repentinamente salió de la recámara por unos minutos posteriormente volvió y parándose frente a la cama, donde ella se encontraba, expresó sus últimas palabras: “a mí ya no me van a ver pequeño”, accionando a la vez un arma de fuego.

*Aquí, en la declaración que da a conocer la nota del periódico, salen a la luz pública los acontecimientos ocurridos en aquella tarde de invierno, en voz de uno de los protagonistas.*

*La esposa da cuenta de los actos del profesionista cuando declara ante el Ministerio Público, convirtiendo su intimidad en parte del dominio público. Sin embargo, cabe señalar que la esposa hace públicas las palabras del profesionista, no las suyas, o al menos no las declara, en ese lugar, ahí se concreta a hablar por su esposo, presta su voz a aquél que ya no puede hablar, para dar cuenta de sus actos y exponer el aparente motivo de lo ocurrido: la situación laboral de su esposo. Pero, posteriormente, la esposa relata y revela sus palabras ante la psicóloga. Es decir que es necesario que alguien de cuenta de los actos de aquél que ya no está, ya que resulta imposible que él haga saber sus motivos.*

*Las últimas palabras del profesionista llaman la atención y quedan como una incógnita de todo este asunto: ¿a qué se refería al decir “a mí ya no me van a ver Pequeño”? ¿Quiénes? Lo veían pequeño y ¿Quiénes ya no lo verán? “Pequeño” Es posible pensarlas como una paradoja: con su acto se quita la voz, y la posibilidad de expresar su inconformidad, su enojo, y los motivos para realizarlo. Al perder la palabra, queda en ese estado de infante: “pequeño”. Su acto mismo lo coloca en el estatuto de un*

*niño un chico que requiere de la voz de otro que lo identifique, declare y dé cuenta de su acto.*

La testigo explicó que estaba distraída y fue hasta que escuchó el estruendo y vio “chispas” cuando volteó hacia donde estaba su marido, al momento se percató que caía hacia delante, a la cama, con la cara sangrando.

*A pesar de que los personajes, el escenario y el final de esta situación sean los mismos al escuchar el relato que hace la esposa ante la psicóloga y lo publicado en el periódico, da la impresión de que la trama es distinta. Cuando la esposa se encuentra en la entrevista con la psicóloga, menciona que su esposo se encontraba desempleado, también que los hechos transcurrieron en medio de una fuerte discusión y un jaloneo donde es agredida por su esposo; ante lo cual ella reacciona recordándole la promesa empeñada por el Profesionista, de nunca volverla a tocar, la respuesta de él fue darse un tiro en la cabeza.*

De inmediato salió a buscar ayuda. Con policías municipales retornó al inmueble instantes después; éstos confirmaron la muerte del profesionista y dieron parte a las autoridades ministeriales.

Personal de la primera agencia del Ministerio Público estuvo tomando conocimiento, junto con peritos en criminalística de la PGJ, en tanto se iniciaba una averiguación previa por lo ocurrido.

*La esposa menciona a la psicóloga que, efectivamente, salió de inmediato de su casa, pero no precisamente para pedir ayuda, sino para hacer tres llamadas, primero a su trabajo, después para cancelar el contrato de arrendamiento y, por último, para avisar a su padre de lo ocurrido. Además, según su propio relato en la primera entrevista con la psicóloga, quien da aviso a las autoridades no es ella, sino su padre.*

¿Por qué la esposa declara lo ocurrido de manera distinta cuando se encuentra frente a las autoridades y cuando se encuentra frente a la psicóloga? Interrogante que queda abierta,



ya que el objetivo aquí consiste únicamente en subrayar algunas diferencias entre la declaración que aparece en el periódico y el discurso de la esposa en la entrevista con la psicóloga.

No se está en condiciones de aventurar hipótesis acerca del motivo o los motivos que orillaron a este hombre al suicidio, recordemos que el tema principal de este trabajo es la relación que existe entre la psicosis alucinatoria de deseo y el duelo pesaroso.

Así, mencionar lo ocurrido, obedece a que efectivamente se trata de un hecho trágico de fatales consecuencias, un encuentro violento e inesperado con el rostro de la muerte de un ser querido, lo cual favorece un incremento en la intensidad de la renuencia y como ya se ha mencionado, esta intensidad de la renuencia resulta un elemento clave porque constituye la condición de posibilidad para la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo, la cual se encuentra en función de la manera en que se enfrente la realidad de la muerte de un ser querido.

Sin embargo, dicho encuentro con la muerte de un semejante no necesariamente tendría que ser estrepitoso o sangriento, también puede ocurrir el caso de que ese encuentro fuera silencioso, más callado, casi imperceptible, aunque no por ello deje de ser violento, siniestro e inesperado. De esta manera, es posible ubicar el encuentro que una pequeña de escasos seis, años narra mientras es atendida psicológicamente, el cual se presenta a continuación.

### **3.5 Estrella, un encuentro silencioso**

Esta es la historia de Estrella, el modo en que identificamos a esta pequeña con el propósito de guardar discreción respecto a sus datos personales, quien, a petición de su madre, fue atendida psicológicamente.

La madre de Estrella acude a solicitar atención psicológica para su hija de escasos seis años, en el mes de Julio de 2008. Aduce las siguientes razones:

“Es una niña muy enojona, come mucho y habla poco”.

Su madre, está muy preocupada porque Estrella recientemente le ha dicho algunas cosas que no le parecen, además se ha vuelto muy grosera. La madre de Estrella no quiere que su hija suba de peso, ya que come demasiado.

Otra de las causas es que recientemente Estrella se orina en la cama por las noches.

Además, su madre, tampoco quiere recibir quejas de su hija en el colegio, donde pronto iniciaran las clases.

La madre de Estrella manifiesta sentirse muy mal por las medidas que ha tenido que tomar con su hija y que, además, no le han funcionado.

Algunas veces, cuando Estrella dice groserías, le ha pegado en la cara y para evitar que coma demasiado ha tenido que cerrar la cocina con un candado que solamente abre cuando es hora de comer; de lo contrario, su hija, entra y come lo que encuentra.

La madre de Estrella, dice estar apenada porque su hija últimamente se orina en la cama; es algo que le disgusta demasiado, tanto que un día le dijo:

“¡Estrella, si te sigues orinando en la cama, la vagina se te va a engusar!”

Pero, según la mamá, lo que más le preocupa son las groserías que Estrella le dice:

“Mamá, un día te voy a matar con un cuchillo”.

Esto último que dice Estrella, es lo que mueve a su madre para pedir ayuda psicológica para su hija.

Después de esta primera entrevista con la madre de Estrella dio inicio el tratamiento de la niña, que se describe a continuación, junto con algunos fragmentos del discurso de la pequeña.

El tratamiento de Estrella inicia en las vacaciones de verano del 2008. La niña acude puntualmente y acompañada por su madre. Las primeras dos o tres veces que se presentó

no quería entrar, pasados algunos minutos en que su madre la convencía, después de algunas semanas, Estrella entraba de manera voluntaria.

Estrella, es una niña alta y robusta; a pesar de sus escasos seis años, al salir del preescolar ya empezaba a deletrear y escribir algunas palabras.

Al iniciar el tratamiento, Estrella era un tanto callada, reservada y mostraba falta de interés hacia los juguetes.

Sin embargo, pasado algún tiempo tomó una rutina: al llegar depositaba en una mesa la bolsa o la sombrilla que invariablemente traía, para después cruzar su pierna y empezar a hablar. Su actitud daba la impresión de estar ante una persona adulta, una dama, no ante una niña. Sus movimientos, expresiones y arreglo personal, hacían pensar lo anterior.

Era sorprendente la claridad y fluidez de Estrella para expresar algunas cosas, mientras hablaba de su familia.

Una ocasión dijo que había soñado con el diablo, pero que eso no le daba miedo; es más, ella no le tenía miedo a nada, ni siquiera a la señora que decía su mamá.

Entonces empezó a hablar de algo que su mamá le decía a veces: que al final de la calle donde ellas viven, también vive una señora viejita que siempre sale a la calle y trae una bolsa de mandado donde guarda un cuchillo y con ese cuchillo mata a la gente que la molesta; esa viejita tampoco le daba miedo.

Tiempo después, Estrella empezó a llevar sus propios juguetes; primero una muñeca, después algunas estampas de personajes de caricaturas.

Le gustaba jugar gato y al teléfono. Jugaba con su mano a que llamaba por teléfono y empezaba a decir algunas cosas como, cuánto le gustaba la comida, lo que más le gustaba eran los plátanos y las guayabas, pero ahora sólo tenía su teléfono para hablar y, en lugar de comer, ocupaba sus manos para hablar. Colocando sus dos manos abiertas, dijo que una mano era para marcar y la otra era el teléfono para hablar.

Cuando no tenía el teléfono... en una mano tenía un taco y en otra un plátano y se los comía.

Cuando inició el curso escolar, Estrella empezó a hablar de sus compañeros del colegio; le llamaba la atención el nombre de una niña de su salón, le daba risa cada que la mencionaba porque se llamaba “Azul” y decía que ese era un color, no un nombre.

Mientras transcurría el tratamiento, Estrella hablaba de diversos temas, de su familia, de su colegio, de los juegos con su mascota. Sin embargo, en algunas sesiones se mostraba un tanto ansiosa, se levantaba del sillón y miraba por la ventana, hasta que en una ocasión dijo estar preocupada por sus hermanos, Karla y Juan.

Estrella manifestó su interés en llevarlos algún día a su “terapia”, porque con ellos juega, y se divierte mucho; menciona lo bien que se la pasa jugando y platicando con sus dos hermanos que, según dice, son mayores que ella.

Estrella decía que su hermano Juan la cargaba en sus hombros y corría por la calle hasta llegar a su casa.

Según Estrella, a sus hermanos les gusta también la comida, jugar en la calle y además van al mismo colegio, pero ellos están en otro grado porque son mayores que ella.

Karla y Juan están presentes cuando Estrella juega, come y hace sus tareas: son sus compañeros de juegos, de colegio, comparten los mismos gustos y hasta pretende que compartan con ella los momentos que está en la “terapia”, como ella le llama.

Estrella también habla constantemente de sus primas y primos; ellos viven en la casa de sus abuelos maternos, donde ella permanecía largos periodos de tiempo.

Menciona lo mal que se lleva con a su prima Wendy, pero de todas manera juega con ella, igual que con sus demás primos, quienes son aproximadamente de su misma edad.

En una ocasión, Estrella recordó la vez en que su abuelo le enseñó a sus hermanitos: “son pequeñitos y están en dos frasquitos con alcohol.”

Estrella cuenta que un día mientras estaba en la recámara de su abuelo, él únicamente le dijo: “mira, ellos son tus hermanitos.” Y, sin haber dicho alguna otra cosa, ella salió de la recámara.

En entrevistas posteriores la madre ha manifestado que Estrella es hija única en el matrimonio que tiene con su esposo. Pero, efectivamente, antes que naciera Estrella, ella estuvo embarazada.

La madre de Estrella afirma que en ese primer embarazo iba a tener gemelos, pero el embarazo no se logró; supone que las causas del aborto fueron: primero, que la calle donde vive está de subida y diario tenía que caminar, subir y bajar esa calle, segundo, porque su esposo no le cumplía los antojos que le daban mientras estaba embarazada. Las cosas que más se le antojaban eran las nieves, el yogurt, los tacos y sólo a veces las fresas con crema.

El tratamiento con Estrella se llevó a cabo, aproximadamente de julio de 2008 a febrero de 2009. Después, su madre se presentó y dijo que a su esposo lo habían asaltado mientras realizaba algunas diligencias en el banco, que, por el momento, pasaban por dificultades económicas y entonces durante algún tiempo no le era posible seguir llevando a su hija.

Después de ésta última ocasión, ellas no volvieron a presentarse. Sin embargo, quedan las palabras de Estrella y las inquietudes que durante algunos meses ella expresó en el tratamiento, mismas que ahora me permito analizar.

Algunas inquietudes y temores de Estrella representan verdaderos cuestionamientos al ejercicio de la psicología clínica, pero sobre todo su caso se trata de un encuentro, aunque silencioso no menos violento e inexplicable, con esos pequeños cuerpos sin forma que su abuelo le presenta como sus hermanitos y de la incidencia que este acontecimiento tiene en la vida de Estrella, según su madre la presenta como una niña enojona, que come mucho y habla poco.

No es sólo la transformación en el carácter y en la manera de ser de Estrella lo que llama la atención en este asunto, sino el discurso mismo de la niña, ya que da la pauta para abrir las siguientes interrogantes: ¿se trata de ciertos trazos delirantes e incluso alucinatorios?, ¿es posible que estemos ante la emergencia de una psicosis alucinatoria de deseo?

Una de las primeras inquietudes de Estrella fue saber qué hacía yo, con las palabras que ella decía.

“¿En qué se convierten las palabras?”

Preguntó Estrella recién iniciado el tratamiento.

Un día, al llegar, Estrella esperó unos minutos sin emitir sonido alguno, continuó así un momento, después se asomó por la puerta y dijo:

“¡ah, ya se fue!, entonces ya puedo hablar”

Se había asomado para cerciorarse de que su mamá no estuviera escuchando tras la puerta, porque no le gustaba que su mamá escuchara y supiera lo que decía en su tratamiento.

Le aseguré que su mamá no se enteraría de aquello que dijera en ese lugar. Entonces Estrella preguntó:

“¿Tú, qué haces con las palabras que te digo?”

Le contesté:

que tenía un lugar donde esas palabras se guardaban y, pasado un tiempo, se convertirán en otra cosa.

Ella agregó:

“¿en qué se convierten las palabras?”

ah, ya sé

¡en mariposas! sí y después se van volando”.

Un día, Estrella miró entre los juguetes un pequeño cofrecito, lo abrió y dijo que ahí también podía guardar algunas cosas que fuera diciendo.

Hasta que ese temor porque su mamá supiera qué decía fue desapareciendo en Estrella.

Al momento de escribir esta viñeta, está presente la inquietud respecto a la pertinencia de darla a conocer o conservar esas palabras, gestos, actitudes, sonrisas, juegos, cuentos, ilusiones, canciones, sueños y todo aquello presente en el tratamiento de Estrella, cosas que quizá con palabras no sea posible expresar del todo.

O bien, es que efectivamente las palabras de la pequeña Estrella ahora se convierten en otra cosa: en un escrito. El hecho de haber tenido la oportunidad de conocerla y atenderla, reafirma el deseo de escribir esta tesis acerca de la psicosis alucinatoria de deseo en su relación con el duelo pesaroso. Cabe mencionar que ese es el deseo, y no el de divulgar o revelar lo dicho por un paciente.

También vale la pena mencionar nuevamente que, el propósito fundamental de este trabajo consiste en escribir acerca de la psicosis alucinatoria de deseo en su relación con el duelo pesaroso, y como efectivamente es posible percatarse, las narraciones de la esposa y de Estrella, aportan elementos que permiten ilustrar dicha relación teórica.

Recordemos que lo referido por Freud (1915) en el texto *Duelo y melancolía* acerca de la psicosis alucinatoria de deseo es muy breve, a diferencia de la abundante escritura en sus grandes casos paradigmáticos, como *El hombre de los lobos*, *Dora* o *El pequeño Hans*, por mencionar sólo algunos donde ha quedado ilustrado el trabajo teórico que en aquel momento ocupaba al autor del psicoanálisis. Ahora, al leer, estudiar o referirnos a ellos, de inmediato la idea se remite a todo aquello que el caso entrama.

Tras este importante legado que representa la escritura de casos emblemáticos del psicoanálisis, este ejercicio también se ha convertido en una tradición en el ámbito psicoanalítico, permitiendo así la transmisión de un saber, la investigación teórica y la continuidad y vigencia de una disciplina. A pesar de las vicisitudes, complicaciones y cuestionamientos que implica escribir acerca de la experiencia clínica con un paciente, existe la posibilidad de transformar en algo más, las palabras depositadas en algún momento de la experiencia clínica con el paciente.

### **3.6 Pasando el límite de lo imposible**

En virtud de la brevedad con que Freud menciona la psicosis alucinatoria de deseo y en ausencia de algún trazo clínico que permita ilustrar el entramado conceptual presente en dicha entidad, a continuación se presentan algunos elementos encontrados en los discursos, tanto de la esposa como de la pequeña Estrella; rasgos que permiten suponer y cuestionar la posible emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo.

Sin embargo, antes de continuar, es necesario aclarar y estar advertidos de que no se trata de una relación unívoca entre el entramado teórico y ciertos trazos clínicos; sería un desacierto tratar de embonar la teoría con el caso y viceversa, del mismo modo en que resultaría drástico y aventurado abordar estas viñetas en términos de un diagnóstico. El motivo de tomar las viñetas o fragmentos anteriormente citados tiene que ver con los elementos que aportan, los cuales permiten ilustrar aspectos teóricos respecto a la relación entre psicosis alucinatoria de deseo y duelo pesaroso; además, gracias a ellos es posible avanzar en la investigación acerca de dicha relación.

Aunque los elementos que se cuentan en las dos viñetas anteriores no sean abundantes, tampoco son en modo alguno desdeñables, ya que permiten avanzar en el conocimiento teórico y clínico del duelo pesaroso y la psicosis alucinatoria de deseo. Sin embargo, resulta atrevido suponer que con ellos sea posible diagnosticar o determinar una patología, aunque se abre paso a una interrogante: ¿en estas dos primeras viñetas, estamos ante la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo?

Un elemento clave dentro del entramado que relaciona la psicosis alucinatoria de deseo con el duelo pesaroso es, como ya se ha mencionado, la renuencia, de manera específica, la intensidad de la renuencia, la cual genera las condiciones de posibilidad para la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo. Como hemos revisado, Freud afirma que una comprensible renuencia es la reacción inmediata y universal que se observa en el hombre ante la muerte de un semejante, específicamente de una persona amada, renuencia que, precisamente por ser atemperada no impide la manifestación del estado de duelo, permitiendo también que el trabajo de duelo logre su objetivo.

Sin embargo, en el fragmento del discurso expresado por La esposa, no se ubica dicha reacción, ya que, según ella refiere, al caer el cuerpo sin vida de su esposo, sus palabras textuales fueron: “qué hiciste pendejo” y, mirando las condiciones en que se encontraba la habitación, llena de sangre, cabellos y masa encefálica, su expresión inmediata fue:



“muerto el perro se acabó la rabia”; momento en el que de inmediato salió de su casa para llamar, primero a su trabajo, después a la inmobiliaria y por último a su padre.

En este caso, aquello que se presenta de manera inmediata no es en grado alguno la renuencia. Por el contrario, aquello que se presenta es una cabal aceptación, al menos eso indica el proceder de la esposa con los actos que realizó inmediatamente después de la muerte del profesionista.

Por lo tanto, es posible decir que aquí, la renuencia se presenta de manera intensa, pero no de inmediato, sino posteriormente, cuando La esposa repite incansablemente que su esposo ha muerto. Pero, no basta con repetirlo una y otra vez, ya que el profesionista continúa en la calle y en su casa, buscándola y observándola.

Es decir que, para La esposa, el profesionista continúa viviendo; incluso la manera en que lo describe es precisamente con la ropa que vestía el día en que se quitara la vida. Para ella, El profesionista anda en la calle, habla con personas cercanas a su domicilio, la observa y la busca porque quiere hablar con ella. Lo cual indica que ¡él vive para ella!, ya que todo lo que hace es para su esposa; la retención del objeto es la manera de pasar el límite de lo imposible y hacerlo, posible.

En 1915, Freud indica que cuando la renuencia alcanza un grado de intensidad mayor se produce un extrañamiento de la realidad y, en consecuencia, la retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo; mientras tanto, el objeto perdido continúa en lo psíquico. Entonces, retener aún con vida al objeto amado permite sortear el imposible de su muerte.

Pero resulta un error suponer que sólo se trata de una realidad interior o una fantasía de la esposa: para ella, la existencia del profesionista es real, tanto que habla de ello y busca que alguien le escuche.

La intensidad de la renuencia o rebeldía para acatar el mandato que el examen de realidad impone, produce el extrañamiento de la realidad; es decir que la relación con la realidad ha cambiado.

La realidad exterior ha sido desgarrada ante el súbito e intempestivo encuentro con la muerte de un ser querido, lo cual produce un cambio en la relación que hasta entonces se tenía, precisamente con la realidad.

El discurso de Estrella también permite observar un cambio en la relación con la realidad, a partir del momento en que su abuelo le muestra los fetos de sus hermanitos muertos y conservados en frascos con alcohol. A partir de entonces, Estrella otorga a sus hermanos un nombre, edad, juegos, grado escolar, gustos, es decir una identidad. En efecto, es una identidad, misma que se encuentra en estrecha relación con su entramado vital, con sus actividades cotidianas, es decir con su propia vida.

Tanto con la esposa como con Estrella, ante ese súbito encuentro, grotesco y ominoso, con la realidad de la muerte de un semejante, de un ser querido, se ha operado un cambio en la relación con la realidad manteniendo vivos fuertes lazos libidinales con aquellos seres queridos que permanecen con vida en la trama de sus vivencias cotidianas.

En cuanto al relato de Estrella, no resulta del todo atinado llamar a sus hermanos como “seres queridos”, ya que ella no tenía la menor idea de su existencia.

Sin embargo, a partir del momento en que Estrella se encuentra con esos pequeños cuerpos sin forma y capturados en frascos que, según su abuelo, son sus “hermanitos”, a partir de entonces, Karla y Juan se convirtieron en seres queridos para ella y después, cuando Estrella los hizo propios, organizó su vida en función de sus hermanos.

Al revisar ambos relatos, es posible percatarse de las manifestaciones de la psicosis alucinatoria de deseo, ubicando principalmente la manera en que ambas arman una historia o, mejor dicho, arman su propia historia en función del deseo de que sus seres queridos

vivan con ellas y para ellas. Todo lo anterior, a partir de ese súbito y ominoso encuentro con la muerte de un ser querido.

Efectivamente, se encuentra que un hecho real y objetivo, aunque no cualquier acontecimiento, se trata de un acontecimiento vital como lo es la muerte, ocurre y con ello desgarrar la realidad o la forma en que hasta entonces ellas concebían la realidad objetiva de sus vidas. Ante este escenario y según el modelo sugerido por Freud (1915) en *Duelo y melancolía*, se esperaría la aparición de una comprensible renuencia, una renuencia atemperada. Sin embargo, en las viñetas anteriormente citadas, esa comprensible renuencia no aparece; en su lugar se presenta de manera inmediata la aceptación, la esposa actuó en consecuencia a la muerte de su esposo El profesionalista, incluso sus palabras denotan, además de cierto desprecio, la aceptación inmediata de la muerte cuando expresa “muerto el perro se acabó la rabia”.

Algo muy similar ocurre con Estrella, ya que ella no mostró objeción o pregunta alguna ante la afirmación de su abuelo, al momento de mostrarle los frascos. Después, cuando Estrella habla de sus hermanos Karla y Juan no menciona alguna relación entre los fetos sin vida de los frascos y sus ahora hermanos Karla y Juan. Sin embargo, ellos surgen posteriormente y como consecuencia de ese siniestro encuentro.

En cuanto a Estrella, la renuencia intensa por acatar el mandato que impone el examen de realidad se presenta posteriormente, no de inmediato cuando su abuelo le muestra los frascos, sino hasta que esos hermanitos cobran vida y, poco a poco, ella les otorga una identidad, misma que se encuentra en relación a la realidad de su propia vida.

Tanto el discurso de la esposa como el de Estrella dan cuenta de que esos seres queridos para ellas, aunque han muerto, permanecen en el entramado cotidiano de sus vidas, lo cual permite suponer la retención del objeto amado, y abrir una interrogante: ¿estas manifestaciones obedecen a la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo?

Antes de finalizar, cabe mencionar que, puede darse el caso de un encuentro con ese rostro de la muerte de un ser querido y cercano como puede ser un esposo, un padre o unos hermanos, bajo las circunstancias ya mencionadas en las dos viñetas anteriores, es decir, un súbito e inesperado encuentro con el rostro de la muerte de un ser querido. Pero no siempre aparece la psicosis alucinatoria de deseo y es precisamente esa renuencia atemperada la que permite las manifestaciones del estado de duelo pesaroso, como podría ser el llanto, gritar y compartir esos doloroso momentos con los otros, con familiares, amigos y personas cercanas o simplemente con vecinos y conocidos.

Además, es importante que haya cabida para la dimensión simbólica de los ritos funerarios y las ceremonias que en cada contexto se acostumbren, como por ejemplo las flores, las ceremonias religiosas o el redoble de campanas, es decir que esa muerte quede dentro del entramado social del lenguaje y de la cultura, que esa muerte, aun cuando se haya presentado de manera súbita e inesperada, exista la posibilidad de quedar inscrita en lo simbólico, que ese momento tan doloroso sea compartido y vivido efectivamente, con todo lo desgarrador que eso pueda llegar a presentarse.

Como lo menciona Freud (1915) en *Duelo y melancolía*, aun cuando el estado de duelo pesaroso implique una serie de trastornos, como una desazón profundamente dolida, la cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar y la inhibición de toda productividad, aun así, no es posible considerarlo como patológico.

A lo anterior se agrega que, tanto el estado de duelo pesaroso como el trabajo de duelo, representan o llevan implícito un efecto de alivio, pues impiden que el objeto perdido quede capturado o retenido en lo psíquico y vivir en consecuencia, es decir, como si no hubiera muerto, vivir alucinando la vida de ese objeto amado, alterando la relación con la realidad.

Cabe mencionar que, ante la muerte de un ser querido y muy cercano, la vida cambia: todo aquél que haya vivido la pérdida de un ser querido tal vez conozca ese sentimiento: la vida cambia con la muerte de un ser querido y cercano. En efecto, la vida no puede permanecer como era antes, no se puede vivir como si aquella persona que ha muerto

siguiera viviendo, a menos que se busque vivir refugiado en la psicosis y retener al objeto perdido mediante la psicosis alucinatoria de deseo.

### **3.7 Dos ejemplos que vienen al caso**

Dos ejemplos a modo de ilustración, uno que corresponde a la literatura y otro que corresponde a una producción cinematográfica: en ambos la trama principal está relacionada con la muerte de un ser querido. Si bien las dos viñetas relatadas al inicio de este capítulo corresponden al trabajo clínico, estos dos últimos ejemplos, por formar parte de la cultura contemporánea son de fácil acceso y permiten ilustrar precisamente el tema que ocupa los empeños de este trabajo, por tanto se considera que vienen al caso.

Entre las diferentes formas de vivir o enfrentar la muerte de un semejante, una de ellas, considerada por Freud (1915) como una forma de reaccionar, es el duelo pesaroso. Sin embargo, la modernidad, marcada por una cultura que evita el dolor y que a cualquier precio pretende mostrar la mejor cara, resulta también un factor que inhibe el dolor, el pesar y sus manifestaciones con frases que resultan una verdadera imposición: “No llores” o “La vida sigue”; se resta importancia a los efectos que la muerte de otro ejerce sobre el sujeto, apresurando, incluso omitiendo, la dimensión simbólica de los ritos y ceremonias ante la muerte de un ser querido.

De la maravillosa narrativa del escritor Japonés Kenzaburo Oè (1995) en la trilogía de cuentos *Dinos cómo sobrevivir a nuestra locura*, se toma el segundo relato, *Agüí, el monstruo del cielo*, del cual se presenta una lectura, no completa pero sí un tanto extensa y apegada al texto, siguiendo la secuencia del cuento y tomando algunos fragmentos que hablan de la singularidad con que se vive la ausencia, la pérdida irreparable, es decir, la muerte de un ser querido.

Es posible que aquí se encuentren ciertas similitudes con lo ocurrido a la pequeña Estrella, ya que se trata de seres que viven de una manera muy particular en quienes hablan de ellos; seres que, a partir de su muerte, toman vida de manera muy peculiar en el decir de

aquellos que han experimentado la muerte de un ser querido. Pero, ¿de qué se trata en estas dos circunstancias, de seres queridos o de seres por querer, donde hay toda una vida por construir para entonces poderlos recordar?

*Agüí, el monstruo del cielo*

El narrador, hombre de 28 años, rememora una historia ocurrida diez años atrás: esta historia le volvió de repente a la memoria, precisamente a raíz del brutal accidente sobrevenido en su ojo derecho.

La historia que me he propuesto contar se refiere a lo que me sucedió cuando, por primera vez en mi vida, trabajé para ganar algún dinero. Buscaba trabajo a través de amigos y conocidos. Fue así como un banquero me ofreció un empleo. “Es que últimamente mi hijo se siente poseído por un monstruo. Ha abandonado su trabajo y se ha recluso en su casa. Me gustaría que saliera a la calle de vez en cuando, pero por descontado necesita que alguien le acompañe. ¿Podrías encargarte tú?”

Tenía bastantes referencias del hijo del banquero. D. era un joven compositor de vanguardia que había sido galardonado con varios premios en Francia y en Italia, sabía que él había perdido un hijo recién nacido, que por ese motivo se divorció de su mujer, que se rumoreaba que ahora tenía relaciones con una actriz de cine, y algunas otras cosas. Sin embargo, ignoraba que estuviese obsesionado por la presencia de un monstruo semejante al conejo de la película de James Stewart, y que hubiera abandonado su trabajo y permaneciera recluso en su casa

“Cuando habla usted de que alguien le acompañe en sus salidas, ¿qué quiere decir, exactamente?”

“Si mi hijo tiene ganas de ir a dar una vuelta por Tokio, tú vas con él; eso es todo.”

“Me gusta la música y siento el mayor respeto por los músicos. Será un placer para mí acompañar al señor D. y conversar con él.”

“Al parecer, sólo piensa en lo que le tiene obsesionado, y, desde luego, no habla de otra cosa.”

“Solo quiero una cosa: que durante estas salidas por la ciudad, no haga tonterías y no provoque ningún escándalo; de modo que procura estar ojo avizor, nada más.”

Sea como fuere, al día siguiente, después de mis clases, tomé el tren para dirigirme al barrio residencial, en las afueras de la ciudad, donde se hallaba la mansión del banquero.

“Mi padre ya me ha hablado de ti. Entra, por favor, si puedes” –me dijo con una voz bella y melódica, perfectamente equilibrada.

“Y ¿Cuándo tengo que empezar? –pregunté.

“Si te parece bien, ahora mismo.”

Ya en la acera, mi patrón echó una rápida ojeada a la calle desierta de la zona residencial y las hileras de mansiones que había en ella, abriendo al máximo sus grandes párpados hundidos, azules como los de una mujer cansada.

Parpadeando violentamente, contempló el cielo despejado de aquel día de finales de otoño.

Dejó de contemplar el cielo al percibir mi mirada extrañada y, con naturalidad, aunque con una severidad que no admitía objeciones, me dijo:

“Cuando el cielo está despejado, se distinguen perfectamente las cosas que flotan en él. *Él* está entre ellas, y a menudo, cuando voy a alguna parte baja de allí y vienen a mi lado.

Sé perfectamente que no puedes ver esas cosas que flotan y no te darías cuenta de lo que ocurriría aun en el caso de que *Él* bajara y estuviera a mi lado. Me contento con que no des muestras de sorpresa ni te extrañes cuando *Él* baje a mi lado y yo le hable.

Intento hacerle ver que Tokio es como un paraíso, ¿sabes? Aunque te parezca un paraíso un tanto raro y enloquecido, te pido que te contengas y lo consideres como una especie de parodia ridícula, y que lo ratifiques cuando *Èl* esté aquí a mi lado.”

“¿Cómo sabré si ha descendido y se encuentra a su lado?”

Sólo tienes que observarme. *Èl* sólo viene cuando estoy al aire libre.”

No obstante, había algo que llamaba la atención; D. no hizo caso de los saludos que le dirigía la gente con que nos cruzamos hasta llegar a la estación e ignoró cualquier intento de acercamiento por parte de otras personas, como si él no existiera, como si fuera un simple espejismo.

Me dio un billete de mil yens y me pidió que comprara dos tickets.

Cuando hice el ademán de darle el suyo, no lo quiso y, mientras yo picaba los billetes, se escurrió por la portezuela de control como si fuera el hombre invisible. Durante el trayecto siguió comportándose como si no existiera para los demás.

Ha de quedar bien claro que yo no creía, ni mucho menos, en la existencia de aquel monstruo; simplemente, me pagaban por hacer un trabajo y procuraba no dejar escapar el momento en que mi patrón fuera, de nuevo, poseído por su obsesión.

De pronto vi (claramente, a juzgar por el comportamiento de D.) que alguien visitaba al compositor.

Justo en ese momento, me di cuenta de que D., al que suponía a mi lado, había retrocedido unos pasos y pasaba su brazo alrededor de los hombros de un ser invisible, de una estatura más o menos como la suya, que estaba de pie a su derecha.

Como si se despidiera de su amigo, dejó caer su brazo. D se acercó y me dijo:

“¡Bien!, tomemos un taxi y volvamos a casa, por hoy hemos terminado; *Èl* ha bajado y tú debes estar cansado, ¿verdad?”



Le exigí (a la enfermera), en tono amenazador, que me pusiera al corriente del estado mental de nuestro común patrón.

La enfermera se negó, irritada, pero al final cedió.

“Según dice, es un bebé enorme vestido con una camiseta blanca de algodón, muy gordo, grande como un canguro...que baja del cielo. Dice que esa criatura monstruosa tiene un miedo terrible de los perros y la policía. Y que se llama Agüí.”

A la semana siguiente, cuando volví a buscar al compositor, me miró con aquellos transparentes ojos de color castaño oscuro y dijo:

“Parece que abordaste a la enfermera cuando salía y le preguntaste sobre mi visitante del cielo. Tomas muy en serio tu trabajo.”

Ese día cogimos la misma línea de tren que la vez anterior, pero en dirección contraria. Al cabo de media hora de trayecto, poco más o menos, llegamos a un parque de atracciones en las afueras. Afortunadamente para mí, cuando el bebé del tamaño de un canguro bajó del cielo, D. iba montado solo en una de las cabinas de la noria. Desde el banco donde le esperaba sentado, le vi conversar con un pasajero imaginario.

Además de éste, ocurrió otro incidente que me impresionó.

Cuando nos disponíamos a abandonar el parque de atracciones, D. pisó sin querer el cemento fresco que acababan de poner en el pequeño autódromo infantil, en el que se dejó su huella. Aquello le irritó terriblemente y, con una rara obstinación, se negó a abandonar el lugar hasta que hablé con el albañil que llevaba a cabo la obra y me cercioré de que hacía desaparecer aquella huella.

De vuelta en el tren, sin duda porque le remordía haberme hablado con rudeza, se disculpó de la siguiente manera:

“Es que actualmente, al menos en mi fuero interno, yo no vivo en esta esfera del tiempo.

Por eso, como no vivo en el tiempo presente, no puedo dejar ni el más mínimo rastro de mi paso.”

Un día, por primera vez desde que fui contratado, me indicó una dirección exacta como objetivo de nuestra salida. Era un edificio de apartamentos de alta categoría que parecía un hotel en el barrio de Dainkanyama. Una vez dentro, D. aguardó en la cafetería de la planta baja, mientras yo tomaba el ascensor para ir a recoger un paquete que ya me habían preparado. La persona que tenía que entregármelo era la mujer de la que D. se había divorciado, y que ahora vivía sola.

Me hacía preguntas sin parar, como en un interrogatorio.

“¿Todavía ve al fantasma?”

“Sí. Al parecer se trata de un bebé enorme, grande como un canguro, vestido con una camiseta de algodón de color blanco. Le llama Agüí. Me lo contó la enfermera. Por lo general, flota en el cielo y, de vez en cuando, desciende al lado del señor D.” –contesté animadamente.

“¿Agüí, dices? Debe de tratarse del fantasma del bebé que perdimos. ¿Sabes por qué lo ha bautizado así? Sencillamente, porque desde su nacimiento hasta que murió nuestro bebé no habló más que una vez, y lo único que dijo fue: <¡Agüí!> ¿No crees que llamar así al fantasma que cree ver es una cursilería por parte de D.?”

Al nacer, nuestro bebé tenía en la parte posterior del cráneo una protuberancia tal, que parecía que tuviera dos cabezas. El médico se equivocó en el diagnóstico, una hernia cerebral, según él. Cuando D. lo supo, para evitarnos una espantosa calamidad, y después de consultarlo con el médico, hizo matar al niño. Supongo que en lugar de leche, le dieron agua azucarada, haciendo oídos sordos a sus llantos. Hizo que mataran al bebé porque no quería que cargáramos con una criatura destinada a vivir como un vegetal, tal y como había anunciado el médico. ¡No hay egoísmo peor! La autopsia, sin embargo, reveló que se trataba de un tumor benigno. Fue un shock que desencadenó las visiones de D.

ya vez, le faltó valor para asumir plenamente su egoísmo y seguir viviendo como si tal cosa, y, al igual que no dejó vivir al bebé, se prohibió a sí mismo continuar su vida anterior. Sin embargo no se ha atrevido a suicidarse.”

Finalmente, deslizó una llave en el interior de un sobre comercial y me lo entregó.

Si el estado de D. era el que me había descrito su ex esposa, ¿quién me garantizaba que no se suicidaría, por ejemplo, tomando una dosis de cianuro que podría encontrarse en un cofre que abriría con la llave que yo le llevaba?

“La he visto, señor D. –Y, decidido de repente a mentirle, añadí,-: Me ha hecho muchas preguntas, pero no me ha dado nada.”

No la guardé más de una semana. De modo que metí la llave en un sobre sin remitente y lo envié por correo urgente a la dirección de D. Al día siguiente, cuando acudí a verle, no sin cierto temor, lo encontré en el jardín, delante del pabellón, quemando un montón de partituras escritas a mano; sus obras, sin duda. ¡Para eso quería la llave, para abrir el lugar donde estaban guardadas! Ese día no salimos. Le ayudé a quemar sus partituras.

De repente, D. empezó a hablar solo en voz muy baja, como en un susurro. ¡Su fantasma había descendido del cielo!

Aquel día, Agüí se quedó con mi patrón unos veinte minutos.

Desde entonces, cada vez que durante nuestros paseos mi patrón establecía contacto con el bebé fantasma, me mantuve a distancia, bien alejándome un poco de su lado, bien quedándome unos pasos atrás.

Nuestras excursiones por Tokio eran tan pacíficas, que resultaba difícil imaginar que D. pudiera protagonizar algún escándalo en la calle.

Mi patrón y yo íbamos a toda clase de lugares, fuimos a las salas de conciertos donde habían tocado sus obras y a las escuelas donde había estudiado, y también a los lugares donde se había divertido: bares, cines, piscinas cubiertas; pero una vez allí, volvíamos sobre nuestros pasos sin entrar.

No olvidaba las advertencias de la enfermera, y cada vez que encontrábamos agentes de policía o perros me ponía en tensión, pero esos encuentros jamás coincidieron con una aparición de Agüí.

Un día el compositor me pidió que hiciera un viaje en su lugar. Se trataba de ir a Kyoto para encontrarme con la actriz de cine, la que había sido amante de D. Después me hizo aprender de memoria un mensaje que debería repetirle: él ya no vivía en el presente; era como un viajero llegado de una máquina del tiempo desde un mundo diez mil años más antiguo que el nuestro; dadas las circunstancias, no le era posible, por ejemplo, escribir cartas, que dejarían un rastro de su nueva existencia.

Tenía que transmitirle el mensaje, que tenía el siguiente colofón:

“El señor D. le ruega que comprenda que, a pesar de su reciente divorcio, no puede cumplir la promesa de casarse con usted cuando lo consiguiera, porque ya no vive en el mismo tiempo que nosotros. Y ésta es la razón por la que me ha encargado que le diga que no volverá a verla nunca más.”

“¿De veras? ¿Mi querido D. ha dicho eso...?”

“¿Y qué ha sido del fantasma de D., ese bebé tan grande como un canguro, que se llama... Rugby...?”

“No, Agüí. Durante el tiempo que su hijo vivió, fue el único sonido que pronunció.

Y D. está convencido de que al pronunciarlo quería decir su nombre.” “¡Eso sí que es amor de padre! Si no hubiera ocurrido lo del bebé, después del divorcio se habría casado conmigo; eso era lo que teníamos planeado. El día en que nació estábamos juntos en la cama, en la habitación de un hotel; sonó el teléfono y supimos que las cosas habían ido mal. D. se levantó, se fue derecho al hospital y desde entonces no he vuelto a saber nada de él.”

Al parecer, la actriz estaba obsesionada por el bebé.

“¿No crees que es horrible morir sin haber hecho absolutamente nada mientras se ha vivido, sin tener ni un solo recuerdo?

La muerte me da un miedo terrible – siguió diciendo la actriz-, pienso en ella constantemente. ¿Sabes qué es lo que pienso? Que, después de la muerte del bebé, D. decidió no crear más recuerdos personales, como si él también estuviera muerto; por eso ha dejado de vivir positivamente en el tiempo actual. Y también que, si en toda clase de lugares, a lo largo y ancho de Tokio, llama a su bebé fantasma para hacerlo bajar a la tierra, es porque quiere proporcionarle todos los recuerdos posibles para que viva contento la eternidad.”

Caía ya el invierno. Una tarde salimos a pasear en bicicleta por los parajes próximos al barrio residencial donde vivía mi patrón y por los campos de cultivo de los alrededores.

D. me había alcanzado finalmente y pedaleaba detrás de mí, a un metro más o menos.

D. parecía un entrenador de maratón que pedaleara junto a un corredor aconsejándole o animándole apropiadamente. <¡Ah!>, me dije, <¡si se comporta así, es porque está seguro de que Agüí corre a su lado siguiendo a la bicicleta en su carrera desenfrenada!>”.

Cuando, tan repentinamente como sobreviene un chaparrón de verano, nos vimos, sin escapatoria alguna, amenazados por los aullidos de una trailla de perros doberman. Muerto de miedo, puse un pie en el suelo y observé el campo de hortalizas al otro lado de la alambrada. Con la cabeza a punto de estallar, medio paralizado por el veneno del terror, vi con claridad, durante una fracción de segundo, la catástrofe que se avecinaba. D. tendría la impresión de que Agüí iba a sufrir el ataque de lo que más temía en el mundo: los perros. Comprendiendo que no podía hacer nada por D. y Agüí, no opuse resistencia, y me dejé sumergir por las tinieblas del miedo.

Alguien me puso una mano sobre el hombro con una gentileza casi inverosímil. Me dio la impresión de que era Agüí; pero sabía que era la mano de D., que se

había hecho a un lado para que pasaran las infernales bestias sin dejarse llevar en absoluto por el pánico.

Después de esto D. y yo anduvimos en silencio, con la cabeza baja. Dejando caer nuestras bicicletas, nos echamos sobre la hierba. D., apoyado sobre un codo, inclinándose hacia mí, me hablaba del mundo de Agüí.

“¡Es el mundo que veo! El mundo donde percibo al bebé muerto.

Y si me preguntas qué son esos seres flotantes, deslumbrantes, de los que el cielo está lleno, te diré que son los seres que hemos perdido durante nuestra vida aquí abajo y que vemos balancearse en el cielo a cien metros por encima de nuestras cabezas, sutilmente luminosos similares a las amebas del microscopio. De vez en cuando descienden hasta nosotros, como nuestro Agüí.”

D. dijo <Nuestro> sin que yo protestara, lo que no significa, ni mucho menos, que aceptara esta manera de ver las cosas.

Finalmente, llegó el día en que terminaron mis relaciones con D. fue en Nochebuena. Andábamos hacia el puerto de Tokio cuando, al pasar por delante del Teatro Kabuki, D. levantó la mirada hacia el cielo oscuro, todavía lleno de nieve, y Agüí bajó a su lado. Como de costumbre, me mantuve unos pasos detrás de D. y su fantasma. Teníamos que atravesar un ancho cruce. Nada más bajar de la acera mi patrón y su fantasma, el semáforo cambió a verde para los vehículos y él se quedó inmóvil. Innumerables camiones, enormes como elefantes, repletos de encargos de fin de año, se pusieron en marcha. Entonces, de repente, D. lanzó un grito y, extendiendo sus manos como si quisiera socorrer a alguien, se precipitó en medio de los camiones, que inmediatamente lo arrollaron y lo derribaron al suelo. Yo presencié la escena con estupor. D. aún no estaba muerto pero tenía peor aspecto que si lo hubiera estado. Quiero decir que se estaba muriendo, escupiendo sangre y un líquido indescriptible, que parecía savia de árbol, en un rincón de la acera sucia y húmeda, sobre una fina capa de nieve. Al fin llegó la ambulancia. Cuando lo subieron a ella, D. estaba inconsciente. Sucio de barro y de sangre.

D seguía inconciente sobre la camilla inclinada, sangrando, muriéndose. Por fin llegamos al hospital. Y durante aquellas largas horas mi mente fue presa de una única idea torturadora: ¿habría tenido D. durante todo aquel tiempo la intención de suicidarse? Y, antes de hacerlo, ¿habría querido poner en orden sus asuntos con su ex esposa y su ex amante, así como sus partituras, y ver por última vez los lugares por los que sentía nostalgia contratándome como guía? ¿Me habría contado el cuento del bebé fantasma que flotaba en el aire para despistarme? En resumen, ¿no me habría contratado para facilitar su suicidio?

Muy entrada la noche, apareció el banquero en la puerta de la habitación y me llamó. D me miró desde el lecho, que tenía la parte superior un poco levantada. Me dirigí al moribundo para decirle:

“¿Me contrató únicamente para facilitar su suicidio? Y la historia de Agüí, ¿fue sólo un montaje? –Dicho esto, entre las lágrimas y los sollozos que me anudaban la garganta, dejé escapar, siendo yo el primer sorprendido, estas palabras-:

¡Pero si estaba a punto de creerla!”

Entonces una sutil sonrisa iluminó el rostro ennegrecido y arrugado de D., una sonrisa de burla o de amistosa complicidad.

El banquero me condujo fuera de la habitación. Al día siguiente, me enteré por los periódicos de que el compositor había muerto.

(Oé., K. 1995: 57-94)

Con estas palabras el narrador pone fin a la historia cuya evocación en el recuerdo le permite librarse del odio que torturaba su corazón y al que empezaba a sentirse encadenado.

En un breve fragmento para terminar el cuento, el narrador menciona el accidente que le causó daños irreversibles en el ojo derecho y causa de eso cuando estaba solo en su habitación usaba un parche negro de pirata.

Al parecer, mientras andaba por la calle, una pandilla de niños llenos de espanto empezaron a lanzarle piedras y recibió en pleno ojo derecho el impacto de un guijarro grueso como un puño.

El narrador de este cuento, personaje creado por Oé, menciona que:

Justo en ese momento tuve la sensación de que alzaba el vuelo hacia el cielo azul, todavía triste por la crudeza del invierno, un ser al que a partir de entonces añoraría siempre y que tal vez tuviera el tamaño de un canguro.

<¡Adiós, Agüí!>, exclamé en mi fuero interno, con gran sorpresa para mí.

(Oé., K.1995:95)

*Algunos señalamientos respecto al cuento:*

*AGÜÍ, EL MONSTRUO DEL CIELO*

El texto de este cuento da la impresión de estar ante dos historias: primero la historia de D., pero conforme el narrador se involucra y se interesa por los asuntos de su patrón, también se va apropiando y haciendo suya esta historia, lo cual va conformando su propia historia. Aunque al principio su único interés era hacer su trabajo de la mejor manera y, a pesar que en repetidas veces señala su incredulidad respecto al bebé fantasma, pretendiendo marcar distancia entre él y su patrón, conforme avanza la historia su papel va sufriendo varias transformaciones, pasando de un acompañante incrédulo hasta empezar a interesarse por los asuntos del señor D. El narrador acepta ser el primer sorprendido de sus propias palabras.

Conservando la secuencia del cuento, a continuación se presentan algunos señalamientos, intercalándolos de manera arbitraria y no exhaustiva entre los diálogos y utilizando diferente tipo de letra, distinguiéndolos así del texto que corresponde al cuento.

La historia que me he propuesto contar se refiere a lo que me sucedió cuando, por primera vez en mi vida, trabajé para ganar algún dinero. Buscaba trabajo a través de amigos y conocidos. Fue así como un banquero me ofreció un empleo.



*La historia del narrador, por cuestiones azarosas, se cruza con la historia del señor D.*

Es que últimamente mi hijo se siente poseído por un monstruo. Ha abandonado su trabajo y se ha recluso en su casa. Me gustaría que saliera a la calle de vez en cuando, pero por desdicha necesita que alguien le acompañe. ¿Podrías encargarte tú?

*Al principio del relato, parecería que el deseo de salir a la calle no era propio del señor D., sino de su padre el banquero. Al final de la historia, el narrador da a conocer que D. tenía tres hermanas, ¿por qué no lo acompañaban ellas?*

Tenía bastantes referencias del hijo del banquero. D. era un joven compositor de vanguardia que había sido galardonado con varios premios en Francia y en Italia, sabía que él había perdido un hijo recién nacido, que por ese motivo se divorció de su mujer, que se rumoreaba que ahora tenía relaciones con una actriz de cine, y algunas otras cosas. Sin embargo, ignoraba que estuviese obsesionado por la presencia de un monstruo semejante al conejo de la película de James Stewart, y que hubiera abandonado su trabajo y permaneciera recluso en su casa.

*Si bien el encuentro del narrador con D. fue algo fortuito, el narrador tenía cierto conocimiento de la vida personal del compositor y aceptó acompañarlo en sus salidas: podría no haber aceptado.*

Cuando habla usted de que alguien le acompañe en sus salidas, ¿qué quiere decir, exactamente?

Si mi hijo tiene ganas de ir a dar una vuelta por Tokio, tú vas con él; eso es todo.

*El banquero deja en total ambigüedad el papel del acompañante, únicamente se trataba de ir con su hijo.*

Me gusta la música y siento el mayor respeto por los músicos. Será un placer para mí acompañar al señor D. y conversar con él.

*Al parecer, el narrador se ve atraído por algunos aspectos de la vida del señor D. ¿Es esto lo que le mueve a aceptar convertirse en su acompañante?*

Al parecer, sólo piensa en lo que le tiene obsesionado, y, desde luego, no habla de otra cosa.

*Pero el banquero, no dice concretamente qué es lo que tiene obsesionado a su hijo.*

Sólo quiero una cosa: que durante estas salidas por la ciudad, no haga tonterías y no provoque ningún escándalo; de modo que procura estar ojo avizor, nada más.

*Según el banquero, el acompañante de su hijo ni siquiera tenía que escuchar o conversar, únicamente ir con él como un vigilante y evitar que D. provocara algún escándalo.*

Sea como fuere, al día siguiente, después de mis clases, tomé el tren para dirigirme al barrio residencial, en las afueras de la ciudad, donde se hallaba la mansión del banquero.

Mi padre ya me ha hablado de ti. Entra, por favor, si puedes –me dijo con una voz bella y melódica, perfectamente equilibrada.

*Aquí se da el primer encuentro entre el narrador y D. ¿No se conocían?, quizá únicamente sabían el uno del otro por un tercero: el banquero.*

Y, ¿cuándo tengo que empezar? –pregunté.

-Si te parece bien, ahora mismo.

Ya en la acera, mi patrón echó una rápida ojeada a la calle desierta de la zona residencial y las hileras de mansiones que había en ella, abriendo al máximo sus grandes párpados hundidos, azules como los de una mujer cansada.

*A medida que el cuento avanza, el narrador va dando muestras de una particular fascinación hacia el señor D.*

Parpadeando violentamente, contempló el cielo despejado de aquel día de finales de otoño.

Dejó de contemplar el cielo al percibir mi mirada extrañada y, con naturalidad, aunque con una severidad que no admitía objeciones, me dijo:

“Cuando el cielo está despejado, se distinguen perfectamente las cosas que flotan en él. *Él* está entre ellas, y a menudo, cuando voy a alguna parte baja de allí y viene a mi lado.”

*¿A esto se referían las palabras del banquero? Ese visitante bajado del cielo mantenía ocupados los pensamientos del señor D.*

*Es de llamar la atención que el señor D. lo nombre únicamente como *Él* y que no haga alguna relación con su hijo muerto, o que lo describa como más adelante lo describen los demás.*

Sé perfectamente que no puedes ver esas cosas que flotan y no te darías cuenta de lo que ocurría aun en el caso de que *Él* bajara y estuviera a mi lado. Me contento con que no des muestras de sorpresa ni te extrañes cuando *Él* baje a mi lado y yo le hable.

*El señor D. manifiesta expresamente no pretender que su acompañante mire lo mismo que él ve, es decir aquellas cosas que flotan en el cielo; únicamente le pedía que no mostrara sorpresa o extrañeza cuando D. hable con Él. ¿solamente le pedía que no lo juzgara?*

Intento hacerle ver que Tokio es como un paraíso, ¿sabes? Aunque te parezca un paraíso un tanto raro y enloquecido, te pido que te contengas y lo consideres como una especie de parodia ridícula, y que lo ratifiques cuando Èl esté aquí a mi lado.

*Intenta hacerle ver que Tokio es como un paraíso, entonces no se trataba solamente de que aquél personaje solitario y recluso en su casa paseara por la ciudad de Tokio, sino que D. tenía un propósito en esas salidas: mostrar a su visitante bajado del cielo la ciudad de Tokio y hacerla ver como un paraíso, pidiendo a su acompañante que lo ratificara cuando Èl se encuentre a su lado. Pedía un interlocutor entre Èl y D. un acompañante, que diera cuenta de las visitas y los paseos ¿ese era el escándalo que trataba de evitar el banquero? Que miraran a su hijo paseando por las calles de Tokio, hablando solo y actuando como si estuviera acompañado. ¿Es que el papel del acompañante marca una brecha entre quien vive y enfrenta la muerte de un ser querido y quedar atrapado en la locura? Un acompañante que no juzgue y que esté ahí presente.*

¿Cómo sabré si ha descendido y se encuentra a su lado?

Solo tienes que observarme. Èl sólo viene cuando estoy al aire libre.

No obstante había algo que llamaba la atención; D. no hizo caso de los saludos que le dirigía la gente con que nos cruzamos hasta llegar a la estación, e ignoró cualquier intento de acercamiento por parte de otras personas, como si él no existiera, como si fuera un simple espejismo.

*Es decir que el acompañante tendría que ir conociendo e interpretando las reacciones del señor D. para poder darse cuenta cuándo estaba al lado de Èl.*

*Al parecer, el acompañante tomó muy en serio su trabajo, pues no sólo terminó por saber cuando Él estaba con el señor D. sino también, cuando Agüí estaba a su lado, llegó a percibirlo, aunque desmintiera de inmediato y sólo lo dejara como una sensación.*

Me dio un billete de mil yens y me pidió que comprara dos tickets.

Cuando hice el ademán de darle el suyo, no lo quiso y mientras yo picaba los billetes, se escurrió por la portezuela de control como si fuera el hombre invisible. Durante el trayecto siguió comportándose como si no existiera para los demás.

*¿Por qué el señor D. ignoraba a la demás gente? Es que efectivamente sólo le interesaba aquello que lo mantenía obsesionado y el resto del mundo no le importaba, o esta indiferencia tenía relación con su idea de no estar viviendo positivamente en este tiempo: ¿esto precisamente forma parte de su obsesión o el asunto es muy simple y únicamente no podía mirar a los demás?*

Ha de quedar bien claro que yo no creía, ni mucho menos, en la existencia de aquel monstruo; simplemente, me pagaban por hacer un trabajo y procuraba no dejar escapar el momento en que mi patrón fuera, de nuevo, poseído por su obsesión.

*Aunque ser poseído, ya fuere por un fantasma, por un monstruo, o por una obsesión, no era un decir propio del Señor D: esta era la forma en que los otros nombraban aquello que le ocurría al Señor D. ya que él no lo mencionaba de ese modo, solamente lo ha referido como Él. Tampoco lo menciona como si fuera poseído sino como alguien que camina a su lado, a quien le muestra la ciudad como un paraíso.*

De pronto vi, (claramente, a juzgar por el comportamiento de D.) que alguien visitaba al compositor.

Justo en ese momento, me di cuenta de que D., al que suponía a mi lado, había retrocedido unos pasos y pasaba su brazo alrededor de los hombros de un ser

invisible, de una estatura más o menos como la suya, que estaba de pie a su derecha.

Como si se despidiera de su amigo, dejó caer su brazo. D se acercó y me dijo:

“¡Bien!, tomemos un taxi y volvamos a casa, por hoy hemos terminado; *Él* ha bajado y tú debes estar cansado, ¿verdad?”

Le exigí (a la enfermera), en tono amenazador, que me pusiera al corriente del estado mental de nuestro común patrón.

La enfermera se negó, irritada, pero al final cedió.

“Según dice, es un bebé enorme vestido con una camiseta blanca de algodón, muy gordo, grande como un canguro...que baja del cielo. Dice que esa criatura monstruosa tiene un miedo terrible de los perros y la policía. Y que se llama Agüí.”

*El supuesto es que la enfermera da cuenta de algo que ha dicho el señor D., pero a lo largo del cuento no se ubica ese supuesto decir y lo único que encontramos es el decir de los otros, que repiten el nombre de Agüí y lo describen como un bebé enorme vestido con una camiseta blanca de algodón, muy gordo y grande como un canguro.*

*Cabe señalar que son los otros quienes hacen la relación entre aquel ser bajado del cielo que visita al señor D. y Agüí: el señor D. no dice de manera expresa que ese a quien nombra *Él* sea el fantasma de su hijo muerto al nacer o un monstruo. Eso lo dicen los otros.*

*Lo anterior permite formular una pregunta: ¿quién o quiénes dicen que alguna narración es un delirio? ¿Es que, a caso, ha llegado alguna vez alguien tocando desesperado a las puertas del psicólogo pidiendo ayuda ¡porque tiene un delirio!? Pues el señor D., al parecer no se encontraba preocupado por el escándalo, o por la manera en que los otros se explicaran aquello que él estaba viviendo.*

A la semana siguiente, cuando volví a buscar al compositor, me miró con aquellos transparentes ojos de color castaño oscuro y dijo:

“Parece que abordaste a la enfermera cuando salía y le preguntaste sobre mi visitante del cielo. Tomas muy en serio tu trabajo.”

*Efectivamente tomaba muy en serio su trabajo: cuando interroga a la enfermera respecto al estado mental de D., es que el acompañante empezaba a interesarse por su patrón y por ese enorme bebé que bajaba del cielo. ¿Hasta qué punto es necesario estar interesado para poder involucrarse y realizar su trabajo? Quizá el papel de acompañante de alguien que enfrenta la muerte de un ser querido no es tarea sencilla y quién sabe si sea posible realizarla sin estar interesado y sentirse tocado por el tema de la muerte.*

Ese día cogimos la misma línea de tren que la vez anterior pero en dirección contraria. Al cabo de media hora de trayecto, poco más o menos, llegamos a un parque de atracciones en las afueras. Afortunadamente para mí, cuando el bebé del tamaño de un canguro bajó del cielo, D. iba montado sólo en una de las cabinas de la noria. Desde el banco donde le esperaba sentado, le vi conversar con un pasajero imaginario.

*Mientras el señor D. paseaba por las calles de Tokio, abrazaba a su visitante bajado del cielo, conversaba y se paseaba por un parque de diversiones; necesitaba de alguien que permaneciera ahí, mientras él estaba hablando con su visitante bajado del cielo.*

Además de éste, ocurrió otro incidente que me impresionó.

Cuando nos disponíamos a abandonar el parque de atracciones, D. pisó sin querer el cemento fresco que acababan de poner en el pequeño autódromo infantil, en el que se dejó su huella. Aquello le irritó terriblemente y, con una rara obstinación, se negó a abandonar el lugar hasta que hablé con el albañil que llevaba a cabo la obra y me cercioré de que hacía desaparecer aquella huella.

*Caminar sin dejar huellas de su paso por los lugares que recorría, esa era la consigna. Y cualquier indicio que mostrara su paso, no paraba hasta que fuera borrado. Sin embargo, borrar las huellas no significa que esas huellas no hayan estado ahí, lo único que quedaría serían unas huellas borradas. Pero, ¿dónde quedaron esas huellas? De ellas sabemos por el relato del narrador que acompañaba al señor D. A partir de ahí, esas huellas pasan a formar parte de los recuerdos del acompañante. Es que el afán de D. por no dejar huellas obedecía a que sabía que podía dejarlas a su paso. Parece contradictorio que se haya ocupado en no dejar huellas de sus pasos, pero las dejó en el recuerdo de su acompañante.*

De vuelta en el tren, sin duda porque le remordía haberme hablado con rudeza, se disculpó de la siguiente manera:

“Es que actualmente, al menos en mi fuero interno, yo no vivo en esta esfera del tiempo.”

*Según D. no vivía en el tiempo presente, pero precisamente en este tiempo es que había nacido su hijo, es que al no vivir en este tiempo no podía haber procreado a su hijo y, por lo tanto, al no existir D. en el tiempo presente tampoco existiría su hijo. ¿Era esa la huella que se afanaba en borrar?*

Por eso, como no vivo en el tiempo presente, no puedo dejar ni el más mínimo rastro de mi paso.

Un día, por primera vez desde que fui contratado, me indicó una dirección exacta como objetivo de nuestra salida. Era un edificio de apartamentos de alta categoría que parecía un hotel en el barrio de Dainkanyama. Una vez dentro, D. aguardó en la cafetería de la planta baja, mientras yo tomaba el ascensor para ir a recoger un paquete que ya me habían preparado. La persona que tenía que entregármelo era la mujer de la que D. se había divorciado, y que ahora vivía sola.

Me hacía preguntas sin parar, como en un interrogatorio.

“¿Todavía ve al fantasma?”



*Al parecer, cada quien lo nombra de diferente manera, su madre lo llama el fantasma. Precisamente es ella quien menciona que ese acompañante bajado del cielo corresponde al bebé que perdieron.*

“Sí. Al parecer se trata de un bebé enorme, grande como un canguro, vestido con una camiseta de algodón de color blanco. Le llama Agüí. Me lo contó la enfermera. Por lo general, flota en el cielo y, de vez en cuando, desciende al lado del señor D.” –contesté animadamente.

“¿Agüí, dices? Debe tratarse del fantasma del bebé que perdimos. ¿Sabes por qué lo ha bautizado así? Sencillamente, porque desde su nacimiento hasta que murió nuestro bebé no habló más que una vez, y lo único que dijo fue: <¡Agüí!> ¿No crees que llamar así al fantasma que cree ver es una cursilería por parte de D.?”

Al nacer, nuestro bebé tenía en la parte posterior del cráneo una protuberancia tal, que parecía que tuviera dos cabezas. El médico se equivocó en el diagnóstico, una hernia cerebral, según él. Cuando D. lo supo, para evitarnos una espantosa calamidad, y después de consultarlo con el médico, hizo matar al niño. Supongo que en lugar de leche, le dieron agua azucarada, haciendo oídos sordos a sus llantos. Hizo que mataran al bebé porque no quería que cargáramos con una criatura destinada a vivir como un vegetal, tal y como había anunciado el médico. ¡No hay egoísmo peor! La autopsia, sin embargo, reveló que se trataba de un tumor benigno. Fue un shock que desencadenó las visiones de D. ya vez, le faltó valor para asumir plenamente su egoísmo y seguir viviendo como si tal cosa, y, al igual que no dejó vivir al bebé, se prohibió a sí mismo continuar su vida anterior. Sin embargo no se ha atrevido a suicidarse.”

*La ex esposa de D. y madre de Agüí, es quien da cuenta de lo ocurrido, tanto al bebé como a D.*

*Pero, según explica, el estado del señor D. no obedecía a la muerte del bebé, sino al equívoco del médico, ya que habían diagnosticado que el bebé viviría como un vegetal,*

*pero después de la autopsia se dieron cuenta que el tumor era benigno. Entonces lo inesperado de la noticia fue lo que desencadenó las visiones del señor D.*

Finalmente, deslizó una llave en el interior de un sobre comercial y me lo entregó.

Si el estado de D. era el que me había descrito su ex esposa, ¿quién me garantizaba que no se suicidaría, por ejemplo, tomando una dosis de cianuro que podría encontrarse en un cofre que abriría con la llave que yo le llevaba?

*Efectivamente, el acompañante tomaba en serio su trabajo y se interesaba, no sólo por los asuntos de su patrón, sino también por las decisiones que pudiera tomar le preocupaba que se fuera a suicidar. Por esa razón ocultó durante casi una semana la llave que la ex esposa de D. le había enviado.*

“La he visto, señor D. –Y, decidido de repente a mentirle, añadí: me ha hecho muchas preguntas, pero no me ha dado nada.”

No la guardé más de una semana. De modo que metí la llave en un sobre sin remitente y lo envié por correo urgente a la dirección de D. Al día siguiente, cuando acudí a verle, no sin cierto temor, lo encontré en el jardín, delante del pabellón, quemando un montón de partituras escritas a mano; sus obras, sin duda. ¡Para eso quería la llave, para abrir el lugar donde estaban guardadas! Ese día no salimos. Le ayudé a quemar sus partituras.

*Quemar las partituras tenía que ver con no dejar huella, o algún indicio de su paso por el momento presente; en esta empresa también estaba involucrado Agüí: el día que quemó sus partituras su visitante de los cielos estaba con el señor D.*

De repente D. empezó a hablar solo en voz muy baja, como en un susurro. ¡Su fantasma había descendido del cielo!

Aquel día, Agüí se quedó con mi patrón unos veinte minutos.

Desde entonces, cada vez que durante nuestros paseos mi patrón establecía contacto con el bebé fantasma, me mantuve a distancia, bien alejándome un poco de su lado, bien quedándome unos pasos atrás.

Nuestras excursiones por Tokio eran tan pacíficas, que resultaba difícil imaginar que D. pudiera protagonizar algún escándalo en la calle.

Mi patrón y yo íbamos a toda clase de lugares, fuimos a las salas de conciertos donde habían tocado sus obras y a las escuelas donde había estudiado, y también a los lugares donde se había divertido: bares, cines, piscinas cubiertas; pero una vez allí volvíamos sobre nuestros pasos sin entrar.

*Lugares significativos en la vida del señor D. ¿Por qué no entraba a estos lugares? Tal vez únicamente se trataba de mostrarle esos lugares a su visitante del cielo, hablarle de sus recuerdos, mostrarle los lugares donde D. había vivido; crear recuerdos en común ¿Por qué en el parque de diversiones sí utilizaba los juegos?*

No olvidaba las advertencias de la enfermera, y cada vez que encontrábamos agentes de policía o perros me ponía en tensión, pero esos encuentros jamás coincidieron con una aparición de Agüí.

Un día el compositor me pidió que hiciera un viaje en su lugar. Se trataba de ir a Kyoto para encontrarme con la actriz de cine, la que había sido amante de D. Después me hizo aprender de memoria un mensaje que debería repetirle: él ya no vivía en el presente; era como un viajero llegado de una máquina del tiempo desde un mundo diez mil años más antiguo que el nuestro; dadas las circunstancias, no le era posible, por ejemplo, escribir cartas, que dejarían un rastro de su nueva existencia.

Tenía que transmitirle el mensaje, que tenía el siguiente colofón:

“El señor D. le ruega que comprenda que, a pesar de su reciente divorcio, no puede cumplir la promesa de casarse con usted cuando lo consiguiera, porque

ya no vive en el mismo tiempo que nosotros. Y ésta es la razón por la que me ha encargado que le diga que no volverá a verla nunca más.”

*¿Es una despedida? La función de su acompañante estaba relacionada con estar ahí y justificar aquello que ya no realizaría; la función de su acompañante implica una presencia, una voz que hablara por él y le ayude a poner en orden sus asuntos, necesitaba de alguien que sí viviera en este tiempo presente para que se presentara ante su ex esposa y ante su ex amante.*

“¿De veras? ¿Mi querido D. ha dicho eso...?”

¿Y qué ha sido del fantasma de D., ese bebé tan grande como un canguro, que se llama... Rugby...?”

“No, Agüí. Durante el tiempo que su hijo vivió, fue el único sonido que pronunció.

Y D. está convencido de que al pronunciarlo quería decir su nombre.” “¡Eso sí que es amor de padre! Si no hubiera ocurrido lo del bebé, después del divorcio se habría casado conmigo; eso era lo que teníamos planeado. El día en que nació estábamos juntos en la cama, en la habitación de un hotel; sonó el teléfono y supimos que las cosas habían ido mal. D. se levantó, se fue derecho al hospital y desde entonces no he vuelto a saber nada de él.”

Al parecer, la actriz estaba obsesionada por el bebé.

“¿No crees que es horrible morir sin haber hecho absolutamente nada mientras se ha vivido, sin tener ni un solo recuerdo?”

La muerte me da un miedo terrible – siguió diciendo la actriz-, pienso en ella constantemente. ¿Sabes qué es lo que pienso? Que, después de la muerte del bebé, D. decidió no crear más recuerdos personales, como si él también estuviera muerto; por eso ha dejado de vivir positivamente en el tiempo actual. Y también que, si en toda clase de lugares, a lo largo y ancho de Tokio, llama a su bebé fantasma para hacerlo bajar a la tierra, es porque quiere

proporcionarle todos los recuerdos posibles para que viva contento la eternidad.”

*La ex amante proporciona la explicación: después de la muerte del bebé, D. decidió no crear más recuerdos personales. Se trataba de crear recuerdos en común, de recorrer juntos la ciudad de Tokio. Sin embargo, entre ellos se involucró el acompañante, quien gracias a las huellas que han dejado sus recuerdos narra esta historia; el intento del señor D. resultó fallido, pues finalmente dejó huellas de su paso en este tiempo presente.*

Caía ya el invierno. Una tarde salimos a pasear en bicicleta por los parajes próximos al barrio residencial donde vivía mi patrón y por los campos de cultivo de los alrededores.

D. me había alcanzado finalmente y pedaleaba detrás de mí, a un metro más o menos.

D. parecía un entrenador de maratón que pedaleara junto a un corredor aconsejándole o animándole apropiadamente. <¡Ah!>, me dije “<¡si se comporta así, es porque está seguro de que Agüí corre a su lado siguiendo a la bicicleta en su carrera desenfrenada!>”

*Agüí corre en una carrera desenfrenada, entonces no viviría como un vegetal, como lo habían diagnosticado los médicos. El modo en que D da vida a su visitante bajado del Cielo es el de un ser lleno de vitalidad que pasea por las calles, sube a los juegos del parque de diversiones y corre desenfrenadamente por los campos, y no como un vegetal.*

*El acompañante narrador, ahora sabe cuando Agüí ha bajado a visitar a D. y se preocupa por él, le aterra pensar que Agüí se enfrentaría a lo que más le teme: los perros. Y tiene la impresión de que la mano de Agüí le toca la espalda, aunque de inmediato reacciona y aclara que era la mano de D. En el recorrido que realiza el acompañante, también se enfrenta a sus propios miedos y limitaciones.*

Cuando, tan repentinamente como sobreviene un chaparrón de verano, nos vimos, sin escapatoria alguna, amenazados por los aullidos de una trailla de

perros doberman. Muerto de miedo, puse un pie en el suelo y observé el campo de hortalizas al otro lado de la alambrada. Con la cabeza a punto de estallar, medio paralizado por el veneno del terror, vi con claridad, durante una fracción de segundo, la catástrofe que se avecinaba. D. tendría la impresión de que Agüí iba a sufrir el ataque de lo que más temía en el mundo: los perros. Comprendiendo que no podía hacer nada por D. y Agüí, no opuse resistencia, y me dejé sumergir por las tinieblas del miedo.

Alguien me puso una mano sobre el hombro con una gentileza casi inverosímil. Me dio la impresión de que era Agüí; pero sabía que era la mano de D., que se había hecho a un lado para que pasaran las infernales bestias sin dejarse llevar en absoluto por el pánico.

Después de esto D. y yo anduvimos en silencio, con la cabeza baja. Dejando caer nuestras bicicletas, nos echamos sobre la hierba. D., apoyado sobre un codo, inclinándose hacia mí, me hablaba del mundo de Agüí. El mundo donde percibo al bebé muerto.

*Las formas de enfrentar o encarar la muerte de un ser querido, ¿cómo poder representar su ausencia?, ¿a dónde se van esos seres queridos cuando han muerto? Preguntas tormentosas al enfrentar la muerte de un ser querido.*

*El señor D. resuelve este dilema ante la muerte de su hijo recién nacido, ubicándolo en el cielo a cien metros de la tierra, flotando al lado de otros seres que han muerto. Ese ser baja y lo visita cuando el cielo se encuentra despejado. El señor D. se encarga de mostrarle ese paraíso terrenal que el bebé no logró conocer, conversa con él, lo abraza y lo lleva a pasear al parque, lo hace correr desenfrenadamente, como deseando que su bebé viviera intensamente en esas calles de Tokio.*

*“El mundo donde percibo al bebé muerto”, el señor D. lo dice claramente: su bebé está muerto pero necesitaba un lugar donde ubicarlo y los recuerdos de una vida en común, recuerdos con los cuales antes no contaba.*

¡Es el mundo que veo! Y si me preguntas qué son esos seres flotantes, deslumbrantes, de los que el cielo está lleno, te diré que son los seres que

hemos perdido durante nuestra vida aquí abajo y que vemos balancearse en el cielo a cien metros por encima de nuestras cabezas, sutilmente luminosos similares a las amebas del microscopio. De vez en cuando descienden hasta nosotros, como nuestro Agüí.

D. dijo “<Nuestro>” sin que yo protestara, lo que no significa, ni mucho menos, que aceptara esta manera de ver las cosas.

*D. habla del mundo que ve, un cielo lleno de seres flotantes, deslumbrantes. Según D., esos son los seres que hemos perdido durante nuestra vida. Es que es necesario pensar que esos seres que han muerto están en algún lugar. Es necesario pensarlos en un lugar distinto, un lugar que no sea el olvido. Su acompañante venido del cielo bajaba de manera esporádica, es decir; que no se encontraba permanentemente a su lado, que estaba en un lugar distinto al del Señor D.*

Finalmente, llegó el día en que terminaron mis relaciones con D., fue en Nochebuena. Andábamos hacia el puerto de Tokio cuando, al pasar por delante del Teatro Kabuki, D. levantó la mirada hacia el cielo oscuro, todavía lleno de nieve, y Agüí bajó a su lado. Como de costumbre, me mantuve unos pasos detrás de D. y su fantasma. Teníamos que atravesar un ancho cruce. Nada más bajar de la acera mi patrón y su fantasma, el semáforo cambió a verde para los vehículos y él se quedó inmóvil. Innumerables camiones, enormes como elefantes, repletos de encargos de fin de año, se pusieron en marcha. Entonces, de repente, D. lanzó un grito y, extendiendo sus manos como si quisiera socorrer a alguien, se precipitó en medio de los camiones, que inmediatamente lo arrollaron y lo derribaron al suelo. Yo presencié la escena con estupor. D. aún no estaba muerto pero tenía peor aspecto que si lo hubiera estado. Quiero decir que se estaba muriendo, escupiendo sangre y un líquido indescriptible, que parecía savia de árbol, en un rincón de la acera sucia y húmeda, sobre una fina capa de nieve. Al fin llegó la ambulancia. Cuando lo subieron a ella, D. estaba inconsciente. Sucio de barro y de sangre.

*¿Un suicidio? Al parecer es algo que queda en suspenso.*

*Pero al momento en que ocurría este trágico suceso, el señor D. lanzó un grito y extendió sus manos como si quisiera socorrer a alguien. ¿A quién quería socorrer, a quién quería salvar de esos pesados camiones? Es que su visitante del cielo se anticipó al cruzar la calle.*

*El señor D. muere el mismo día en que terminaba la relación laboral con su acompañante.*

D. seguía inconciente sobre la camilla inclinada, sangrando, muriéndose. Por fin llegamos al hospital. Y durante aquellas largas horas mi mente fue presa de una única idea torturadora: ¿habría tenido D. durante todo aquel tiempo la intención de suicidarse? Y, antes de hacerlo, ¿habría querido poner en orden sus asuntos con su ex esposa y su ex amante, así como sus partituras, y ver por última vez los lugares por los que sentía nostalgia contratándome como guía? ¿Me habría contado el cuento del bebé fantasma que flotaba en el aire para despistarme? En resumen, ¿no me habría contratado para facilitar su suicidio?

*El acompañante se encuentra involucrado en la vida de D., a pesar de sus esfuerzos por permanecer incrédulo.*

Muy entrada la noche, apareció el banquero en la puerta de la habitación y me llamó. D me miró desde el lecho, que tenía la parte superior un poco levantada. Me dirigí al moribundo para decirle:

“¿Me contrató únicamente para facilitar su suicidio? Y la historia de Agüí, ¿fue sólo un montaje? –Dicho esto, entre las lágrimas y los sollozos que me anudaban la garganta, dejé escapar, siendo yo el primer sorprendido, estas palabras:

¡Pero si estaba a punto de creerla!”

Entonces una sutil sonrisa iluminó el rostro ennegrecido y arrugado de D., una sonrisa de burla o de amistosa complicidad.



El banquero me condujo fuera de la habitación. Al día siguiente, me enteré por los periódicos de que el compositor había muerto.

*Cuando el acompañante encara al moribundo señor D. toda una serie de preguntas, éstas quedan sin respuesta ya que con uno de sus últimos alientos de vida el señor D. únicamente contesta con una sonrisa, que su acompañante ya no supo cómo interpretar. El narrador queda sorprendido de sus propias palabras y expresa que estaba a punto de creer la historia del visitante bajado del cielo. ¿A punto de creerla o a punto de decirle que poco a poco lo había creído en cada uno de los paseos, que esa historia la fue creyendo paso a paso, tanto que finalmente fue conformando su propia historia, que ese visitante del cielo forma parte de su tesoro de recuerdos y por lo tanto lo fallido del intento del señor D. por no dejar huellas en el tiempo presente?*

Con estas palabras, el narrador pone fin a esta historia cuya evocación en el recuerdo le permite librarse del odio que abrasaba su corazón y al que empezaba a sentirse encadenado.

En un breve fragmento para terminar el cuento, el narrador menciona el accidente que le causó daños irreversibles en el ojo derecho; causa de eso, cuando estaba solo en su habitación usaba un parche negro de pirata. Al parecer, mientras andaba por la calle, una pandilla de niños llenos de espanto empezaron a lanzarle piedras y recibió en pleno ojo derecho el impacto de un guijarro grueso como un puño.

“Justo en ese momento tuve la sensación de que alzaba el vuelo hacia el cielo azul, todavía triste por la crudeza del invierno, un ser al que a partir de entonces añoraría siempre y que tal vez tuviera el tamaño de un canguro. <”¡Adiós, Agüí!”>, exclamé en mi fuero interno, con gran sorpresa para mí.

*En el momento en que el narrador cuenta la historia del accidente ocurrido en su ojo derecho, da la impresión de que en este cuento hay dos historias involucradas. El narrador habla del recuerdo de un accidente que forma parte de su historia personal, lo cual también le permite expresar qué tanto se encontraba involucrado en la historia del señor*

*D. y su visitante del cielo. El narrador no sólo creyó la historia, sino que se involucró en ella, se hizo parte de ella y, a la vez, la hizo parte de su vida. Sin embargo, finalmente, cuando tiene que enfrentar un duro momento de prueba por la pérdida de su ojo derecho, se despide de Agüí. A partir de entonces lo añoraría siempre, ¡a partir de entonces Agüí permanecería en algún lugar de sus recuerdos!, ya no más como un ser etéreo, y brillante que se encuentra flotando en el cielo a cien metros de la tierra.*

### *LAS FLORES DEL CEREZO*

Este es el segundo ejemplo incluido en el presente trabajo. Este filme, dirigido por Doris Dörrie (2008), inicia cuando Trudi expresa el siguiente deseo:

“Siempre quise ver el monte Fujiyama y las flores del cerezo”

Los médicos informan a Trudi que su marido Rudi está gravemente enfermo de cáncer y le recomiendan que, mientras llega la muerte, hagan un viaje o algo aventurado.

Trudi logra convencer a su esposo de viajar a Berlín para visitar a sus hijos. Cuando la pareja se encuentra con sus hijos, éstos se muestran sorprendidos por la repentina visita de sus padres y en poco tiempo dan claras muestras de incomodidad y fastidio, bajo el pretexto de que no tienen tiempo para atenderlos o estar con ellos.

La nuera de Rudi le pregunta si irá a Tokio para visitar a Karl, él contesta: “hasta el otoño, cuando me jubile”. Respuesta que provoca la tristeza y el llanto de Trudi, pues ella es la única que sabe del grave estado de salud de Rudi y el poco tiempo que le queda de vida.

En algunas escenas de la película aparece una gran mosca. Trudi y sus hijos conocen ese tipo de moscas como “la mosca de mayo”, al parecer comparten un verso respecto a la fugacidad de la vida de ese insecto. Mientras están reunidos en el comedor, aparece una mosca de mayo y Trudi recita una parte del verso, pero Rudi completa la segunda estrofa; uno de los únicos momentos relajados que hay en la visita que hace la pareja a sus hijos.

Cuando Trudi y Rudi se disponen a dormir en la casa de su hijo, ella se pregunta cuándo se volvieron tan insensibles, se encuentra un tanto desconcertada por la indiferencia y lejanía con que son recibidos; Rudi únicamente se muestra conforme porque sus hijos están sanos, él constantemente repite esta frase: “una manzana al día evita una cirugía”.

Trudi quería presenciar el espectáculo de un bailarín japonés de Butoh, a este espectáculo la acompañó la pareja de su hija. Mientras ellas presenciaban el baile de Butoh, Rudi esperaba afuera del teatro.

Cuando ambos visitan la casa de su hija, ella termina enfadándose y perdiendo la paciencia, pidiendo a sus padres que se retiren a dormir. Trudi decide que es mejor que se retiren, pero de su casa.

Ya en la estación del metro, enfrentan algunas dificultades para transportarse y entonces toman la decisión de ir a la playa.

En la playa, mirando hacia el mar Báltico, Trudi invita a Rudi a compartir su cálido suéter azul y por unos momentos se encuentran unidos como si fuera un solo cuerpo, enrollados en el suéter.

En la habitación del hotel a la orilla de la playa, Trudi empieza a bailar, ante el asombro de Rudi quien le pregunta “¿qué te pasa?”

Esa noche, mientras Rudi dormía, Trudi muere. Al amanecer, cuando Rudi se da cuenta, lanza un estruendoso y sonoro “¡NOOO!”

Finalmente, la muerte de Trudi reúne a sus tres hijos. Las expresiones de sus hijos y de su esposo son muy diversas: mientras que Karl dice, “no soporto verla en esa caja, debí hacer algo por ella”, Rudi lamenta lo ocurrido: “De haberlo sabido hubiera sido más amable con ella” y, con gesto indiferente, la hija únicamente quiere saber dónde está la maleta de su madre porque quiere quedarse con sus kimonos. Mientras se encuentran reunidos ante la mesa de una cafetería, llega la “mosca de mayo”, pero ahora ya no hay risas, sólo hay silencio. Cuando en el Rostro de Rudi asoman algunas lágrimas, sus hijos lo miran con aire de incomodidad; a pesar de eso, Rudi expresa lo mucho que extraña a su esposa.

En la ceremonia donde darían sepultura a los restos de Trudi, ninguno de sus tres hijos estuvo presente; en aquel solitario ritual, la única compañía de Rudi fue la novia de su hija y un grupo de desconocidos de rostro seco y sombrío.

Ya a solas, Rudi mira las pertenencias de Trudi: un libro, sus fotos, su ropa. Continuamente Rudi repite: “Trudi, dónde estás”.

Rudi decide viajar a Tokio y quedarse con su hijo Karl. En aquella ciudad se enfrenta a las costumbres de un lugar desconocido para él, pero además al escaso tiempo que su hijo Karl puede dedicarle.

Rudi ignora a qué se dedica Karl y penosamente se percató que su hijo es un perfecto desconocido para él. Cuando Rudi le pregunta a qué se dedica, la respuesta de Karl es: “hago casi lo mismo que tú, trabajo con los números.”.

Mientras Rudi se encuentra a solas, lamenta la ausencia de Trudi; “quisiera recompensarla, pero no puedo”, una y otra vez observa los objetos que Trudi atesoraba, y conserva la ropa que Trudi vestía durante ese viaje a la playa: un suéter azul, una falda negra y un collar de círculos negros. Rudi acomoda la ropa de su esposa y da la impresión de que dispone la ropa para que alguien la use.

En algunas salidas que hace por los alrededores del edificio donde vive con Karl, tiene la precaución de dejar un pañuelo amarrado en el tubo de un barandal, como una señal para no perderse. Regresa a ese lugar y retira el pañuelo, actos que repite en varias ocasiones.

En una de esas salidas, de manera azarosa Rudi entra a un bar y después de un rato de mirar a las bailarinas del *table dance*, se encuentra desnudo mientras un grupo de chicas lo bañan con espuma; una de las chicas observa el anillo de bodas y de inmediato le pregunta a Rudi “¿dónde está tu esposa?” ante esta pregunta, Rudi rompe en llanto y las bailarinas únicamente le aconsejan “no llores”.

En casa de Karl, Rudi se encuentra frente al televisor, ante un idioma que no entiende; va pasando de canal en canal hasta que una imagen atrae su atención, se trata de un bailarín japonés de butoh.

En ese ambiente de soledad y desconcierto, ante las costumbres de un lugar desconocido y un idioma que no comprende, Rudi lanza estas palabras al viento: “No entiendo dónde estás Trudi”.

Mientras Rudi pasea por un parque donde las flores de los cerezos lucen radiantes, con un sutil y fugaz esplendor blanquecino reflexiona acerca del recuerdo de su esposa: “mis recuerdos de ella están en mi cuerpo, pero cuando me vaya dónde estarán.”

Una mañana, Rudi prepara un almuerzo y se lo entrega a Karl antes de salir a su trabajo; también le da una manzana, repitiendo su frase “una manzana al día evita una cirugía”. Cuando Rudi se queda solo en la casa de Karl, se da a la tarea de barrer y seleccionar la basura. Un día Rudi se viste con la ropa de su esposa fallecida, así sale a las calles de Tokio y va al parque a mirar las flores de cerezo, en el ambiente todo parece irradiar vitalidad y energía, el viento hace volar caprichosamente los sedosos pétalos de las flores de cerezo acariciando en su caída todo aquello que van tocando. Rudi abre su gabardina, como dejando que los pétalos acaricien el suéter azul de Trudi, mientras murmura: “Trudi, es para ti”.

Karl le pregunta a su padre qué hace mientras él no está, aunque parece no escuchar la respuesta de su padre cuando dice: “lo que hago es pensar en tu mamá y mostrarle Tokio”; además le expresa su deseo de ir a conocer el monte Fujiyama pero, como era de esperarse, Karl no tiene tiempo para acompañarlo.

Rudi continúa con sus salidas por la ciudad. Mientras paseaba por un parque, una bailarina de butoh atrae fuertemente su atención y empieza a charlar con ella. Al paso de los días, esta misteriosa joven se convierte en su guía, le indica cómo abordar los trenes de Tokio y conversan acerca del baile de las sombras. La joven lo invita a intentar algunos movimientos del mencionado baile, diciéndole que todos lo pueden bailar porque todos tenemos sombras.

Cuando Rudi intenta imitar los movimientos con la bailarina, queda al descubierto el suéter azul de Trudi; él le explica que esa ropa es de su esposa. La joven únicamente le pregunta “¿y dónde está tu esposa?”, Rudi responde con estas palabras: “yo no se dónde está”.

Karl habla por teléfono con sus hermanos y les dice que su padre actúa muy extraño, que llevó la ropa de su mamá y él piensa que necesita terapia para superar su problema. Rudi accidentalmente escucha la conversación y le pide a su hijo que le permita quedarse sólo un poco más de tiempo. Karl acepta que su padre se quede un poco más.

En una de esas salidas por Tokio, Rudi aborda un tren para ir a un punto distante de la ciudad a comprar coles, pero mientras va en el tren por debajo de su abrigo asoman los bordes del suéter azul y percibe las miradas extrañadas de algunos pasajeros, a las cuales no prestó importancia: él continúa saliendo y vistiéndose con la ropa de su esposa Trudi.

La joven bailarina del parque se va convirtiendo poco a poco en su confidente; mientras miran algunas fotos, Rudi le dice que su esposa era como alguien que estaba enjaulado, atrapado.

La joven del parque le dice a Rudi que hace tiempo que su madre murió y ahora la imagina como un pato, que unas veces está sobre el agua y otras bajo el agua, que su madre siempre estaba hablando por teléfono y para ella bailar butoh era una forma de recordarla.

Rudi prepara rollitos de col para su hijo Karl, un platillo que Trudi le preparaba a él. También le invita esos rollitos a su amiga, la bailarina del parque. Rudi le dice que hizo rollos de col para su esposa.

Rudi decide dejar la casa de Karl y le propone a su amiga la bailarina del parque que lo acompañe a un viaje que su esposa quería hacer, mientras abre su maleta y le muestra la

ropa de Trudi. La joven acepta y viajan al monte Fujiyama, aunque ella advierte que el señor Fuji es muy tímido y no siempre se deja ver.

Así fue: una densa niebla impedía que pudieran mirar el tan ansiado monte Fujillama, así que se hospedan en un hotel cercano. Impacientes salían con la esperanza de poder admirar la majestuosidad del monte, pero era en vano: un denso velo de niebla continuaba ocultándolo.

Una noche, mientras la joven bailarina de butoh dormía, Rudi quedó maravillado cuando, después de tanto esperar, pudo admirar el gran monte Fujiyama. Entonces Rudi maquilla su cara como si fuera un bailarín de butoh, se viste con el kimono de su esposa y sale de la habitación. En la orilla del lago donde Rudi podía admirar el monte, empieza a ejecutar el baile de las sombras; de pronto ya no está bailando solo, al parecer su querida Trudi baila con él mientras va desfalleciendo, muriendo lentamente a la orilla del lago y como fondo de ese escenario el majestuoso monte Fujiyama. (Dörrie, D., 2008)

El tema de los dos ejemplos tomados, uno de la literatura y este último de la cinematografía, giran en torno a la muerte de un ser querido, que colocado en los términos de este trabajo, es posible expresar como formas de vivir la muerte de un ser querido. Evitando el afán determinista de colocar un diagnóstico, ni mucho menos tratar de hacer coincidir cuestiones teóricas con estos ejemplos, concreto este ejercicio en marcar ciertas similitudes, coincidencias, incluso discrepancias, con nuestro tema central; la relación entre psicosis alucinatoria de deseo y duelo pesaroso.

*Marcando algunos señalamientos respecto al filme*

*“Las flores del cerezo”*

Conforme se desarrolla la trama de la película, el duelo pesaroso resulta ser el tema principal. Pero cabe señalar la singular manera de vivir y enfrentar la muerte, destacando con cursivas algunos señalamientos del texto anterior.

“Siempre quise ver el monte Fujiyama y las flores del cerezo”

*Es el deseo expreso de Trudi, que vivía con esta ilusión.*

Los médicos informan a Trudi que su marido Rudi esta gravemente enfermo de cáncer y le recomiendan que mientras llega la muerte de él hagan un viaje o algo aventurado.

*Trudi sabe que a su esposo le queda muy poco tiempo de vida, pero es un saber que guarda con celosa discreción, soportando y conteniendo el dolor que le provoca pensar que los días de vida de su esposo están por finalizar, sin saber que será ella quien primero lo abandonará.*

Trudi logra convencer a su esposo de viajar a Berlín para visitar a sus hijos.

*Un viaje de despedida. Trudi prepara cuidadosamente el equipaje de su esposo para ese último viaje que realizarían juntos.*

Cuando la pareja se encuentra con sus hijos, éstos se muestran sorprendidos por la repentina visita de sus padres y en poco tiempo dan claras muestras de incomodidad y fastidio, bajo el pretexto de que no tienen tiempo para atenderlos o estar con ellos.

*Esta idea de “no tener tiempo” resulta repetitiva a lo largo de la historia: sus hijos se quejaban de no tener tiempo para acompañar y atender a sus padres, pero irónicamente eran Trudi y Rudi a quienes el tiempo se les agotaba a cada segundo.*

La nuera de Rudi le pregunta si irá a Tokio para visitar a Karl. Él contesta: “hasta el otoño, cuando me jubile”. Respuesta que provoca la tristeza y el llanto de Trudi, pues ella es la única que sabe del grave estado de salud de Rudi y el poco tiempo que le queda de vida.



*Rudi hacía planes para después. ¿Acaso es un rasgo de todo ser humano pensar que el tiempo y la vida esperan para cuando haya tiempo de vivir? Aunque tampoco es posible vivir pensando constantemente en la muerte, pero ¿por qué aplazar el vivir?*

*Para Trudi, la respuesta de su esposo genera un profundo pesar, expresado con un sentido y silencioso llanto que cubre con unas gafas negras.*

En algunas escenas de la película aparece una gran mosca, Trudi y sus hijos conocen ese tipo de moscas como “la mosca de mayo”, al parecer comparten un verso respecto a la fugacidad de la vida de ese insecto. Mientras están reunidos en el comedor, aparece una mosca de mayo y Trudi recita una parte del verso, pero Rudi completa la segunda estrofa. Y al parecer es uno de los únicos momentos relajados que hay en la visita que hace la pareja a sus hijos.

Cuando Trudi y Rudi se disponen a dormir en la casa de su hijo, ella se pregunta ¿cuándo se volvieron tan insensibles?, se encuentra un tanto desconcertada por la indiferencia y lejanía con que son recibidos. Rudi únicamente se muestra conforme porque sus hijos están sanos, él constantemente repite esta frase: “una manzana al día evita una cirugía”.

*De manera paradójica, quien más se preocupaba por la salud era, quien desconocía el precario estado de su propia salud. Rudi repetía esta frase, ¡pero no se comía esa manzana!; es que no basta con saber algo, es necesario llevarlo a los hechos.*

Trudi quería presenciar el espectáculo de un bailarín japonés de Butoh, a este espectáculo la acompañó la pareja de su hija. Mientras ellas presenciaban el baile de Butoh, Rudi esperaba afuera del teatro.

*Rudi permaneció afuera sin disfrutar del espectáculo. ¿Por qué no entró?, porque no le gustaba ese espectáculo, pero ¿se trataba de que le gustara o de acompañar a su esposa?, ¿no se interesaba por su esposa?*

Cuando ambos visitan la casa de su hija, ella termina enfadándose y perdiendo la paciencia, pidiendo a sus padres que se retiren a dormir. Trudi decide que es mejor que se retiren de su casa.

Ya en la estación del metro enfrentan algunas dificultades para transportarse, entonces toman la decisión de ir a la playa.

*Al parecer, Trudi se encontraba empeñada en contagiar a su esposo el gusto por la vida y las cosas del mundo. Sin embargo, Rudi continuaba apático y gruñón.*

En la playa, mirando hacia el mar Báltico, Trudi invita a Rudi a compartir su cálido suéter azul y por unos momentos se encuentran unidos como si fuera un solo cuerpo, enrollados en el suéter.

En la habitación del hotel a la orilla de la playa, Trudi empieza a bailar, ante el asombro de Rudi, quien le pregunta “¿qué te pasa?”

*Es que las expresiones de alegría y vitalidad causaban en Rudi cierto desconcierto, acaso desconocía esa manera de ser de su esposa.*

Esa noche, mientras Rudi dormía, Trudi muere. Al amanecer, cuando Rudi se da cuenta, lanza un estruendoso y sonoro “¡NOOO!”

*La reacción inmediata de Rudi ante la repentina e inesperada muerte de su esposa fue un estruendoso “¡NOOO!”*

Finalmente, la muerte de Trudi reúne a sus tres hijos. Las expresiones de sus hijos y de su esposo son muy diversas: mientras que Karl dice “no soporto verla en esa caja, debí hacer algo por ella”, Rudi lamenta lo ocurrido “de haberlo sabido, hubiera sido más amable con ella”.

*Karl sabía que ya no podía hacer algo por su madre, por más que quisiera. Rudi lamenta lo ocurrido. Sin embargo, pese a las lamentaciones de sus familiares, lo ocurrido, es decir la muerte de Trudi, resulta un hecho irreversible.*

*¿Es necesario estar al tanto de la fugacidad de la vida para tratar a los otros con cierta amabilidad?*

Con gesto indiferente, la hija únicamente quiere saber dónde está la maleta de su madre porque quiere quedarse con sus kimonos.

*Hay quienes permanecen insensibles e indiferentes ante la muerte de un ser querido: la hija de Trudi pregunta por el equipaje de su madre como si se tratara de un botín, como una rapiña, no tanto para conservar aquellos objetos apreciados por su madre.*

Mientras se encuentran reunidos ante la mesa de una cafetería llega la “mosca de mayo”, pero ahora ya no hay risas, sólo hay silencio. Cuando en el Rostro de Rudi asoman algunas lágrimas, sus hijos lo miran con aire de incomodidad, a pesar de eso Rudi expresa lo mucho que extraña a su esposa.

*¿Por qué no pueden soportar el llanto de su padre? ¿Por qué no toleran el pesar y las muestras de dolor reflejadas en el rostro de Rudi, como tampoco son capaces de escuchar sus palabras que hablan de lo mucho que la extraña? Esta actitud indiferente e indolente de sus hijos causa cierta inhibición en las expresiones de Rudi, ya que no hay alguien a quien le importe escuchar su pesar, ya no digamos que alguien lo comparta, simplemente que pueda escuchar sin prejuicio, sin juzgar. Es que las manifestaciones del estado de duelo pesaroso pueden llegar a ser insoportables, causando desconcierto no para quien las expresa, sino para los otros.*

En la ceremonia donde darían sepultura a los restos de Trudi, ninguno de sus tres hijos estuvo presente. En aquel solitario ritual, la única compañía de Rudi fue la novia de su hija, y un grupo de desconocidos de rostro seco y sombrío.

*A pesar de la muerte de Trudi, sus hijos continuaban sin tener tiempo, siguieron en su ritmo de vida apresurado, ocupado, sin tiempo. No se presentaron a la ceremonia fúnebre de su madre.*

*¿Para quién son los actos y ceremonias fúnebres?, ¿para aquellos que ya no están o para sus sobrevivientes?*

Ya a solas, Rudi mira las pertenencias de Trudi: un libro, sus fotos, su ropa.

Continuamente Rudi repite: “Trudi, dónde estás”.

*Ante la ausencia de un ser querido, ante la desolación de saber que no regresará y que únicamente queda un vacío, pareciera que los objetos, las cosas materiales, tangibles, toman un significado distinto, encontrando un refugio en el recuerdo al tocar y mirar aquellos objetos preciados por aquél que ya no está. Es como si algo de aquella persona quedara impregnado en sus objetos. Rudi, al mirar algunas cosas de su esposa parece que va descubriendo una persona que siempre estuvo ahí a su lado, pero que no se dio tiempo para conocerla. Ahora solamente se pregunta dónde está Efectivamente, el cuerpo sin vida de Trudi estaba en un lugar, pero ¿a dónde se fue su vida, sus deseos, su energía, sus ganas de vivir, de conocer el monte Fuji y de admirar la fugaz belleza de las flores del cerezo?*

Rudi decide viajar a Tokio y quedarse con su hijo Karl. En aquella ciudad se enfrenta a las costumbres de un lugar desconocido para él, pero además al escaso tiempo que su hijo Karl puede dedicarle.

*Rudi va a donde su esposa siempre quiso ir para mirar el monte Fujiyama y las flores de cerezo, pero también para estudiar baile butoh. Ahora él se encuentra en la enigmática y apresurada ciudad de Tokio.*

Rudi ignora a qué se dedica Karl y penosamente se percata que su hijo es un perfecto desconocido para él. Cuando Rudi le pregunta a qué se dedica, la respuesta de Karl es: “hago casi lo mismo que tú, trabajo con los números.”.

*“Hago lo mismo que tú”. Quizá “lo mismo” no sea trabajar con los números, lo mismo tal vez sea vivir de manera rutinaria, insensible, pasar la vida sin vivirla, sin interés en los otros.*

Mientras Rudi se encuentra a solas, lamenta la ausencia de Trudi; “quisiera recompensarla, pero no puedo”: una y otra vez observa los objetos que Trudi atesoraba y conserva la ropa que Trudi vestía durante ese viaje a la playa: un suéter azul, una falda negra y un collar de círculos negros. Rudi acomoda la ropa de su esposa, da la impresión de que dispone la ropa para que alguien la use.

*¿Recompensarla? Darle una recompensa. ¡Agradecerle! ¿Pero, es que eso es posible cuando ella ha muerto?*

En algunas salidas que hace por los alrededores del edificio donde vive con Karl, tiene la precaución de dejar un pañuelo amarrado en el tubo de un barandal, como una señal para no perderse. Regresa a ese lugar y retira el pañuelo actos que repite en varias ocasiones.

*Rudi deja un rastro, una huella, al parecer deja un punto a donde puede regresar para no perderse: un recuerdo de su paso por aquel lugar. Anudar un pañuelo en el barandal de la calle, un señalamiento indicando dónde está.*

En una de esas salidas, de manera azarosa, Rudi entra a un bar; después de un rato de mirar a las bailarinas del *table dance*, se encuentra desnudo mientras un grupo de chicas lo bañan con espuma. Una de las chicas observa el anillo de bodas y de inmediato le pregunta “¿dónde está tu esposa?”, ante esta

pregunta Rudi rompe en llanto. Las bailarinas únicamente le aconsejan “¿No llores?”.

*Esta pregunta poco a poco se vuelve insoportable para Rudi, constantemente le atormenta no poder explicarse dónde está Trudi.*

En casa de Karl, Rudi se encuentra frente al televisor, ante un idioma que no entiende; va pasando de canal en canal hasta que una imagen atrae su atención, se trata de un bailarín japonés de butoh.

En ese ambiente de soledad y desconcierto, ante las costumbres de un lugar desconocido y un idioma que no comprende, Rudi lanza estas palabras al viento:

“No entiendo dónde estás Trudi”

*Mirar al bailarín de butoh parecía una señal de alto: Rudi en ese momento se detuvo, como si al mirar esos movimientos obedeciera a un señalamiento.*

Mientras Rudi pasea por un parque donde las flores de los cerezos lucen radiantes, con un sutil y fugaz esplendor blanquecino reflexiona acerca del recuerdo de su esposa: “mis recuerdos de ella están en mi cuerpo, pero cuando me vaya dónde estarán.”

*Rudi ubica sus recuerdos en un lugar, su cuerpo. Él habla de los recuerdos que conserva, pero ¿cuando él no esté quien los recordará, a ellos?*

Una mañana, Rudi prepara un almuerzo y se lo entrega a Karl antes de salir a su trabajo, también le da una manzana, repitiendo su frase “una manzana al día evita una cirugía”.

*Karl hace “casi” lo mismo que su padre: recibe el consejo y recibe la manzana pero, sin tomarlos, sin comerla.*

Mientras Rudi se queda solo en la casa de Karl, se da a la tarea de barrer y seleccionar la basura. Un día, Rudi se viste con la ropa de su esposa fallecida y así sale a las calles de Tokio, Va al parque a mirar las flores del cerezo, En el ambiente todo parece irradiar vitalidad y energía, el viento hace volar caprichosamente los sedosos pétalos de las flores de cerezo acariciando en su caída todo aquello que van tocando: Rudi abre su gabardina como dejando que los pétalos acaricien el suéter de Trudi, mientras murmura: “Trudi, es para ti”

*Rudi dejaba que los pétalos acariciaran el suéter azul de su esposa, como si al acariciarlo, los pétalos tocaran a Trudi. ¿Qué se conserva en los objetos preciados de aquellos que han muerto?*

Karl le pregunta a Rudi qué hace mientras él no está, aunque parece no escuchar la respuesta de su padre cuando dice: “lo que hago es pensar en tu mamá y mostrarle Tokio”; además le expresa su deseo de ir a conocer el monte Fujiyama, pero, como era de esperarse, Karl no tiene tiempo para acompañarlo.

*“Pensar en tu mamá y mostrarle Tokio.” ¿Esa era la manera de recompensarla, viviendo algo que ella siempre deseo hacer? Y haciéndose acompañar por la ropa de su esposa muerta, salir a pasear vistiendo su cuerpo con la ropa de su esposa, como si ella fuera con él o como si él fuera ella.*

Rudi continúa con sus salidas por la ciudad. Mientras paseaba por un parque, una bailarina de butoh atrae fuertemente su atención y empieza a charlar con ella. Al paso de los días, esta misteriosa joven se convierte en su guía: le indica cómo abordar los trenes de Tokio y conversan acerca del baile de las sombras. La joven lo invita a intentar algunos movimientos del baile, diciéndole que todos lo pueden bailar porque todos tenemos sombras.

*Todo cuerpo tiene sombra, pero es necesario que haya un cuerpo para proyectar su sombra. El baile butoh se trata de bailar con tu sombra, pero ¿quién es tu sombra?; bailar imaginando que se está con alguien más, ¿con aquellos que se han marchado al mundo de las sombras?*

Cuando Rudi intenta imitar los movimientos con la bailarina queda al descubierto el suéter azul de Trudi; él le explica que esa ropa es de su esposa. La joven únicamente le pregunta “¿dónde está tu esposa?”, Rudi responde con estas palabras: “yo no sé dónde está”

*Rudi lleva la ropa y las cosas de su esposa, habla de los recuerdos que conserva de ella, pero al parecer falta algo. ¿Qué falta, su presencia, su cuerpo? ¿Por qué es tan angustiados para Rudi no poder ubicar a su esposa en algún lugar?*

Karl habla por teléfono con sus hermanos y les dice que su padre actúa muy extraño, que llevó la ropa de su mamá y él piensa que necesita terapia para superar su problema. Rudi accidentalmente escucha la conversación y le pide a su hijo que le permita quedarse sólo un poco más de tiempo. Karl acepta que su padre se quede un poco más.

*El estado de Rudi es visto por su hijo como un problema que necesita ser arreglado, curado o superado, como si algo estuviese descompuesto o enfermo. Quizá, a los ojos de Karl, su padre actuaba de manera extraña o desconocida.*

*El estado de duelo pesaroso, ¿es un estado patológico? O esta manera singular era la forma que a Rudi le permitía pensar y recordar a su querida Trudi y tratar de recompensarla cumpliendo, aunque de manera póstuma, los deseos, expectativas e ilusiones con que Trudi había vivido. Quizá lo que resulta enfermizo es que no haya quien pueda escuchar aquello que Rudi tiene que decir acerca de su esposa.*



En una de esas salidas por Tokio, Rudi aborda un tren para ir a un punto distante de la ciudad a comprar coles, mientras va en el tren, por debajo de su abrigo asoman los bordes del suéter azul y percibe las miradas extrañadas de algunos pasajeros, a las cuales no prestó importancia, él continúa saliendo y vistiéndose con la ropa de su esposa Trudi.

La joven bailarina del parque se va convirtiendo poco a poco en su confidente y, mientras miran algunas fotos, Rudi le dice que su esposa era como alguien que estaba enjaulado, atrapado.

*Afortunadamente, Rudi encontró alguien que fuera capaz de escuchar sin juzgarlo como extraño o enfermo, alguien que soportara oír aquello que él tenía que decir acerca de Trudi. La chica del parque recientemente había perdido a su madre y compartía con Rudi los recuerdos que de ella conservaba.*

La joven del parque le dice a Rudi que hace tiempo que su madre murió y ahora la imagina como un pato, que unas veces está sobre el agua y otras bajo el agua, que su madre siempre estaba hablando por teléfono y para ella bailar butoh era una forma de recordarla.

*La pregunta que tanto angustia a Rudi es ¿dónde está Trudi?, porque no puede imaginarla en algún lugar.*

*Al parecer, la chica del parque logró encontrar la manera de conservar en el recuerdo la presencia de aquel ser querido que ya no está presente, imaginándolo de esta manera singular.*

Rudi prepara rollitos de col para su hijo Karl, un platillo que Trudi le preparaba a él. También le invita esos rollitos a su amiga, la bailarina del parque. Rudi le dice que hizo rollos de col para su esposa.

*Hacer algo para recordarla, conservar presente a su esposa muerta, aunque de una manera distinta, hacer algo en honor, en nombre de alguien más, aun cuando ese alguien ya no esté.*

Rudi decide dejar la casa de Karl, y le propone a su amiga, la bailarina del parque, que lo acompañe a un viaje que su esposa quería hacer, mientras abre su maleta y le muestra la ropa de Trudi. La joven acepta y viajan al monte Fujiyama, aunque ella le advierte que el señor Fuji es muy tímido y no siempre se deja ver.

*Rudi realiza el viaje que su esposa deseaba tanto, hace este viaje en nombre del recuerdo de su esposa.*

Así fue: una densa niebla impedía que pudieran mirar el tan ansiado monte Fujiyama. Se hospedaron en un hotel cercano y esperaron: impacientes salían con la esperanza de poder admirar la majestuosidad del monte, pero era en vano: un denso velo de niebla continuaba ocultándolo.

Una noche, mientras la joven bailarina de butoh duerme. Rudi queda maravillado cuando, después de tanto esperar, puede admirar el gran monte Fujiyama. Entonces Rudi maquilla su cara como si fuera un bailarín de butoh, se viste con el kimono de su esposa y sale de la habitación.

*Paso a paso, cada una de estos actos que Rudi realiza, dan la impresión de que se está preparando para llevar a cabo un ritual.*

En la orilla del lago donde Rudi podía admirar el monte, empieza a ejecutar el baile de las sombras; de pronto ya no está bailando solo: al parecer, su querida Trudi baila con él mientras va desfalleciendo, muriendo lentamente a la orilla del lago y como fondo de ese escenario el majestuoso monte Fujiyama.

*Finalmente, Rudi, al cumplir los deseos y expectativas de su querida Trudi, logra hacer algo aventurado antes de morir. ¡Vivir!*

### **3.8 Diferentes formas de enfrentar la muerte de un ser querido**

En los cuatro fragmentos incluidos en este capítulo, a pesar de tratarse de experiencias por demás distintas, es posible ubicar un elemento constante: la muerte de un ser querido. Sin el afán de diagnosticar y con ello colocar todo en la misma cesta; el propósito ha sido conocer e ilustrar respecto al duelo pesaroso, la psicosis alucinatoria de deseo y la relación entre ellos.

Cada uno de estos fragmentos marca ciertas singularidades en cuanto a las diferentes formas de enfrentar la muerte de un semejante. Si bien en estos cuatro fragmentos o viñetas se ubica un encuentro con la muerte de un ser querido, las circunstancias en que esto ocurre son diversas, así como la reacción inmediata de quien lo enfrenta.

Como ya se ha mencionado anteriormente, una de las afirmaciones de Freud (1915) en el texto *Duelo y melancolía*, es que universalmente se observa que la inmediata reacción ante la muerte de una persona amada es una comprensible renuencia, tomando por comprensible, como moderada o atemperada, de tal forma que paulatinamente dicha renuencia logra ser domeñada y así poder cumplir el mandato que impone el examen de realidad, que consiste en quitar toda libido de sus enlaces con el objeto amado. Sin embargo, es posible que esa renuencia atemperada o moderada no se presente como reacción inmediata ante la muerte de una persona amada y, en su lugar, se encuentre una inmediata aceptación ante la muerte. No obstante, esa renuencia se presenta posteriormente, ya no como moderada o atemperada, sino de manera intensa, generando con ello las condiciones de posibilidad para la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo.

Una de las implicaciones de este trabajo consiste en afirmar que la intensidad de la renuencia depende del modo en que el sujeto enfrente la realidad de la muerte de una persona querida, pues un encuentro inesperado, abrupto, violento y en solitario con la

realidad de la muerte de una persona amada, favorece el incremento de intensidad en la renuencia y, con ello, la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo.

En la primer viñeta que se incluye en este capítulo, se ubica una aceptación inmediata de la muerte de un ser querido, tanto en la frase “muerto el perro se acabó la rabia“ que expresa la esposa al momento en que cae el cuerpo sin vida de su esposo, como los actos que lleva a cabo en esos precisos momentos (principalmente la cancelación del contrato de arrendamiento de su casa), aunque posteriormente ella afirme que su esposo está en la calle, que habla con personas que ambos conocen y que la está buscando.

En cuanto a la segunda viñeta, es posible observar que la manera en que Estrella conoce a sus hermanitos resulta, además de siniestra, inexplicable, ya que sin más un buen día su abuelo le muestra dos frascos que contienen los fetos en alcohol y le dice que ellos son sus hermanos.

Este encuentro silencioso con el rostro de la muerte provoca que Estrella hable después incansablemente de sus hermanitos Karla y Juan, pero no como seres muertos o que hayan muerto, sino como compañeros de juegos, de colegio, etcétera; viven con ella, comparten su vida y que están donde ella está.

En estas dos primeras viñetas, se trata de un encuentro inesperado con la muerte, pero además de inesperado, violento y, quizá por ello, sin posibilidades de reaccionar. En estos dos fragmentos no es posible ubicar señal alguna del estado de duelo pesaroso. Además, en la primera viñeta se encuentra la ausencia de ritos y ceremoniales funerarios.

En el fragmento del cuento de Oé (1995) *Agüí, el monstruo del cielo*, aparentemente lo inesperado no es la muerte del bebé, sino el equívoco de los médicos en el diagnóstico que realizan del bebé. El señor D. había otorgado su consentimiento para que los médicos dejaran morir lentamente a su hijo recién nacido, pero cuando le informan el resultado de la autopsia, donde se percatan que se trataba de un tumor benigno, esta noticia le causa un shock a decir de su ex esposa esta noticia fue lo que desencadenó las visiones del señor D.

En cuanto al filme de Dörrie (2008), *Las flores del cerezo*, Rudi se enfrenta a la muerte de su querida Trudi, una muerte inesperada y, aun cuando su reacción inmediata fuera un sonoro y estrepitoso “¡NOOO!”), posteriormente se presenta cierta dificultad para la emergencia del estado de duelo pesaroso. Esta dificultad principalmente se ubica en la intolerancia de sus hijos para soportar ver en su padre muestras de pesar y dolor por la muerte de su esposa.

Posterior a la muerte de su esposa, Rudi es atormentado por una pregunta recurrente: ¿dónde está Trudi?

Lo cual, posteriormente, se convierte en una imperiosa necesidad: ubicar en algún lugar a su esposa muerta.

En la primera viñeta, La esposa ubica en la calle a su esposo, después de mes y medio de haber muerto; ella está en la creencia de que él anda en la calle hablando con algunas personas y buscándola. En tanto que para Estrella sus hermanitos están donde ella está, porque después de ese encuentro ominoso e inexplicable, Karla y Juan se han convertido en sus compañeros. El padre de Agüí, lo ubica en el cielo a cien metros de la tierra; el señor D. habla con su acompañante del mundo donde percibe al bebé muerto.

En cada uno de estos cuatro fragmentos, los sobrevivientes a la muerte de un ser querido viven esa pérdida de manera singular.

Rudi viste su cuerpo con la ropa de su esposa y de esta manera sale a las calles de Tokio, realizando tres de los deseos más preciados de Trudi: ejecutar el baile de las sombras, mirar el monte Fujiyama y las flores del cerezo.

Estrella conserva a sus hermanitos, pero no en un frasco con alcohol como lo hace su abuelo, sino como sus compañeros, les asigna una identidad, les da vida, comparte su existencia cuando los menciona y habla de ellos.

El señor D. construye recuerdos para su hijo Agüí, tratando de no dejar huella de su paso por el tiempo presente, algo que resulta paradójico, pues los recuerdos son considerados como huellas en la memoria. Por eso su objetivo resulta fallido, ya que su acompañante recuerda y narra esta historia; al hacerlo también modifica su propia historia.

Cabe señalar la importancia del recuerdo que conservan los deudos de aquellos seres queridos que han muerto.

La importancia en lo simbólico de una historia, de unos recuerdos que contar, que recrear y recrearse con ellos, incluso como una necesidad humana. Tanto en lo que concierne a la pequeña Estrella como en el cuento de Agüí, donde no existían recuerdos que contar ya que se trataba de seres con quien no había una historia en común, de alguna manera se crean esos recuerdos, dando vida y creando un vínculo que hasta entonces era inexistente. Es posible decir que se trata de seres que se aman a partir de haberlos encontrado en la muerte.

La importancia simbólica de construir y contar con una historia cuando no hay una vida compartida en común. Es posible que la imaginación se desborde en formas e imágenes grotescas, fantásticas o terroríficas en torno a la muerte de un ser con quien se crea o se tenía la expectativa de compartir la vida, como un hijo o unos hermanos.

Contar con el recuerdo de una historia puede ser considerado una necesidad humana. Pero también es necesario que haya otro que escuche esa historia y esos recuerdos por contar. En cada uno de los cuatro fragmentos que aquí se han relatado se denota la necesidad de otro que escuche. La esposa acude con la psicóloga; Estrella habla en su terapia de sus hermanitos; el señor D. comparte con su acompañante el mundo donde percibe al bebé muerto y Rudi encuentra en la bailarina del parque alguien que escucha el desconcierto que le causa no saber dónde está Rudi, sin que en esa joven bailarina de butoh asome el más mínimo asombro al mirarlo vestido con las ropas de su esposa fallecida. Las distintas formas de vivir o enfrentar la muerte de un ser querido y los efectos que la muerte causa en los sobrevivientes.

## **Conclusiones del capítulo**

La relación entre psicosis alucinatoria de deseo y duelo es posible bajo dos condiciones: que se trate del duelo pesaroso, es decir el duelo causado por la muerte real y objetiva de un ser querido, y que la forma en que se enfrente dicha realidad sea un encuentro súbito, silencioso, violento y en solitario, con el siniestro rostro de la muerte de la persona amada.

Dicha relación entre duelo pesaroso y psicosis alucinatoria de deseo es una relación de ausencia, es decir que, en ausencia de las manifestaciones del duelo pesaroso aparece la psicosis alucinatoria de deseo, lo cual también representa una objeción al trabajo de duelo. Es necesario agregar también el adjetivo pesaroso, al estado de duelo. Entonces, el estado de duelo pesaroso se caracteriza por un talante o semblante profundamente dolido, la pérdida del interés por el mundo exterior, pérdida de la capacidad para escoger algún nuevo objeto de amor y el extrañamiento respecto de cualquier trabajo productivo.

El estado de duelo pesaroso, a pesar de la inhibición que representa, no es considerado como patológico, ya que se tiene presente y se conoce la razón que lo causa; también se tiene la expectativa de que, pasado cierto tiempo, poco a poco, es decir de manera paulatina, dicho estado será superado.

Sin embargo, cabe la posibilidad de que este conjunto de síntomas sea omitido, apareciendo en su lugar indicios de la retención del objeto amado mediante la psicosis alucinatoria de deseo, la cual representa también una objeción para llevar a cabo el trabajo de duelo.

Precisamente, el trabajo de duelo propicia el tránsito del estado de duelo pesaroso. Sin embargo, no es un proceso terso, ya que el trabajo de duelo consiste en una lucha intensa por desatar los enlaces libidinales, recuerdos y expectativas conservadas hasta entonces con la persona amada que ha muerto. Una vez cumplido el trabajo del duelo, se espera que el yo se libere de las inhibiciones y manifestaciones presentes en el estado de duelo pesaroso.

Como hemos dicho, existe la posibilidad de que todo este recorrido no se cumpla de esta manera, presentándose entonces un escenario distinto, generado por un incremento en la intensidad de la renuencia, lo cual produciría el extrañamiento de la realidad y, con ello, la retención del objeto mediante la psicosis alucinatoria de deseo.

El examen de realidad muestra que el objeto amado ya no existe más, es decir que aquello que está presente en la realidad objetiva es la muerte de la persona amada: frente a dicho escenario, el modelo es que, ante la realidad objetiva de la muerte de una persona amada, aparezca esa comprensible renuencia y precisamente la cualidad de ser atemperada permita que sea superada, surgiendo entonces las manifestaciones que indican el estado de duelo pesaroso, apegándose en consecuencia a aquello que muestra el examen de realidad, acatar y obedecer su imperativo de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto, es decir lograr el objetivo del trabajo de duelo.

La intensidad de la renuencia, ese elemento clave en la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo, se encuentra en función de la manera en que la realidad objetiva, la muerte de una persona amada, se muestra ante el sujeto. El encuentro abrupto inesperado y silencioso con el rostro de la muerte de una persona amada, incrementa la intensidad de la renuencia produciendo un extrañamiento de la realidad y la retención del objeto.

La retención del objeto amado como algo que sobrepasa los límites de lo imposible, es decir aquello que logra hacer posible lo imposible permite que la existencia de la persona amada continúe presente en lo psíquico.

Es una realidad presente y vigente para aquel que la vive, en tanto que habla de ella y actúa en consecuencia con esa realidad.

Un encuentro con la muerte inesperado, violento y silencioso, de modo que de inmediato no haya cabida para que se presente una renuencia comprensible o atemperada y que pasado cierto tiempo, esa renuencia logre alcanzar un grado de intensidad mayor, una



intensidad tal que genere las condiciones de posibilidad para la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo, provocando un extrañamiento de la realidad y la retención del objeto.

Efectivamente, como ya se ha mencionado en cuanto a la pequeña Estrella, sus hermanitos se quedan en su decir, en su vivir o vivenciar cotidiano, causando estragos en su forma de ser, convirtiéndose en una niña callada, reservada, que come mucho y habla poco, a decir de su madre. Sin embargo, hay un lugar donde habla y no come, juega con aquello que no puede comerse, sus hermanitos son de ella y no pretende compartirlos con su madre; hasta pasado un tiempo los comparte en su tratamiento, o bien pretende que ellos compartan su tratamiento. Una historia cifrada en dos seres que están ahí, en dos frascos y que, a partir de ese encuentro, están en la vida y los juegos de Estrella, están en su decir habla no sólo de algo que le ha hablado, sino de alguien que convive y comparte juegos, gustos y momentos con ella.

En cuanto a La esposa, incluso busca quién le escuche y pide hablar con una psicóloga para expresar una serie de acontecimientos que, a partir de la muerte de su esposo el profesionalista, le han ocurrido: algunas personas le hablan de él y le dicen que anda y vive en la calle, que la busca y finalmente que su esposo está en su casa observándola.

Aun cuando estos dos relatos permiten dilucidar la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo en relación con el duelo pesaroso, también permiten percatarse de ciertas diferencias. Para Estrella, sus hermanos Karla y Juan se convierten en sus compañeros de juegos, de escuela, platica y convive con ellos. Para la esposa, su esposo se ha convertido en su perseguidor, en alguien que la busca y la observa, ahora él vive para ella, pero como una imagen persecutoria que quiere hablarle, la busca y observa sus actos.

## CAPÍTULO IV

### RELACIÓN, PSICOSIS ALUCINATORIA DE DESEO Y PARANOIA

Para este cuarto y último capítulo se impone como primera tarea conocer cuál es la relación entre psicosis alucinatoria de deseo y paranoia, para posteriormente pasar al análisis de dicha relación y finalmente dar respuesta a la siguiente pregunta: ¿cuándo y por qué en la psicosis alucinatoria de deseo, en su relación con el duelo pesaroso, la retención del objeto amado puede llegar a presentarlo en posición de perseguidor?

En el capítulo anterior fue posible conocer la peculiar relación entre duelo y psicosis alucinatoria de deseo. Cabe reiterar que se trata de una relación de ausencia, es decir que la psicosis alucinatoria de deseo se presenta en ausencia del estado de duelo pesaroso y de sus manifestaciones; así como también que ella representa una objeción, o dificultad para realizar el trabajo de duelo. Sin embargo, ahora, también es posible suponer cierto vínculo entre la psicosis alucinatoria de deseo y la paranoia, relación que ocupa el principal empeño para este último capítulo.

#### 4.1. Relación duelo, delirio y paranoia

El vínculo que une estos tres términos es la retención del objeto amado, el cual constituye un fenómeno propio de la psicosis alucinatoria de deseo.

En 1915, Freud indica puntualmente en el texto *Duelo y melancolía* las características del estado de duelo pesaroso, refiriendo que dicho estado se manifiesta por un semblante dolido, la pérdida del interés por el mundo exterior -en todo lo que no recuerde al muerto-, la pérdida de la capacidad de escoger algún nuevo objeto de amor -en reemplazo, se diría, del llorado-, el extrañamiento respecto de cualquier trabajo productivo que no tenga relación con la memoria del muerto, lo cual indica una entrega incondicional al estado de duelo pesaroso, donde no hay cabida para otros propósitos y otros intereses.

Este pasaje describe efectivamente el estado de duelo pesaroso. Estado, cuya causa es la muerte de una persona amada y, como es posible observar, se encuentra caracterizado por una entrega total a la añoranza y el recuerdo del ser amado que ha muerto.

Por tanto, el trabajo de duelo pesaroso se encuentra íntimamente relacionado con esos recuerdos, añoranzas y expectativas que hayan existido en común hasta antes de la muerte de la persona amada. Es decir que en el trabajo de duelo se encuentran en juego los recuerdos de una historia en común con aquella persona amada que ha muerto. Por lo anterior, es posible aventurar la hipótesis de, que en el estado de duelo pesaroso, no habría cabida para la formación de un delirio, ya que en dicho estado se tiene en cuenta que se habla de recuerdos de una historia vivida en común hasta antes de la muerte del ser amado.

La elaboración del trabajo de duelo remite a rememorar y añorar experiencias vividas, sueños y proyectos que se hayan encontrado vigentes hasta antes de la muerte del ser querido. Sin embargo, es necesario tomar en cuenta la diferencia que hay cuando un sujeto habla, una y otra vez de sus recuerdos y expectativas, y cuándo el discurso del sujeto trata de una narración alucinatoria o delirante.

Los recuerdos permiten al sujeto hablar de una historia pasada, de experiencias ocurridas en otro momento y circunstancia, es decir en el pasado, mientras que en la narración delirante es posible ubicar la creencia de una realidad presente, realidad que se construye en el momento mismo en el que es enunciada.

No se debe restar importancia al relato que cada sujeto pueda realizar respecto a su historia personal y considerando las implicaciones simbólicas que ésta representa en la vida de todo sujeto, hablar de la historia personal no es un asunto sencillo o de poca importancia. Al respecto, es posible citar algunos pasajes mencionados por J. Lacan en la sesión del 13 de enero de 1954 en el Seminario 1, donde menciona que “la reconstitución completa de la historia del sujeto es el elemento esencial, constitutivo, estructural, del progreso analítico”. (Lacan., J. 2002:26)

En esta sesión, Lacan también aclara la diferencia entre la historia y el pasado del sujeto, cuando afirma que “la historia no es el pasado. La historia es el pasado historizado en el presente, historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado”. (Lacan., J. 2002:27)

Las anteriores líneas permiten, reafirmar que, cuando el sujeto habla de su historia existe la convicción de estar narrando una historia vivida en el pasado, pero narrada y vista en retrospectiva con la mirada del presente. La historia, como cada quien la recuerde y pueda contarla, a pesar de todo, no deja de ser historia.

Además, lo anterior da la posibilidad de ubicar un sentido diferente al trabajo de duelo y su elaboración en el proceso de análisis, ubicando el trabajo de duelo, no sólo como un recuento de recuerdos, vivencias o expectativas trucas, sino como una reconstrucción o restitución de la historia del sujeto que se encuentra elaborando el trabajo de duelo, considerando así que el verdadero valor recae en lo que el sujeto logre reconstruir a partir de aquello que rememora respecto de su existencia, en relación con aquella persona amada y apostando a que en el proceso de análisis algo nuevo e inédito surja en el trayecto de elaboración del trabajo de duelo, lo cual permite que el sujeto logre reescribir o resignificar, no sólo su historia, sino el porvenir de su vida a partir de la muerte de un ser amado.

En el trabajo de duelo, cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos: en ellos se consume el desasimiento de la libido.

El objetivo logrado del trabajo de duelo consiste precisamente en liberar los vínculos libidinales existentes con el ser amado hasta antes de su muerte, pero también es replantearse la vida a partir de la ausencia del ser amado. Claro que no se trata de cualquier tipo de ausencia, se trata de la principal y más dolorosa de las ausencias: la muerte. Razón de sobra para replantearse el sentido y la importancia del trabajo de duelo, ya que éste no transcurre de manera tersa y sencilla. El trabajo de duelo implica una intensa lucha para

colocar en otro estado psíquico cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto amado.

Por lo tanto, el trabajo de duelo no puede pensarse simplemente como la sustitución de un objeto por otro, es decir, la sustitución de un ser amado por otro. Tampoco es posible suponer que el objetivo logrado del trabajo de duelo consista en abandonar al olvido los sentimientos y los lazos amorosos que unían al deudo con la persona amada hasta antes de su muerte. Pensar el trabajo de duelo en el sentido de la sustitución y el olvido del ser amado, resulta una manera grosera y hasta grotesca de concebir, no sólo el trabajo de duelo sino la muerte misma del ser amado.

Freud postula en 1915 el duelo pesaroso como la reacción frente a la pérdida de una persona amada. Tanto el estado de duelo pesaroso y el trabajo de duelo, como los mitos ritos y actos funerarios, dan cuenta de dicha reacción ante una realidad inminente e innegable, por más dolorosa que ésta sea para el deudo, la muerte de un ser querido. En estos actos, es necesaria la presencia de los otros, ya que por lo general son actos públicos, sin que esto represente la aceptación total de dicha realidad, representa la posibilidad de reaccionar ante la realidad de la muerte que, por más doloroso y desgarrador que esto sea, trae consigo cierto efecto de alivio para el deudo, ya que impide la retención del objeto amado mediante la psicosis alucinatoria de deseo. Como ya se ha mencionado en capítulos anteriores, la psicosis alucinatoria de deseo presenta como condición de posibilidad para su emergencia un aumento en la intensidad de la renuencia, mismo que es susceptible de presentarse ante un encuentro violento e inesperado con la realidad de la muerte de una persona amada, es decir, haber quedado inundado o tomado por una realidad brutal, súbita e inesperada, ante la cual no hubo forma de reaccionar

Así como el estado de duelo pesaroso y el trabajo de duelo se encuentran caracterizados por un talante dolido, y la entrega incondicional al recuerdo y la añoranza, la psicosis alucinatoria de deseo se encuentra caracterizada precisamente por la ausencia de dichos signos y aparentemente una inmediata aceptación de la muerte del ser querido. Sin embargo, pasado cierto tiempo, se presenta un fenómeno por demás inexplicable para el

deudo, fenómeno que en psicoanálisis es nombrado como retención del objeto amado y que se explica a partir del incremento en la intensidad de la renuencia y del extrañamiento de la realidad.

Tanto el estado de duelo pesaroso como el trabajo de duelo, implican un gasto de tiempo y de energía de investidura; el destino de la libido sustraída del objeto de amor que se ha perdido es consumida en estos dolorosos procesos, los cuales se llevan a cabo de manera paulatina, con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura. Por más dolorosos y desgarradores que ellos puedan ser, resulta inoportuno, y aun dañino, perturbarlos, pues no son considerados como patológicos. Además, se espera que, una vez cumplido el objetivo del trabajo de duelo, el yo se vuelva otra vez libre y desinhibido. Por lo tanto, es posible considerar como válido suponer que, en el estado de duelo pesaroso y el trabajo de duelo, no haya cabida para la emergencia del delirio.

Freud en 1915, aborda de manera teórica y conceptual el asunto del duelo pesaroso, el trabajo de duelo y la psicosis alucinatoria de deseo, a la vez que discierne el duelo respecto de la melancolía y la manía. Desafortunadamente, el texto *Duelo y melancolía* carece de algún elemento clínico que permita ejemplificar, sobre todo, la psicosis alucinatoria de deseo, estado en el cual la retención del objeto amado resulta un punto central.

Por lo tanto, es necesario cuestionar cómo se logra la retención del objeto amado en la psicosis alucinatoria de deseo. Tratando de encontrar alguna respuesta a lo anterior, habrá que recurrir al texto que Freud escribió en 1915, *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*, el cual ya ha sido citado en el primer capítulo de este trabajo como uno de los lugares donde Freud menciona la psicosis alucinatoria de deseo de la siguiente manera:

“La formación de la fantasía de deseo y su marcha regresiva hasta la alucinación son las piezas más importantes del trabajo del sueño, pero no le pertenecen a él con exclusividad. Al contrario; se encuentran también en dos estados patológicos: en la confusión alucinatoria aguda, la *amentia* (de Meynert), y en la fase alucinatoria de la esquizofrenia. El delirio alucinatorio de

la *amentia* es una fantasía de deseo claramente reconocible, que a menudo se ordena por entero como un cabal sueño diurno. De un modo generalizante podría hablarse de una *psicosis alucinatoria de deseo*, atribuyéndola al sueño y a la *amentia* por igual” (Freud., S. 2000:228).

En el mencionado texto, Freud trabaja y pone en cuestión el mecanismo que permite las vías de acceso hasta la alucinación, investigación que emprende apoyado en estados y fenómenos que, según su decir, pueden llamarse como modelos normales de afecciones patológicas.

Dicha investigación también permite discernir la manera en que se logra la retención del objeto amado en la psicosis alucinatoria de deseo, por tanto resulta lícito aventurar la hipótesis de que dicha retención se logra mediante el delirio alucinatorio, el cual es referido en la cita anterior como una fantasía de deseo.

En el texto de 1915 referido anteriormente, a modo de aclaración, Freud menciona:

“Tengamos en claro que la psicosis alucinatoria de deseo –en el sueño o dondequiera- consume dos operaciones en modo alguno coincidentes. No sólo trae a la conciencia deseos ocultos o reprimidos, sino que los figura, con creencia plena como cumplidos” (Freud., S. 2000:229).

Es necesario detenerse un poco, para trabajar y conocer de cerca la noción de retención de objeto, ya que representa un punto de unión entre el duelo pesaroso y la psicosis alucinatoria de deseo.

Por la forma en que se manifiesta la retención del objeto amado, el delirio alucinatorio permite suponer cierto vínculo con la paranoia.

## 4.2. La retención del objeto amado

La retención del objeto amado aparece unida a la psicosis alucinatoria de deseo en el escrito de 1915 *Duelo y melancolía*, donde Freud la menciona de manera esquemática como sigue:

“El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. A ello se opone una comprensible renuencia; universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aún cuando su sustituto ya asoma. Esa renuencia puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo” (Freud., S. 200:242).

Aquí, ese objeto amado del que se habla es precisamente la persona amada que ya no existe más porque ha muerto y eso es justamente lo que muestra el examen de realidad: la muerte del objeto amado. Entonces, actuar en consecuencia con el examen de realidad implica acatar su mandato, el cual consiste en retirar toda libido de sus enlaces con el objeto amado mandato que no se cumple sin antes haber sorteado una comprensible renuencia, la cual se puede entender también como atemperada o moderada hasta cierto punto.

La emergencia de dicha renuencia es algo que se observa de manera universal, es decir que, ante la muerte de un ser amado, la reacción inmediata ante aquello que muestra el examen de realidad es la renuencia: una reacción posterior es el estado de duelo pesaroso, para que después exista la posibilidad de realizar el trabajo de duelo.

Hasta este punto, todo parece indicar que se está hablando del duelo pesaroso y el trabajo de duelo que, como ya se ha mencionado, no transcurren de manera sencilla o tersa, ya que en ambos casos es necesario sortear una intensa lucha y un reacomodo de la libido que se encontraba depositada en el objeto amado.



Es decir, hasta aquí se está hablando del esquema paradigmático de las concepciones freudianas respecto al duelo pesaroso. Freud (1915) menciona que “el duelo normal vence sin duda la pérdida del objeto y mientras persiste absorbe de igual modo todas las energías del yo”. (Freud., S. 200:252)

En este trayecto, que abarca la muerte del objeto amado, la cual es mostrada por el examen de realidad, la aparición de una comprensible renuencia como reacción inmediata ante aquello que muestra el examen de realidad y el estado de duelo pesaroso, hasta llegar al objetivo cumplido del trabajo de duelo, surgen algunas interrogantes. ¿Qué ocurre si la reacción inmediata ante la muerte de un ser querido no es una comprensible renuencia? si en su lugar se presentara como reacción una inmediata aceptación de la muerte de la persona amada.

El asunto de la renuencia constituye un elemento importante en todo este entramado. En 1915 Freud menciona que, las consecuencias de un incremento en la intensidad de la renuencia producen un extrañamiento de la realidad y la retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo. Como ya se ha mencionado, la condición de posibilidad para la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo es el incremento en la intensidad de la renuencia, el cual se encuentra en función de un encuentro súbito, violento y en solitario con la muerte de la persona amada.

El mandato proveniente del examen de realidad es claro: quitar toda libido de sus enlaces con el objeto. Según el modelo freudiano, este mandato se cumple poco a poco, de manera trabajosa y consumiendo un gran gasto de energía libidinal, pero al parecer en la psicosis alucinatoria de deseo todo ocurre de manera contraria y la reacción inmediata ante la muerte de un ser querido no es una comprensible renuencia, sino una inmediata aceptación de aquello que la realidad ha mostrado y, por lo tanto, una intempestiva retirada de la libido depositada en el objeto amado.

Entonces es posible que esa renuencia atemperada, que en su momento no se presentó como reacción inmediata ante la muerte de un ser querido, sea susceptible de presentarse

posteriormente de manera intensa y generando con ello la retención del objeto amado. Pero ¿qué es lo que se retiene, el objeto amado o la libido depositada en él?, porque la muerte del objeto o persona amada es un hecho real y efectivo. También surge la siguiente interrogante: ¿cuál es el destino de la libido que ha sido sustraída intempestivamente del objeto amado?

Respecto a la libido, Lacan señala que:

“De hecho, la noción de *libido* se revela, en la doctrina de Freud, como una entidad teórica sumamente amplia, que desborda, con mucho el deseo sexual especializado del adulto. Más bien tiende a identificarse con el *deseo*, con el eros helénico, pero entendido en un sentido vastísimo, a saber, como el conjunto de los apetitos del ser humano, que van mucho más allá de sus estrictas necesidades de conservación, la preponderancia enorme de estos instintos eróticos en el determinismo de un orden importante de trastornos y de reacciones del psiquismo es uno de los hechos globales mejor demostrados por la experiencia psicoanalítica” (Lacan., J. 2000:232).

La libido, energía psíquica de las pulsiones sexuales y expresión de vitalidad, pues sublimada se transforma en interés por las cosas del mundo; pero también como una energía en gran medida generadora de trastornos en el psiquismo.

En la psicosis alucinatoria de deseo se estaría hablando de una gran cantidad de energía libidinal sustraída del objeto amado de manera súbita e intempestiva, sin haber sorteado la más mínima renuencia. Pero cabe mencionar que no todo desasimiento libidinal acarrea por consecuencia trastornos psíquicos. A propósito, es posible citar lo dicho por Freud en 1910, en el escrito *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*: “Es seguro que en la vida anímica normal (y no sólo en el duelo) consumamos de continuo tales desasimientos de la libido de personas y otros objetos, sin enfermar por ello”. (Freud., S. 2000:66)

Freud Agrega:

“...conservamos la libido libre flotando dentro de la psique, donde origina tensiones e influye sobre el talante; en la histeria, el monto libidinal liberado se muda en inervaciones corporales o en angustia. Ahora bien, en la paranoia tenemos un indicio clínico de que la libido sustraída del objeto es llevada a un particular empleo. Recordemos que la mayoría de los casos de paranoia muestran un poco de delirio de grandeza, y que este último puede constituir por sí solo una paranoia” (Freud., S. 2000:67).

Por lo tanto, es posible suponer que, en el caso de la psicosis alucinatoria de deseo, el destino de un enorme monto de energía libidinal sustraída súbitamente del objeto amado puede ser el delirio alucinatorio, lo cual permite también discernir el duelo pesaroso de la psicosis alucinatoria de deseo, ya que mientras en el duelo, el talante dolido y el trabajo de duelo consumen poco a poco grandes montos de energía de investidura, en la psicosis alucinatoria de deseo, ese enorme monto de energía libidinal sustraída del objeto amado de manera súbita e intempestiva presta ocasión para la emergencia del delirio alucinatorio, a saber que, la persona amada que ha muerto continúa con vida.

El problema no está en el desasimiento de la libido: esto pasa en todas las patologías, en el duelo pesaroso y en la vida normal, el problema es el destino que tenga esa libido. La retención del objeto amado, como un fenómeno propio de la psicosis alucinatoria de deseo, constituye un elemento donde convergen el duelo, el delirio alucinatorio y la paranoia, los cuales desde el psicoanálisis permiten explicar un fenómeno clínico que, además representa una creencia propia de nuestra cultura mexicana, pues se encuentra presente la arraigada idea de que después de muerta una persona es posible que regrese, o que posteriormente a la muerte de algún ser querido sus deudos afirmen haberlo visto o escuchado; fuerte creencia popular propia de nuestra cultura mexicana, que incluso los nombra como aparecidos.

El destino después de la muerte es una inquietud presente no sólo en nuestra cultura y nuestro contexto, ya que representa una de las principales interrogantes a lo largo de la historia de la humanidad. Tanto la poesía como la literatura dan cuenta de ello. Sócrates, por ejemplo, se muestra gustoso antes de morir, porque espera una mejor vida después de la muerte y, al realizar su apología ante Simmias y Cebes, afirma:

“Es preciso, pues, satisfaceros –replicó Sócrates- y procurar que esta apología tenga mejor resultado respecto de vosotros que el que tuvo la primera respecto de los jueces. En verdad, Simmias y Cebes, si no creyese encontrar en el otro mundo dioses tan buenos y tan sabios y hombres mejores que los que dejó en éste sería un necio si no me manifestara pesaroso de morir” (Editores Mexicanos Unidos: 2001: 178).

No obstante, la inquietud que motivó este trabajo parte de un hecho clínico: precisamente el encuentro con el relato de una mujer de 34 años, a quien es posible identificar en el capítulo anterior como la esposa. Ella, acude buscando atención psicológica, ya que aproximadamente un mes después de la muerte de su esposo le ocurren algunas cosas; según afirma, son cosas inexplicables, escapan a toda lógica, refiere que unas personas cercanas a su entorno le han dicho que su esposo, la anda buscando y le envía algunos recados con ellas.

La retención del objeto amado se explica mediante una retención de la libido, la cual ha sido liberada como consecuencia de una inmediata aceptación de la muerte de un ser querido. En este caso, el discurso de la esposa permite materializar estos supuestos teóricos. Recordemos que, ante la repentina muerte del profesionista lo único que la esposa, atina a pronunciar es “muerto el perro se acabó la rabia”, en el instante mismo en que su esposo cae al piso, después de haberse disparado un tiro en la cabeza.

Aparentemente, lo que se presenta como reacción ante lo ocurrido es una inmediata y repentina aceptación de la muerte; esta reacción genera como consecuencia que no emerja de inmediato una comprensible renuencia, así como la ausencia del duelo pesaroso y la

dificultad para realizar y cumplir el objetivo del trabajo de duelo. Sin embargo, la comprensible renuencia que en su momento no se presentó, surge posteriormente, sólo que no surge como se supone que debería haberlo hecho en un principio, como moderada o atemperada, sino que se presenta con una intensidad mayor, generando la retención del objeto amado, es decir la retención de la libido depositada hasta antes de la muerte del ser querido.

Este concepto teórico, denominado por Freud como retención del objeto amado, se expresa en un hecho clínico: el delirio alucinatorio, formación delirante, que toma la palabra y se hace escuchar como un intento de reconstrucción de una relación con la realidad, relación que ha sido dañada por la irrupción abrupta de la muerte de un ser querido, intentando reconstruir un mundo que se ha caído en pedazos de manera violenta y repentina.

En 1910, Freud menciona que el paranoico reconstruye su mundo, claro que no más espléndido, pero al menos sí de tal suerte que pueda volver a vivir dentro de él; afirma que el paranoico: “lo edifica de nuevo mediante el trabajo de su delirio. *Lo que nosotros consideramos la producción patológica, la formación delirante, es, en realidad, el intento de restablecimiento, la reconstrucción*”. (Freud., S. 2000:65)

La esposa manifiesta la creencia en esos dichos que escucha de los otros, pero ¿de dónde vienen? Además, recordemos que su respuesta en repetidas ocasiones es la misma: “no puede ser, porque mi esposo murió hace más de un mes”. Es posible que ella misma sea el emisor de esos mensajes y como Freud lo afirma en 1910 a propósito del presidente Schreber, que “lo cancelado adentro retorna desde afuera”. (Freud., S. 2000:66)

Para ella, su esposo tiene un rasgo particular con el que incluso inicia su relato: en su infancia fue un niño de la calle en la ciudad de México. Este aspecto, posteriormente se convierte en rasgo característico de la formación delirante, ya que, después de muerto, el profesionista continúa en la calle, pero ahora como su perseguidor contradiciendo de manera ominosa su dicho inicial, “muerto el perro se acabó la rabia”. Esta última frase da

cuenta de una inmediata aceptación ante lo ocurrido, pero además de la frase se encuentra el proceder de la esposa, ya que los actos que realiza en consecuencia con lo ocurrido, indican esa inmediata aceptación de la muerte del profesionalista. Sin embargo, esos acontecimientos carentes de toda lógica, como ella los llama, surgen aproximadamente un mes y medio después de la muerte de su esposo. El núcleo de esta formación delirante consiste en afirmar que él continúa con vida y que vive en la calle.

Ante el discurso de esta mujer de 34 años, bien vale la pena abrir paso a una interrogación: ¿es este un discurso propio de la psicosis alucinatoria de deseo?

Aun cuando no se trate de una abundante producción de ideas delirantes, ellas permiten inferir el intento por reconstruir algo que ha sido devastado por la irrupción violenta de la muerte, tratando de resarcir una relación con la realidad, misma que ha sido transformada y dañada a partir de la muerte de su esposo.

Por decirlo de una manera figurativa, esta mujer de 34 años recoge sus guijarros rotos e intenta reedificar su mundo, para dejarlo como se encontraba hasta antes de la muerte de su esposo. El deseo de la esposa es que él continúe con vida. Sin embargo, siguiendo el texto de su relato, muestra una supuesta imposibilidad para encontrarse y ser ella quien hable con su esposo. ¿Por qué no podría ser ella quien lo mire y le hable?, ¿por qué únicamente a través de otros logra hablar de la muerte de su esposo?, estando de por medio una idea delirante que implica la creencia en que su esposo continúa con vida, que vive en la calle y habla con las personas que ambos conocieron. El mensaje es claro: el profesionalista busca a su esposa y quiere hablar con ella, la persigue y también la observa. Ella se sabe perseguida y observada por su esposo fallecido recientemente.

La esposa da cuenta de dichos acontecimientos mediante el discurso que expresa ante la psicóloga, en el cual es posible ubicar ciertos trazos alucinatorios y delirantes.

Freud (1910) menciona que, tras el derrumbe o devastación del mundo, en la paranoia se presenta un intento de reedificación, con el cual el paranoico trata de recuperar un vínculo. “Pero el hombre ha recuperado un vínculo con las personas y cosas del mundo, un

vínculo a menudo muy intenso, si bien el que antes era un vínculo de ansiosa ternura puede volverse hostil". (Freud., S. 2000:66).

El vínculo que ahora une a la esposa con el profesionista se encuentra mediado por los otros, bajo la creencia en que El profesionista se encuentra con vida, que vive en la calle y la busca porque quiere hablar con ella; pero también está en su casa, atrás de ella, sin decir palabra, únicamente está ahí sentado en cuclillas observando lo que hace.

Retener al objeto amado, pero como un perseguidor. La esposa, después de la violenta y súbita muerte del profesionista, lo conserva, pero ¿por qué como un perseguidor?

#### **4.3. ¿Cuándo y por qué en la psicosis alucinatoria de deseo, en su relación con el duelo pesaroso, la retención del objeto amado puede llegar a presentarlo en posición de perseguidor?**

El deseo es conservar al objeto amado, ¿por qué? La esposa lo conserva como un perseguidor que observa lo que hace y está a sus espaldas, sentado en cuclillas como un niño, únicamente mirándola.

Rememoremos la segunda viñeta que se relata en el capítulo anterior, donde se menciona lo ocurrido a la pequeña Estrella.

Ella se encontró de manera súbita e inesperada con sus hermanos, en el momento en que su abuelo le muestra dos frascos con los fetos y le afirma que ellos son sus hermanos. Cuando esto ocurrió, Estrella era una niña de escasos seis años, estaba por iniciar la educación Primaria. Sin duda, fue un encuentro macabro y violento con el rostro de la muerte de sus hermanos, esos pequeños cuerpos sin forma atrapados en dos frascos con alcohol. Pero además, que sea su abuelo, con quien ella convivía de manera cotidiana, quien le afirme que ellos son sus hermanos, la deja sin posibilidades de reaccionar, pues ella no duda de la autoridad y seguridad con que le habla su abuelo.

A pesar de lo cruel de este encuentro, Estrella posteriormente empieza a organizar una historia donde están involucrados sus hermanos, historia donde ellos se ubican como sus compañeros de juegos y de colegio, no como unos perseguidores. A diferencia de lo ocurrido con la esposa, quien convivía desde hacia cinco años con su pareja y juntos formaron un hogar. Estrella no tenía conocimiento de sus hermanos, pues hasta antes de conocerlos ella era la hija mayor y única del matrimonio de sus padres.

Algo distinto ocurría entre La esposa y El profesionalista, ya que compartieron la vida en pareja durante cinco años, lo cual hace suponer la existencia de fuertes lazos libidinales entre ellos, lazos que entre Estrella y sus hermanos eran inexistentes. Podemos afirmar que algo de lo amoroso está de por medio, con todo lo ambiguo y ambivalente que puede resultar mencionar el amor. Viene al caso mencionar el amor ya que el mismo texto de Freud (1915) *Duelo y melancolía*, señala la retención precisamente del objeto amado o persona amada, como un elemento de la psicosis alucinatoria de deseo.

En el estudio que realiza a propósito del emblemático caso del Presidente Schreber, Freud en 1910, menciona que la relación del enfermo con su perseguidor se puede resolver mediante la siguiente fórmula: “que la persona ahora odiada y temida a causa de su persecución es alguien que alguna vez fue amado y venerado”. (Freud., S. 200:39) Afirma que la persecución establecida en el delirio sirve, sobre todo, para justificar la mudanza de sentimientos en el interior del enfermo.

Por lo tanto, es posible admitir que, la manera en que Estrella conserva a sus hermanos, no es como perseguidores, debido a que entre ellos era inexistente alguna relación o vínculo previos.

Estrella intenta construir una vida en común con sus hermanos, una vida que ellos no habían vivido. Ella intenta dar vida a esos pequeños que, inexplicablemente y de manera súbita, le fueron presentados por su abuelo como sus hermanos muertos, situación ante la cual quedó sin posibilidades de reaccionar, ni siquiera de articular palabra alguna, simplemente salió de la habitación. Sin embargo, posteriormente se fue transformando en una niña enojona, que come mucho y habla poco, quizá porque su interés se encuentra



depositado en ese empeño por darles una vida a sus hermanos: les asigna un nombre, Karla y Juan, les asigna una identidad, es decir les da vida, una vida que corre paralelamente a la suya. Por lo tanto, Karla y Juan no son unos perseguidores para Estrella, porque están con ella, conviven, son sus compañeros de colegio y de juegos, según lo refiere en su discurso, el cual expresa con creencia plena en que efectivamente juega y convive con sus hermanos, que los mira y juega con ellos. Resulta pertinente formular la siguiente pregunta: ¿se trata efectivamente de un delirio alucinatorio, surgido como producto de aquel encuentro ominoso y abrupto con los fetos de quienes, según su abuelo, son sus hermanos?

Conforme Estrella vive y construye su propia historia, también va dando vida a esos seres que la acompañan y, a partir del encuentro con ese rostro descarnado y cruel de la muerte ella se encarga de otorgarles un nombre, y actividades, de acuerdo a los alcances de una niña de su edad, pero no como perseguidores, sino como compañeros. Estrella viste de imaginación y fantasía esa realidad siniestra a la que cruelmente es enfrentada, al mirar aquellos pequeños trozos de carne sin forma, colocados en frascos e inundados en alcohol.

Estrella forma dicho vínculo conforme va construyendo su historia y sus recuerdos, donde están presentes sus hermanos. Por, tanto Karla y Juan no estarían en condiciones de constituirse en perseguidores, ya que, siguiendo la formulación freudiana, únicamente se puede constituir como perseguidor aquel que en otro momento fue amado. Al respecto, Freud en 1910 afirma tajante, en 1910, que “la observación no deja ninguna duda sobre que el perseguidor no es otro que el otrora amado”. (Freud., S. 2000:59)

Sin embargo, tampoco es posible generalizar y afirmar que toda aquella persona que ha sido amada, al momento de su muerte se convierte en un perseguidor.

Rememorando la última viñeta relatada en el capítulo tres, tomada del film de Dörrie (2008) *Las flores del cerezo*, Rudi después de la muerte de su amada esposa Trudi, empieza a actuar de manera inusual; según su hijo Karl, Rudi actúa muy extraño y considera que necesita terapia para superar su problema.

La película muestra una forma singular de vivir el duelo pesaroso, quizá como lo es cada duelo, como cada sujeto pueda expresar el dolor y desconcierto que la muerte de un ser querido le cause.

La reacción inmediata de Rudi fue un sonoro y estrepitoso “¡NOOO!”, al darse cuenta que mientras compartía el lecho con su esposa ella había muerto; posteriormente afloran en su rostro muestras de dolor y llanto, además expresa ante sus hijos que extraña a Trudi, muestras que fueron acalladas bajo la mirada intolerante de sus hijos.

Rudi se enfrenta con cierta dificultad para expresar dicho estado, dificultad que muy probablemente no fuera propia, sino de los otros, es decir de sus hijos para tolerar y soportar las muestras de dolor que el semblante de su padre expresaba.

Sin embargo, esa dificultad para manifestar el dolor por la muerte de su esposa se va agravando, mientras surge una inquietante y recurrente pregunta que le mortifica, pues no encuentra una manera de explicarse ¿dónde está Trudi?, como si faltara algo que le represente a su esposa.

Rudi manifiesta la creencia de que los recuerdos de su esposa están en su cuerpo, pero no hay alguien con quien externarlos y compartirlos, alguien que se interese por escuchar esa historia que Rudi vivió con su esposa.

Rudi, poco a poco, logra encontrar la manera de recordar a su esposa muerta; él sabe que los recuerdos de su esposa habitan en su cuerpo, pero está la necesidad de externar esos recuerdos, de hablarlos, de simbolizarlos.

Rudi encuentra a Trudi en su ropa, en los platicos que ella cariñosamente solía prepararle. El mira una y otra vez las fotografías de su esposa y dispone su ropa de tal forma que estuviera a la espera de un cuerpo que la porte. Un buen día, Rudi viste su cuerpo con las ropas de su esposa y sale a las calles de Tokio portando encima de sus ropas las prendas de su esposa, quizá como una manera de contestar esa mortificante pregunta,

encontrando así la compañía de su esposa y representándola con los objetos que un día fueron queridos y valiosos para Trudi.

Afortunadamente, Rudi encuentra alguien con quien compartir esos recuerdos que habitan en su cuerpo y comienza a expresar el estado de duelo pesaroso en que vive. Durante algún tiempo, comparte con Yu, la bailarina de butoh que conoce en el parque, algunos recuerdos que conserva de su esposa, pero también comienza a interesarse por el tipo de baile que ejecuta Yu, pues este modo de expresión corporal va representando un punto de encuentro con su amada Trudi, un modo de vivir y compartir sus recuerdos con quien pueda escucharlos sin juzgarlo como extravagante o extraño. El vínculo que se va formando entre Rudi y Yu, también genera que se produzcan formas nuevas e inéditas de pensar en su esposa, generando que Rudi logre otorgar un lugar subjetivo a la inesperada muerte de su amada esposa.

Rudi se hace acompañar por los objetos que un día fueron preciados para Trudi y visita los parques inundados por las flores de cerezo como una manera de dar a su esposa aquello que tanto anheló en vida. Sin embargo, esos actos que realiza en nombre de ella lo hacen vivir.

Ahora, el recuerdo de Trudi está con él y finalmente Rudi decide, en compañía de Yu, realizar el viaje al monte Fuji, haciendo suyo el deseo de su esposa por conocer el majestuoso monte.

Rudi finalmente logra hacer algo aventurado antes de morir: ¡vivir!  
Él experimenta inusuales sensaciones, dándose la oportunidad de conocer nuevos lugares, de hacer algo aventurado, como su amada Trudi se lo propusiera alguna vez. Pero también logra, en compañía de Yu, encontrar un lugar, un registro dónde ubicar la ausencia por la muerte de su amada esposa: la encuentra en sus recuerdos, en los objetos que tan preciados fueron para ella, objetos que poco a poco se van transformando en una compañía para él; además, cumpliendo las expectativas y anhelos que la muerte de Trudi dejó pendientes. La cercanía con Yu, la bailarina de butoh, le permite armarse de elementos simbólicos e

imaginarios; gracias a ellos puede encontrarse con su esposa, a pesar del silencio y la ausencia que le dejó su muerte, para no quedar capturado en ese imposible adiós que no termina.

Después de haber sorteado cierta dificultad para externar las expresiones del duelo pesaroso, el protagonista de *Las flores del cerezo* de Dörrie (2008) encuentra una manera por demás singular de vivir este estado. Sin embargo, no se observan elementos que permitan suponer que, después de la muerte de su querida esposa, Trudi se haya constituido para él en una perseguidora, así como tampoco se trataba de construir recuerdos o una historia.

Algo distinto ocurre en la viñeta de la pequeña Estrella donde, a partir del encuentro inesperado con sus hermanos muertos, ella construye su historia en función de ellos. También es diferente lo que ocurre en el cuento de Oé (1995), *Agüí, el monstruo del cielo*, donde el Señor D. intenta construirle recuerdos a su hijo, realizando continuos paseos por las calles de Tokio, pretendiendo así vivir con su hijo aquello que la muerte vino a impedir.

Recordemos que el señor D. y el joven que ha contratado como su acompañante salen a pasear por las calles de Tokio y, cuando el cielo se encuentra despejado el enorme bebé baja para acompañar al señor D. en sus paseos por la ciudad; entonces Agüí camina al lado de su padre, el señor D., quien guía a su hijo hacia los lugares que él solía frecuentar. En algunas ocasiones, el señor D. habla con el joven acompañante acerca del mundo donde percibe al bebé muerto. Pero, siguiendo el relato del cuento, no es posible suponer que Agüí se constituya como un perseguidor para el señor D., a pesar de su obsesiva idea de vivir en una esfera del tiempo diferente al tiempo presente, la cual lo conduce al afán por no dejar huella de su paso por este mundo y este tiempo.

De acuerdo con el relato del cuento, existe un elemento que tiene que ver con un hecho inesperado y súbito, algo del orden de lo azaroso y contingente, que no es precisamente la muerte del bebé, a quien su padre nombró Agüí debido a que precisamente fue su padre,

quien autorizó a los médicos para que propiciaran una muerte lenta para el bebé recién nacido.

Se trata del informe médico que recibe el señor D., donde se admite un error en el diagnóstico: al examinar el cadáver del bebé, descubrieron que, ¡el tumor era benigno! noticia que impacta y causa efectos en el señor D. ya que, a partir de entonces, se hace acompañar en sus recorridos por las calles de Tokio por el enorme y regordete Agüí, conservando la idea delirante de no vivir objetivamente en el tiempo presente. El señor D., esperaba la muerte de su hijo; lo inesperado y sorprendente fueron los resultados que evidenciaban un error en el diagnóstico médico.

De acuerdo con el relato del cuento, Agüí no representa una imagen vigilante, amenazante o persecutoria para el señor D.; ese enorme bebé baja del cielo para ser el acompañante de su padre en sus recorridos por la ciudad de Tokio, no para perseguirlo o acecharlo.

En cuanto a las viñetas, de Estrella, y del cuento de Agüí, podemos decir que se ama al objeto o persona que ha muerto, precisamente a partir de su muerte, es decir que no resulta preciso afirmar que perdieron a un ser querido, sino que lo han encontrado después de que ha muerto; hasta entonces se le constituye como un ser amado, se le ama a partir de haberlo encontrado en la muerte.

Pero entonces continúa vigente la interrogante que da título a este apartado: ¿cuándo y por qué en la psicosis alucinatoria de deseo, en su relación con el duelo pesaroso, la retención del objeto amado puede llegar a presentarlo en posición de perseguidor? Al objeto amado se le puede conservar o retener de distintas maneras, lo desconcertante resulta cuando se convierte en un perseguidor que acecha y vigila. Antes de responder, es necesario resaltar algunas convergencias entre las cuatro viñetas que se han tomado a modo de ilustración en el capítulo tres.

Cada una de las cuatro viñetas que se incluyen en este trabajo contiene elementos singulares, pero entre ellas existen también algunos puntos en común. Algo que se encuentra como constante es la necesaria presencia de un tercero, entre la persona amada que ha muerto y el deudo. Esta presencia, como es posible observar, en ocasiones se convierte en compañía, interlocutor, testigo y, sobre todo, alguien que escuche sin juzgar o condenar aquello que el deudo tiene que decir.

Así, con la esposa está la psicóloga; con Estrella está su tratamiento; con el Señor D. está su joven acompañante y con Rudi está Yu, la bailarina del parque.

Otro punto donde se encuentran ciertas convergencias en los casos de la esposa, de Estrella y del señor D., es que ellos conservan la creencia en una idea delirante, a saber, que la persona amada continúa con vida y, además, que está en un lugar específico; pero también conservan la certeza de mirarlos, convivir con ellos y vivir peculiares circunstancias. Respecto a la viñeta de la esposa, aun cuando exista cierta dificultad para mirar de frente a su esposo, ella refiere que otros lo miran y que está presente, justo detrás de ella, lo describe con cierta ropa y en una posición en particular, sentado en cuclillas a espaldas de ella.

La esposa conserva la creencia en que el profesionista está en la calle, que la está buscando, es decir que el profesionista vive y lo ubica en lugares específicos: en las calles en su casa, atrás de ella, observándola.

Por su parte, Estrella habla y se expresa de sus hermanos con la certeza de saber que ellos se encuentran con ella a su lado, compartiendo sus juegos, su comida favorita, asistiendo a clases juntos; sus hermanos, Karla y Juan, están donde ella está.

A pesar de que el Señor D. advierta a su joven acompañante acerca del mundo donde percibe al bebé muerto, está convencido de hablar y pasear con Agüí. El señor D. no duda de sus encuentros con el enorme bebé regordete vestido con camiseta blanca que baja del

cielo. Para el señor D., Agüí está en lo alto, en un mundo a cien metros de la tierra y cuando hay cielo despejado baja para acompañarlo en sus paseos por Tokio.

Por lo anterior, es posible considerar que en estas tres primeras viñetas se trate de un delirio alucinatorio, tanto por la narración como por el texto mismo de la narración, donde se encuentran ciertos trazos alucinatorios.

En cambio, lo que ocurre en el filme de Dörrie (2008), *Las flores del cerezo*, es que se presenta la búsqueda por parte de Rudy del lugar donde está su esposa Trudi; una pregunta que inquieta a Rudy, se atormenta por no encontrar respuesta a ella.

¿A dónde van los seres queridos cuando han muerto? Al recuerdo, al olvido, a conservarlos en un lugar distinto, que permita subjetivar y lograr representar la realidad de la muerte, otorgando un lugar en el registro simbólico y en el registro imaginario. Pero también puede conservárseles en un real que aparece y reaparece en algún lugar en particular, como puede ser en la calle o en una constante presencia. Como ya se ha mencionado, la retención del objeto amado constituye un elemento propio de la psicosis alucinatoria de deseo. Nuevamente nos preguntamos ¿por qué se le conserva como un perseguidor?

Una hipótesis que se ha aventurado en este trabajo tiene que ver con la relación previa, es decir los vínculos o lazos libidinales existentes entre la persona amada y su deudo, como una posible condición para retener al objeto amado como un perseguidor. Sin embargo, resulta insostenible el supuesto de que todo ser amado después de morir se convierta en un perseguidor para aquel que lo amó y veneró en vida. Por lo tanto, resulta conveniente replantear la pregunta como sigue: ¿por qué, en algunos casos, el deudo retiene al objeto o persona amada como un perseguidor?

Quizá, si nos permitimos pensar nuevamente en los lazos libidinales existentes entre el deudo y la persona amada, logremos por este camino encontrar alguna respuesta, considerando al amor, no únicamente como bondad y ternura, sino teniendo presente la ambivalencia como uno de sus componentes esenciales.

De lo anterior, es posible citar la advertencia que Freud hace en 1912, en el texto *Tótem y Tabú*, precisamente cuando se refiere al tabú de los muertos: advierte que, tras la muerte de la persona amada, el doliente se reprocha por esa muerte. Sin embargo, no es que el doliente fuera de hecho culpable, pero dentro de él estaba presente algo, un deseo inconciente para él mismo, al que no le desagradaba la muerte de la persona amada y la habría producido de haber estado en su poder hacerlo. Freud agrega:

“tras la muerte de la persona amada el reproche reacciona contra ese deseo inconciente. Y esa hostilidad escondida en lo inconciente tras un tierno amor existe en casi todos los casos de ligazón intensa del sentimiento a determinada persona; es el ejemplo clásico, el arquetipo de la ambivalencia de las mociones de sentimiento de los seres humanos” (Freud., S. 2000:66).

Esta ambivalencia incluso puede encontrar satisfacción en la muerte de la persona amada, aunque posteriormente mediante un mecanismo psicológico (la proyección) el deudo atribuya dicha hostilidad y deseo de muerte precisamente al muerto.

Como se ha mencionado, la condición de posibilidad para la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo consiste en un abrupto e inesperado encuentro con la realidad de la muerte del ser querido, situación ante la cual no hubo manera de reaccionar.

Rememorando la primera viñeta del capítulo anterior, ante la muerte del profesionista, su esposa únicamente atina a decir “¡muerto el perro se acabó la rabia! sin embargo, ¿por qué no considerarlo como una reacción? Efectivamente esto constituye una reacción ante la muerte de su esposo, pero, ¿qué tipo de reacción?, ya que el paradigma freudiano del duelo pesaroso implica que la reacción inmediata ante la muerte de un ser querido es una renuencia comprensible, atemperada, misma que posteriormente da paso a las expresiones del duelo pesaroso y al trabajo de duelo.

Lo que se muestra en la viñeta referida como reacción inmediata por parte de la esposa, no es una renuencia, sino la aceptación de la muerte de su esposo. Sin embargo, después de



tomar en consideración este factor ambivalente que existe en las relaciones libidinales entre los seres humanos, cabe preguntar si esta reacción es únicamente de aceptación, o puede considerarse incluso de satisfacción.

Señalo otra cuestión: al momento en que cae al piso, el cuerpo sin vida del profesionista queda boca abajo; la esposa manifiesta haber tenido la intención de colocarlo en otra posición, boca arriba. Sin embargo, ella refiere que no lo hizo, pues pensó que “para todo hay que tener la cabeza fría”, decidiendo no tocar nada, para no verse comprometida legalmente.

Me atrevo a colocar lo anterior en los siguientes términos: para que no la culparan por la muerte de su esposo, lo cual marca un trazo de temor a ser culpada por la muerte de su esposo.

No obstante, es necesario tomar en consideración lo escrito por Freud en 1912, al referir *El tabú de los muertos*, donde se alberga la creencia mágico religiosa de que los muertos se mudan en demonios que pueden hacer daño y que están enojados porque ya no están con vida. De este modo se da cuenta de la dimensión persecutoria que acompaña al deudo, así como la ambivalencia presente en él mismo y en relación con el difunto.

El temor y la persecución que acompañan al deudo se encuentran en relación con su propia ambivalencia hacia el difunto. Pero en lo que respecta a la esposa, es posible suponer que su relato sobrepasa la creencia mágico religiosa, que se trata de una creencia delirante y alucinatoria de persecución.

Freud (1912) menciona en *El tabú de los muertos* la ambivalencia, precisamente para dilucidar de dónde puede provenir la creencia en que los muertos se mudan en seres temibles; refiere que: “la hostilidad de la que uno nada sabe ni quiere saber, es arrojada (*werfen*) desde la percepción interna hacia el mundo exterior; así se la desase de la persona propia y se la emplaza (*zuschiben*) en la otra persona”. (Freud., S. 2000:68)

Es decir que una forma de evadir y no tomar registro de la propia hostilidad es arrojándola hacia el mundo exterior, pero dirigiéndola hacia la otra persona. La hostilidad se le emplaza a la otra persona, considerando el término de emplazar en el sentido de citar a alguien en determinado tiempo y lugar para que dé cuenta y razón de algo, en este caso, de la hostilidad. De tal suerte que el deudo esperaba que la persona amada que ha muerto sea quien dé cuenta de dicha hostilidad, de la cual él nada sabe ni quiere saber. Se trata de pretender que otro dé cuenta de algo que está en el sujeto, pero que éste no ha tomado registro de ello.

Tomando en cuenta dicha hostilidad, es posible que nazca un sentimiento de satisfacción por la muerte del ser amado.

Entonces, lo que ocurre con el deceso del profesionista, es que sucede en medio de una fuerte discusión con su esposa donde queda rota una promesa que regulaba su relación, discutiendo a solas en aquella habitación donde uno de ellos no sobrevivió, ahí, donde la violencia y agresividad fue llevada hasta sus últimas consecuencias, hasta el límite de lo imposible, hasta la muerte de uno de ellos, lo cual también viene a impedir que aquel conflicto quedara resuelto.

En esta situación se hace efectivo el decir, “o tú, o yo”. Finalmente, la expresión de la esposa “muerto el perro se acabó la rabia”. Al parecer, en ese momento se resolvía el problema, pero su frase resuena de manera siniestra cuando, aproximadamente un mes y medio después de estos acontecimientos, resulta que algunas personas conocidas en común con su esposo le hablan, diciéndole que Él la está buscando, que anda en la calle y quiere hablar con ella; además también está en su casa, observando lo que hace.

Las creencias en que el muerto viene a espantar, forman parte de esa dimensión persecutoria de todo duelo pesaroso, pero se esperaba que, con la realización de ceremonias y rituales luctuosos, se saldaran y solucionaran los conflictos, precisamente para evitar la persecución. Pero a veces no hay esas expresiones de duelo pesaroso, cuando las expresiones, las ceremonias y los rituales fueron omitidos, pasados por alto omitiendo también el trabajo de duelo y, por tanto, cuando la reacción inmediata no es la renuencia,

sino la aceptación, incluso la satisfacción, por la muerte del ser querido. Según menciona Freud en el referido texto de 1912, *El tabú de los muertos*, “con la expiración del duelo, a medida que pasa el tiempo, también el conflicto pierde sus aristas, de suerte que el tabú de estos muertos puede debilitarse o caer en el olvido”. (Freud., S. 2000:69)

Es decir que, en estos casos, la muerte impide que se tramiten o resuelvan ciertos conflictos, propios de los vínculos intensos entre la persona amada que ha muerto y el deudo. Entonces, la función del duelo pesaroso también consiste, por así decirlo, en ajustar o saldar cuentas entre el deudo y la persona amada; con la expiración del duelo pesaroso, también el conflicto pierde sus aristas. Por lo tanto, la ausencia del estado de duelo pesaroso dejaría al deudo indefenso ante la persecución.

Al finalizar el segundo capítulo de este trabajo, quedó pendiente la siguiente interrogante: ¿qué pasa con la muerte de un enemigo?, ya que de manera constante se repite la idea de la muerte del objeto amado o persona amada.

Es posible que en algunos casos la muerte no cancele los intensos lazos libidinales entre el deudo y el muerto; la ambivalencia existente en estos lazos abona el terreno para conservarlo como un temible perseguidor, que acecha y vigila. Por tanto, es necesario considerar el amor con diversos matices como ambivalente, oscilando entre el amor y el odio.

La persecución estaría en función de la ambivalencia en los lazos o vínculos libidinales existentes entre el deudo y su muerto, pero existe otro elemento que entra en juego: la reacción ante la muerte.

Apegándonos al modelo propuesto por Freud (1915) en *Duelo y melancolía*, la reacción inmediata ante la muerte de un ser querido consiste en una renuencia atemperada. Sin embargo, como ha sido posible ver en este trabajo, cabe la posibilidad de que dicha renuencia sea omitida y en su lugar se presente la inmediata aceptación, incluso la satisfacción, por la muerte de un ser querido.

No se trata de colocar en tela de juicio el amor del deudo hacia su muerto, únicamente se busca tomar en cuenta la relación entre amor y odio, para considerar que quizás sólo sea la cara opuesta de una misma moneda.

El discurso que se escucha en las viñetas de la esposa y de la pequeña Estrella, aportan algunos elementos que permiten suponer la retención del objeto amado: ellas hablan de aquello que les ocurre y que se encuentra relacionado con un encuentro abrupto, violento, inesperado y en solitario con la muerte de un semejante. Sin que el propósito sea diagnosticar, etiquetar o juzgar el decir que ellas aportan.

Por último, cierro este capítulo con la siguiente frase, inspirada en el texto de G. Lanteri (1994), *Las alucinaciones*:

Lo importante no se refiere tanto a la realidad de lo irreal o a lo irreal de la realidad, sino más bien a qué se hace con ello, es algo que no se cuestiona en la clínica psicoanalítica, ya que basta con saber que se trata de una realidad de lenguaje.

## **Conclusiones del capítulo**

La falta de recuerdos y vínculos previos entre el deudo y su muerto representan una dificultad para la emergencia del estado de duelo pesaroso; así como para lograr el objetivo del trabajo de duelo, algo que fue posible ilustrar con las viñetas de Estrella y de Agüí.

Son importantes los recuerdos y vínculos previos entre el deudo y su muerto, tanto para la emergencia del estado de duelo pesaroso como para lograr el objetivo del trabajo de duelo.

La retención del objeto amado es un elemento propio de la psicosis alucinatoria de deseo que consiste en conservar vigentes fuertes lazos libidinales por parte del deudo.

Es posible percatarse de la retención del objeto amado mediante una formación delirante, donde el núcleo de la formación delirante indica que la persona amada continúa con vida.

El objeto amado es conservado por el deudo, en algunos casos como perseguidor, en otros como compañero o como un acompañante.

La manera en que el deudo conserve al objeto amado se encuentra en función del vínculo y relación que haya existido entre el deudo y su muerto.

La ambivalencia en el vínculo amoroso entre el deudo y su muerto, así como la manera de reaccionar ante la muerte de la persona amada, pueden generar que el deudo conserve al objeto amado como un perseguidor.

Es necesario tomar en consideración la importancia para el deudo de los rituales y actos luctuosos, así como de las manifestaciones del estado de duelo pesaroso y la inoperancia de apaciguarlo, prohibirlo o tratar de minimizarlo, ya que sus manifestaciones son necesarias para transitar momentos dolorosos, así como para dejar que el trabajo de duelo cumpla su cometido.

La dimensión simbólica de los actos y ritos funerarios, produce transformaciones subjetivas, modificando la relación del deudo con su muerto.

El duelo pesaroso es el principal ritual ante la muerte de un semejante.

Los actos y ritos funerarios son fundamentales para lograr un desasimiento libidinal, para desatar los enlaces libidinales con el objeto amado, y para evitar las consecuencias de no realizarlos.

En ausencia del estado de duelo pesaroso, los actos y ritos funerarios no son realizados por el deudo.

La forma de enfrentar la muerte del ser querido, incrementa la intensidad de la renuencia, es decir, un encuentro súbito, silencioso, violento y en solitario con la realidad de la muerte de la persona amada.

El horror de la mirada al contemplar algo desgarrador y cruel, la muerte de un ser querido. Ante la muerte repentina de un ser querido, la realidad o el mundo se ha vuelto extraño ante un cambio brusco y repentino, el mundo no es más aquello que antes era.

Existe una creencia socialmente aceptada, que implica hablar de los muertos y los aparecidos, es algo que está en el decir popular. Aunque a veces sea juzgado por algunos como supersticioso, para otros es una creencia mágica o religiosa y para algunos es una locura.

Pero, en cualquiera de los casos, se trata de una realidad de palabra en tanto que se habla de ello. El psicoanálisis no deja de lado esta creencia; una manera de explicarla desde este conjunto teórico, es mediante la psicosis alucinatoria de deseo, donde la intensidad de la renuencia ante el encuentro ominoso, violento y abrupto con la muerte de un ser querido logra cancelar el examen de realidad y retener al objeto perdido aunque como pudimos observar, es posible que en algunos casos ese objeto se convierta en perseguidor.

## CONCLUSIONES

La revisión bibliográfica de textos propios de la obra de Freud, así como algunos datos históricos de la Psiquiatría clásica, permitieron ubicar el origen del concepto “psicosis alucinatoria”, así como la manera y el propósito con que Freud lo trabajó, para finalmente incluirlo en uno de los textos canónicos del psicoanálisis, *Duelo y melancolía* de 1915, como “psicosis alucinatoria de deseo” y dejando de mencionar la referencia a Meynert.

Esta revisión permitió identificar que la psicosis alucinatoria de deseo se presenta en los siguientes estados: en el estado de duelo pesaroso, en el trabajo del sueño, en la confusión alucinatoria aguda o amentia y en la fase alucinatoria de la esquizofrenia.

Fruto de esta revisión también, es el conocimiento de la importancia que para Freud representó la manera en que el sujeto enfrenta y se relaciona con la realidad efectiva, tema que en la elaboración de este trabajo de tesis constituye un asunto central, ya que un incremento en la intensidad de la renuencia por acatar el mandato proveniente del examen de realidad, el cual muestra que el objeto amado ya no existe más, produce un extrañamiento de la realidad y la retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo.

El seguimiento detallado y apegado del texto *Duelo y melancolía* de 1915, permitió establecer precisiones respecto al duelo, el estado de duelo pesaroso y el trabajo de duelo, así como reconocer la importancia que implica para el sujeto tener la posibilidad de expresar y exteriorizar las manifestaciones del estado de duelo pesaroso y realizar el trabajo de duelo, mismo que conlleva un efecto de alivio para el deudo. Así mismo, se analizó la importancia y necesidad de la presencia de otro que escuche y acompañe dicho trabajo, para lograr que algo nuevo e inédito se produzca en ese trayecto, considerando que la imposibilidad de poner en palabras ese encuentro abrupto, inesperado, violento y en solitario con la muerte de un semejante, genera una dificultad para que dicho encuentro quede integrado en el registro simbólico del sujeto y que posteriormente retorna desde el real, causando estragos en el registro imaginario.

Gracias a la revisión y análisis, tanto de la bibliografía como de las cuatro viñetas que se presentaron en este trabajo, fue posible concluir que la relación entre psicosis alucinatoria de deseo y duelo, es posible bajo las siguientes circunstancias: primero, que haya ausencia del duelo pesaroso y sus manifestaciones, es decir el duelo causado por la muerte real y objetiva de un ser querido; segundo, que la forma en que se enfrente dicha realidad sea un encuentro súbito, silencioso, violento y en solitario, con el siniestro rostro de la muerte de la persona amada, de tal forma que impida la inmediata emergencia de una comprensible renuencia, ya que la condición de posibilidad para la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo es un posterior incremento en la intensidad de la renuencia.

También se concluye que, dicha relación entre duelo pesaroso y psicosis alucinatoria de deseo es una relación de ausencia, es decir que en ausencia de las manifestaciones del duelo pesaroso aparece la psicosis alucinatoria de deseo, la cual también representa una objeción al trabajo de duelo.

El trabajo de duelo, propicia el tránsito del estado de duelo pesaroso; queda claro que no es un proceso terso, ya que el trabajo de duelo consiste en una lucha intensa por desatar los enlaces libidinales, recuerdos y expectativas, conservados hasta entonces con la persona amada que ha muerto. Una vez cumplido el trabajo del duelo, se espera que el yo se libere de las inhibiciones y manifestaciones presentes en el estado de duelo pesaroso.

La intensidad de la renuencia resultó ser un elemento clave en la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo, ya que se encuentra en función de la manera en que la realidad objetiva, la muerte de una persona amada se muestra ante el sujeto. El encuentro abrupto, silencioso, violento y en solitario con el rostro de la muerte de una persona amada, incrementa la intensidad de la renuencia, produciendo un extrañamiento de la realidad y la retención del objeto; bajo estas circunstancias, no habría cabida para la renuencia comprensible o atemperada y, pasado cierto tiempo, la renuencia se presenta en un grado de intensidad mayor, una intensidad tal que genera las condiciones de posibilidad para la emergencia de la psicosis alucinatoria de deseo, reteniendo al objeto amado, como algo que



sobrepasa los límites de lo imposible, es decir aquello que logra hacer posible lo imposible y permite que la existencia de la persona amada continúe presente en lo psíquico.

La existencia en lo psíquico de la persona amada es, así, una realidad presente y vigente para aquel que la vive, en tanto que habla de ella y actúa en consecuencia a esa realidad. La retención del objeto amado, como un elemento propio de la psicosis alucinatoria de deseo, consiste en conservar vigentes fuertes lazos libidinales por parte del deudo. Es posible percatarse de la retención del objeto amado mediante un delirio alucinatorio, donde el núcleo de la formación delirante indica que la persona amada continúa con vida.

El objeto amado es conservado por el deudo, en algunos casos como perseguidor, en otros como compañero o como un acompañante. La manera en que el deudo conserve al objeto amado se encuentra en función del vínculo y relación que haya existido entre el deudo y su muerto: la ambivalencia en el vínculo amoroso entre el deudo y su muerto, así como la manera de reaccionar ante la muerte de la persona amada, pueden generar que el deudo conserve al objeto amado como un perseguidor.

En este trabajo se abordó también la importancia de los actos y ritos funerarios para lograr un desasimiento libidinal, para desatar los enlaces libidinales con el objeto amado. Estos actos y ritos van de la mano con el trabajo de duelo y existen graves consecuencias si no se realizan.

La dimensión simbólica de los actos y ritos funerarios produce transformaciones subjetivas, modificando la relación del deudo con su muerto, modificación que en la psicosis alucinatoria de deseo no se produce, ya que en ésta los actos y ritos funerarios son omitidos.

Por último, se llega a la afirmación de que la psicosis alucinatoria de deseo se presenta en ausencia del duelo pesaroso y como una objeción al trabajo de duelo.

## BIBLIOGRAFÍA.

Allouch, J. (1995). *La erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: Editorial Edelp.

Aries, Ph. (2007). *Morir en Occidente; Desde la Edad Media hasta nuestros días*. Buenos Aires: Editora Adriana Hidalgo.

Capurro., R. (2004). *Del sexo y su sombra. Del “misterioso hermafrodita” de Michel Foucault*. México: Editorial Epeeel.

Corominas, J. (1993). *Diccionario crítico y etimológico Castellano e Hispánico*. Madrid: Editorial Gredos.

De los Reyes, A. (2006). “Una familia de tantas. La celebración de las fiestas familiares católicas en México (1940-1960)”, en *Historia de la vida cotidiana en México*”, tomo V, Vol. 1. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.

Dôrrie, D. (2008). *Las flores del cerezo*. Alemania.

Dorsch, F. (1991). *Diccionario de psicología*. Barcelona: Editorial Herder.

Editores Mexicanos Unidos. (2001). *Diálogos de Platón*. Editores Mexicanos Unidos, S.A., México.

Freud, S. (2000). “Duelo y melancolía.” (1917 [1915]). En *Obras completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.

Freud, S. (2000). “Lo ominoso.” (1919). En *Obras completas*. Vol. XVII. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.

Freud, S. (2000). “Puntualizaciones Psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente.” (1919 [1910]). En *Obras completas*. Vol. XXII. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.

Freud, S. (2000). “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico.” (1911). En *Obras completas*. Vol. XII. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.

Freud, S. (2000). “Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños.” (1917 [1915]). En *Obras completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.

Freud, S. (2000). “Una vivencia religiosa.” (1928 [1927]). En *Obras completas*. Vol. XXI. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.

Freud, S. (2000). “La interpretación de los sueños.” (1900). En *Obras completas*. Vol. IV. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.

- Freud, S. (2000). “De guerra y muerte. Temas de actualidad.” (1915). En *Obras completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (2000). “Las neuropsicosis de defensa.” (1894). En *Obras completas*. Vol. III. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (2000). “Neurosis y psicosis.” (1924 [1923]). En *Obras completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (2000). “Carta 69.” (1897). En *Obras completas*. Vol. I. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (2000) “La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis.” (1924). En *Obras completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (2000) “La transitoriedad.” (1916 [1915]). En *Obras completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (2000) “Esquema del psicoanálisis.” (1940 [1938]). En *Obras completas*. Vol. XXIII. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (2000) “La negación.” (1925). En *Obras completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (2000) “Tótem y tabú.” (1913 [1912-13]). En *Obras completas*. Vol. XIII. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Galimberti, H. (2002) *Diccionario de psicología*. Buenos Aires: Editorial Siglo Veintiuno.
- Gay, P. (1990). *Freud: una vida de nuestro tiempo*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Hornstein, L. (2006). *Las depresiones afectos y humores del vivir*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Jacques, P. & Quètel, C. (Compiladores). (1987). *Historia de la Psiquiatría*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Jullien, Ph. (1990). *Seminario: “La función paterna”*. Transcripción de la versión oral en español. México: Material fotocopiado.
- Kaplan, H.I. & Sandock, B.J. (1992). *Tratado de Psiquiatría*. Tomo II. España: Editorial Masson Salvat.
- La Madrid, M. (2004). “De “desaparecidos” y sobrevivientes. Temas de actualidad”. En *Muerte y duelo. Revista Litoral Núm., 34*. México: Editorial Epeele.

Lacan, J. (2002). *Seminario 5 Las formaciones del inconciente*. Sesión del 16 de abril de 1958. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, J. (2003). “Función y campo de la palabra y el lenguaje en Psicoanálisis” (1953). *Escritos I*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.

Lacan, J. (2002). *Seminario 3 Las psicosis*. Sesiones del 16 de Noviembre de 1955. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, J. (2002). *Seminario 1 Los escritos técnicos de Freud*. Sesión del 13 de Enero de 1954. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, J. ((200). *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. México: Editorial Siglo XXI.

Lanteri-Laura, G. (1994). *Las alucinaciones*. México: Editorial Fondo de cultura económica.

Moliner, M. (2007). *Diccionario del uso del español*. Madrid: Editorial Gredos.

Oé, Kenzaburo. (1995). “Agüí, el monstruo del cielo.” *Dinos cómo sobrevivir a nuestra locura*. España: Editorial Anagrama.

Pérez, L. (1983). *Textos literarios*. México: Editorial SEP.